

Tus diez minutos



CHIARA GAMBERALE


ESPASA

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Desde siempre había vivido...

Lunes, 3 de diciembre

Martes, 4 de diciembre

Miércoles, 5 de diciembre

Jueves, 6 de diciembre

Tortitas con Nutella

Viernes, 7 de diciembre

Sábado, 8 de diciembre

Domingo, 9 de diciembre

Lunes, 10 de diciembre

Martes, 11 de diciembre

Miércoles, 12 de diciembre

Jueves, 13 de diciembre

Viernes, 14 de diciembre

Sábado, 15 de diciembre

Domingo, 16 de diciembre

Lunes, 17 de diciembre

Martes, 18 de diciembre

Miércoles, 19 de diciembre

Jueves, 20 de diciembre

Viernes, 21 de diciembre

Sábado, 22 de diciembre

Domingo, 23 de diciembre

Lunes, 24 de diciembre

Martes, 25 de diciembre

Miércoles, 26 de diciembre

Jueves, 27 de diciembre

Viernes, 28 de diciembre

Sábado, 29 de diciembre

Domingo, 30 de diciembre

Lunes, 31 de diciembre

Martes, 1 de enero

Miércoles, 2 de enero

Miércoles, 3 de enero

Ha pasado un año...

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A Yab,
por todos los minutos
de su futuro*

Todos los seres humanos disponen de las facultades
latentes necesarias para alcanzar el conocimiento
del mundo.

RUDOLF STEINER

Desde siempre había vivido en la misma casa de campo, en la periferia de Roma, primero con mis padres, después con una serie de compañeros con los que compartí la casa y, por último, con el hombre que luego fue mi marido. Llevaba diez años casada y desde hacía ocho tenía una columna en un semanario, «Almuerzos dominicales», que me llevaba durante una semana, de domingo a domingo, a almorzar con una familia supernormal o extrañísima, según el caso, pero siempre idéntica sólo a sí misma, para después contarla en un artículo.

En menos de un año, de octubre de 2011 a septiembre de 2012, mi marido insistió en que nos trasladáramos a la ciudad; después se marchó a Dublín a estudiar un máster y, el día antes de volver, me llamó para decirme que no, que no pensaba volver, pero que sí, que estaba bien, y que si durante un tiempo no tenía noticias tuyas no debía preocuparme. Más aún, la cuestión era precisamente que quizá había descubierto que estaba mejor sin mí. Vamos, que necesitaba cogerse una excedencia de su trabajo y de nuestro matrimonio, y reflexionar. Él solo. En Irlanda.

En cuanto al director del semanario, tampoco se mostró muy sensible y, sin decirme una palabra, sustituyó mi columna por un consultorio sentimental a cargo de una tal Tania Melodia, ganadora moral de la última edición de «Gran Hermano».

Mi padre, mi madre, mi hermano y mis amigos, que, mientras todo se derrumbaba a mi alrededor y en mi interior, permanecieron en su sitio, en los primeros tiempos se turnaron para dormir conmigo, me arrastraron al cine, al parque, al karaoke, al fútbol y de vacaciones, y no eludieron ni una sola de las conversaciones telefónicas inútilmente largas sin un solo «tú» (¿cómo estás?, ¿en qué piensas?, ¿qué haces?, ¿te permites siquiera existir mientras tanto?) y llenas sólo de «yo» (ya no existo, estoy mal, me quiero morir, ¿qué va a ser de mí?) con las que los torturaba.

Pero, claro, en cuanto colgaban el teléfono ellos tenían una vida a la que volver.

La única que ya no tenía una vida a la que volver era yo.

En su lugar tenía una masa informe, deshilachada y herida que ya sólo giraba sobre un eje: el del desconcierto y el sentimiento de pérdida.

Una vez superado el momento del dolor insoportable, ya no tenía ni siquiera eso para hacerme compañía.

Me iba a la cama y lo único en lo que pensaba antes de dormirme era en la esperanza de no despertarme. Porque, total, el gran amor que debía tener ya lo había tenido; las mejores novelas que debía escribir ya las había escrito y seguro que no escribiría otras en

las que pudiera expresarme de manera tan profunda, pues no viviría nada más que pudiera tocarme de manera tan profunda, y la casa de mi infancia la había dejado atrás y, con ella, cualquier promesa interesante de algo bueno.

«Entonces, si ya no hay un motivo para escribir, si ya no hay un motivo para vivir, si ya no hay ninguna familia que cada semana me dé al menos la ilusión de ser la mía, ¿qué pinto yo en este mundo?», le repetía una y otra vez todos los lunes a mi psicoanalista, la doctora T.

Un día de diciembre, la doctora —inspirada por Rudolf Steiner y harta de mí—, al final de una sesión me soltó, con una expresión intensa y un poco misteriosa, tal como es ella:

—¿Le apetece jugar a un juego?

—...

—Durante un mes a partir de hoy mismo, haga todos los días durante diez minutos algo que no haya hecho nunca.

—¿Como qué?

—Algo, lo que sea, mientras no lo haya hecho nunca en treinta y cinco años.

—Casi treinta y seis.

—Casi treinta y seis. Cualquier cosa. Algo nuevo.

—Durante un mes.

—Eso es.

—Durante diez minutos.

—Durante diez minutos.

—Pero ¿está segura de que eso funciona?

—Depende de usted. Los juegos son para la gente seria. Si decide empezar el recorrido, no debe saltarse ni un día.

—¿Y luego?

—Luego, ¿qué?

—Al final, ¿qué se gana? ¿Recuperaré mi vida?

—Eso lo hablaremos dentro de un mes, Chiara. Mientras tanto, juegue, comprométase con el juego, y nada de trampas, por favor. Adiós.

—Adiós.

No tenía nada que perder: ése era mi problema, precisamente.

Era la ocasión de intentarlo.

La ocasión de empezar el juego de los diez minutos.

Lo que sigue es el diario de ese mes.

Lunes, 3 de diciembre

Orto: 7.20 horas - Ocaso: 16.40 horas

UN ESMALTE FUCSIA

La consulta de la doctora T. está en el centro de Roma, muy cerca de la casa a la que nos mudamos Mi Marido y yo dos meses y medio antes de su llamada desde Dublín.

Entre la consulta y la casa está el centro estético Isla, de Cristina y Tiziana, las únicas personas con las que congenié de inmediato en el barrio de una ciudad que siempre me ha parecido vagamente hostil y que, desde que Mi Marido se fue, se ha transformado en una amenaza constante.

He crecido y vivido siempre en Vicarello, arrabal de un pueblecito situado a una hora de Roma que duerme y se aburre a orillas de su lago.

Allí he sido muchas cosas: una niña triste, feliz, con el pelo cortado a lo tazón, con el pelo largo, con el pelo corto, con sarampión, con las rodillas sucias; he tenido las pesadillas de los diez años, he guardado los tremendos secretos de los quince, he sufrido las desilusiones de los veinte y los estupores de los veinticinco, he hecho las tonterías de los diez años, de los quince, de los veinte y de los veinticinco, mientras allí cocinaba mi madre, entraba y salía mi padre, nacía mi hermano, paseaba un gato, un perro, otro perro, un compañero de casa, otro compañero de casa y otro más; allí me he enamorado, he sido correspondida, pero después ya no, allí he sido abandonada, pero después ya no; allí me he aburrido, he aburrido, he sido deseada y perdida, y he sido una imbécil y una esposa.

Pero, siempre y en todo momento, he estado protegida.

De la violencia de la realidad, decía yo.

De la responsabilidad de ser de verdad una adulta o al menos algo parecido, decían los demás: mientras te baste cruzar un trozo de huerta para estar en casa de tus padres, nada es real, ¿lo entiendes o no?

El caso es que no me habría marchado jamás si la instalación eléctrica no hubiera estado hecha polvo y si Mi Casa de Vicarello no hubiera necesitado con toda su alma una reforma: pero llevaría tiempo, fue la respuesta de los albañiles, bastante tiempo. Entonces ¿por qué no alquilamos una casa en Roma un par de años? Así, si al final te convences de que se vive mejor allí, es decir, lejos de papá y mamá en lugar de a tres tomates de distancia, es decir, dentro de las cosas en lugar de fuera (aunque sólo sea para que yo, en lugar de chuparme dos horas de coche para ir y venir del despacho pueda llegar andando,

y tú, que no conduces, puedas dejar de pasarte la vida en el tren), vendemos la casa de Vicarello y nos compramos una en la ciudad, me propuso Mi Marido.

Yo contesté que vale. Total, si tenía que exiliarme a la fuerza de Vicarello, lo mismo me daba irme a un sitio que a otro, mientras él estuviera conmigo.

Sin embargo, al cabo de menos de tres meses, Mi Marido habría de dejarme sola en esa maldita casa de ese maldito barrio de esa maldita ciudad.

No obstante, enseguida me di cuenta de que Isla era en verdad una isla en medio del ruido inútil que puede hacer Roma si ya no sabes quién eres, y de que Cristina y Tiziana no tenían nada de la simpatía presurosa y los modales amables pero impersonales a los que, de una manera u otra, te ves abocado cuando trabajas en esa zona.

Tiziana siempre está alegre, aun cuando está seria. Tiene los ojos grandes y el rostro en continuo movimiento; parece la protagonista de una tira cómica, pero mientras no te das cuenta, precisamente porque no te das cuenta, te hace pensar en lo que no funciona, en la paradoja del ser humano, en Dios.

Cristina es la propietaria del centro estético, vive de largos silencios y miradas negras e inteligentes; le encanta leer y sumergirse en el mar tanto como en sí misma.

Ella acude a abrir cuando llamo a su puerta, nada más salir de la consulta de mi psicoanalista.

—¿Tienes un hueco? —le pregunto.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Diez minutos.

Lo que siempre me reprochan Cristina y Tiziana es que no dé nunca el paso de hacerme una depilación extrema o un masaje experimental, en resumen: algo que le dé a una profesional del ramo la posibilidad de un destello, una satisfacción que no se limite a garantizarle a una cliente el mínimo en materia de tratamiento estético.

—Vale, pasa —dice Cristina.

Y, en cuanto le explico el juego de los diez minutos, los ojos se le llenan de lucecitas peligrosas. Se pone a hurgar en un cajón y saca su colección de esmaltes. Siento miedo.

Elige uno fucsia. Con purpurina.

Siento más miedo todavía.

—Pero en las manos no.

—Pues claro que sí —me contesta—. En las manos y en los pies. A lo mejor tardamos algo más de diez minutos, pero no importa, ¿no? Quítate los zapatos y siéntate.

Me quito los zapatos y me siento.

El único color de esmalte que he considerado ponerme en mi vida es el negro, y con reservas.

Porque, como escribes libros, no quieres que te tomen por una mujercilla medio histérica que cuenta historias para entenderse a sí misma, sino que quieres el carné de

intelectual rigurosa y ocupada, seria, pálida y con aire enfermizo, me han dicho siempre Cristina y Tiziana.

Porque los colores alegres, sobre todo si son tan vivos como el fucsia, me parece que dan autorización para proceder a esa realidad que tanto me asusta, he dicho siempre yo.

Porque tu padre siempre habría querido un primogénito varón, y tú nunca has querido que se llevara una decepción total, decía Mi Marido.

Cristina empieza a ponerme una base transparente en las uñas de los pies.

—Y ¿para qué sirve ese juego de los diez minutos? — me pregunta.

—No sé, la doctora no me lo ha explicado. Creo que principalmente sirve para ocuparme la cabeza, para llenar el vacío y poner orden en la confusión que tengo ahora en lugar de vida.

—Siempre es mejor el vacío y la confusión que tu exmarido. —Cristina nunca ha sido muy partidaria de mi matrimonio—. Desde la primera vez que viniste aquí, y discutías con él por sms sin tan siquiera saber por qué, estaba claro que lo vuestro no podía durar.

Todavía no he reunido el valor necesario para decirle a Cristina que, desde el verano, a su manera, Mi Marido está intentando un acercamiento.

Por fin ha vuelto de Dublín, por decirlo de alguna manera.

Porque, en realidad, en Dublín estuvo sólo tres semanas.

Luego se aburrió de Siobhan, la intérprete a la que conoció en el máster. Entonces se marchó a Nueva York, donde durante un tiempo se dejó morir dulcemente, o vivir dulcemente, según se mire, y se pasó el verano picando hielo para mojitos en un club de jazz, hasta que llegó septiembre.

El período de excedencia ha terminado, ha alquilado una habitación en casa de un compañero de trabajo y ha vuelto a ser el abogado más brillante de su bufete.

Pocos días después de regresar, en un juicio vio a la hija de un imputado al que defendía. La niña tenía unas largas trenzas, los ojos aterrorizados, y se abrazaba a una jirafa de peluche como si fuera el único ser en el mundo digno de confianza, el único capaz realmente de darle esperanza.

El corazón se le quería salir del pecho, empezaron a sudarle las sienes, luego todo fue oscuridad y, cuando despertó, estaba en el suelo, en una sala, y su cliente le sujetaba las piernas en alto: había sufrido una crisis de pánico.

Esa niña le había recordado de repente a una persona.

Y esa persona era su mujer.

Mi Marido y yo nos conocimos a los dieciocho años.

Nuestro instituto participaba en una iniciativa del Ministerio de Educación que establecía la presencia de un psicólogo en los centros de enseñanza.

En cada clase, los profesores tenían que indicar al menos un alumno al mes que, en su opinión, necesitara de verdad apoyo psicológico.

En el primer grupo de alumnos elegidos estábamos nosotros dos.

—¿Tú por qué estás aquí? —me preguntó él.

—Porque, según yo, como demasiado, pero, según mis padres y mis profesores, no como nada. ¿Y tú?

—Porque mi madre se ha enamorado de su echadora de cartas y nos ha dejado a mí y a mi padre.

—Vaya, lo siento.

—Yo no, me trae sin cuidado.

—Y entonces ¿por qué estás aquí?

—Porque los profesores creen que sí que me importa. Oye, qué trenzas más largas tienes.

—Y tú tienes los ojos amarillos.

Ya había ocurrido todo.

Crecimos juntos: eso pensaban todos, eso pensábamos nosotros.

Pero la verdad es que dos no crecen juntos porque dé esa casualidad o por arte de magia. Al contrario, hay que tener mucho cuidado. Y si uno de los dos crece más deprisa que el otro, aunque sólo se dé cuenta a medias, y el otro, en lugar de alcanzarlo, se molesta y corre en otra dirección, corre a Nueva York, entonces reencontrarse es difícilísimo.

Nuestro amor vivía de desilusiones y de incoherencias ya desde hacía varios meses antes de la primera llamada de Dublín, y ahora está otra vez igual: tanto que Mi Marido, mientras estos días llena cajas de cartón con sus cosas, afirma no haberse sentido nunca tan sinceramente unido a mí, y yo no sé si considerar eso una declaración de amor o un síntoma patológico.

—Tú misma sabes que lo vuestro no podía seguir así — insiste Cristina mientras se dispone a pintarme las uñas de fucsia. Es espantoso, pienso—. Precioso —declara ella.

—Sí, sí, claro. Lo sé. Pero es que me siento superperdida en general.

Empieza por el dedo gordo. Socorro.

—Venga ya, deja de quejarte siempre. Al final estás escribiendo la nueva novela, ¿no? Pues concéntrate en eso.

Segundo dedo. Luego el tercero, y el cuarto.

—Tienes razón, Cri. Pero eso también es complicado. Se me va de las manos. Para resumírtela, es la historia de dos mujeres que se espían la compra en el supermercado y se envidian la vida: una es actriz, una vagabunda afectiva, llena de ardor pero que no encuentra paz. La otra es una madre de familia que sí parece haber encontrado esa paz; tanto que, en lugar de protegerla, esa paz la asfixia.

—Me gusta.

El meñique. Mírala: esa uñita minúscula y sin embargo tan rosa. Fucsia.

Qué horror.

—El problema es que, por suerte y por desgracia, en este momento sé con exactitud qué puede pensar y sentir la vagabunda afectiva, pero no consigo encontrar una manera de expresarme que deje realmente claro cómo se siente Erica, la madre de familia. Vamos, que me parece que en las páginas dedicadas a ella falta la palabra clave para entrar en el personaje.

Vamos ahora con el pie izquierdo.

—¿Cuál es su drama?

—No es exactamente un drama... Es como una sensación. ¿Sabes lo que se siente cuando la vida que llevas te parece la tuya, sí, pero sin ti?

Ahora le toca a la mano derecha.

—Claro. Cuando te sientes como si estuvieras envasada al vacío. Yo lo llamo así.

Envasada. Al vacío. Envasada al vacío.

«Siento que me falta el aire y que mi cuerpo empieza a flotar por su cuenta dentro de una especie de bolsita. Y fuera de la bolsita está el mundo entero.»

¿Podría ser así como se siente Erica? ¿Podría ser así?

Ahora, la mano izquierda.

Ya han pasado los primeros diez minutos.

Intimidadas, mis veinte uñas brillan de color fucsia.

No me gustan, o a lo mejor sí. Son tan poco mías, y en este momento yo me siento tan indiferente, que, por contraste, casi me resultan simpáticas.

Además, gracias a estos diez minutos, Erica tiene una palabra clave para que yo pueda penetrar en su interior.

«Últimamente, de vez en cuando tengo la sensación de estar, no sé cómo decirlo..., envasada al vacío.»

Esa expresión es hermosa, auténtica y suya.

Además, para una novela ambientada en un supermercado, es perfecta.

El mérito es de Cristina, desde luego, no del juego.

Pero de no haber sido por el juego, hoy yo no habría entrado aquí.

Así es que...

De acuerdo.

Vale la pena seguir con esto.

Martes, 4 de diciembre

Orto: 7.21 horas - Ocaso: 16.39 horas

GIMNASIO CÉNTRICO

El de Vicarello sí que era un gimnasio de verdad: éste era uno de mis muchos y destructivos *leitmotifs* nada más mudarnos a la ciudad.

En efecto, Vicarello vive, exceptuando lo indispensable, de campos y de nada, mientras que en el centro de Roma la belleza y el todo dejan poco espacio a algo que ocupa tanto como un gimnasio de verdad.

—¡Aquí todo es de izquierdas! —me desahogaba con Mi Marido.

—Tú también —me recordaba él.

—Sí, vale, pero el gimnasio tiene que ser de derechas. ¿Has entrado alguna vez en el de al lado de casa? Parece un centro social. Y la responsable también: tiene pinta de bibliotecaria, con ese aire de chica lista y esos comentarios tan inteligentes que te suelta.

—Ésas son las cosas que sueles buscar en la gente...

—¡Pero no en un gimnasio! En un gimnasio sólo quiero hacer ejercicio. Confiarle mis neurias a esa niñera fantástica que es la actividad física. No tengo ganas de encontrarme en la cinta de correr contigo a la mía a una chica mona que persigue su anorexia.

—Tú también has tenido problemas de anore...

—¡Por eso mismo! Si se trata no digo ya de resolver mis problemas, pero sí al menos de distraerme, necesito gente distinta a mí. ¡Mejor que yo! ¿Es que no lo entiendes? Gente que de verdad vaya al gimnasio cuando va al gimnasio. Gente con la que no me identifique en absoluto, que ni siquiera se dé cuenta de que existo: no quiero gente desubicada como yo, con quien intercambiar marcas de somníferos o interpretaciones del porqué de la muerte de David Foster Wallace, ni con quien competir a ver quién lo echa más de menos. ¡No quiero ir al gimnasio con gente así!

—Habrá más gimnasios en el barrio, habrá otros aparte del de aquí al lado. Mira, yo qué sé, haz lo que te dé la gana.

Haz lo que te dé la gana.

Ésa era la frase con la que últimamente Mi Marido cerraba todas las discusiones cuando resultaba evidente que se estaba hablando de mí y que no había manera de reconducir la cuestión y desplazar la atención hacia él.

Ésa era la frase con la que concluía yo también las discusiones cuando ocurría lo contrario y no se podía desplazar la atención hacia mí.

Haz lo que te dé la gana.

Uno se vuelve tan sordo cuando el miedo a perderse supera las ganas de retenerse...

En fin...

Hasta junio hice lo que me daba la gana: en lugar de ir al centro social disfrazado de gimnasio para proporcionarles una niñera a mis neuras iba y volvía a pie de las casas de las familias protagonistas de Mi Columna, titulada «Almuerzos dominicales».

Horas y horas a pie por toda la ciudad.

Pero desde julio ya no tengo Mi Columna, por lo que ya no tengo casas a las que ir y desde las que volver.

Tengo un insomnio que todas las noches echa de menos a esa fantástica niñera.

Y tengo diez minutos que emplear en algo nuevo.

«Gimnasio grande en el centro de Roma», tecleo en Google nada más despertarme, con los dedos algo aturdidos todavía por el esmalte fucsia.

Hago clic en la primera entrada: gimnasio Royal Club, en vía Barberini.

Fuera llueve y hace frío, pero lo he encontrado.

Mejor aún: voy enseguida.

No está lo que se dice a un paso de casa, como estaba el de Vicarello, piensa la yo que aún no se ha resignado a vivir donde tendrá que vivir al menos un año más, la yo que sólo quería tener asegurados Su Entorno rural, Su Marido y Su Columna durante toda la vida. Pero tampoco está tan lejos, y desafía la restricción de espacio que impone el centro de Roma con salas subterráneas lo bastante grandes y lo bastante de derechas para mi gusto, y en una de las cintas de correr he entrevisto a una tía con unas piernas larguísimas, bronceada como en pleno verano y con una camiseta en la que pone «Sin estoy mejor», piensa la yo que firma el formulario de inscripción y que se lleva a casa un día más sus diez minutos, junto con una pequeña toalla que ha ganado sacando un número de una bolsita de tela que le ha ofrecido la dueña a cambio de la señal.

Miércoles, 5 de diciembre

Orto: 7.22 horas - Ocaso: 16.39 horas

EL VIOLÍN

Con la habitual dificultad para levantarme y estas inhabituales uñas fucsia, me preparo el desayuno, trabajo en la novela y voy por primera vez a mi nuevo gimnasio.

Corro media hora en la cinta, hago quince minutos de bicicleta y otros veinte de abdominales.

No hay nadie más que un señor que trabaja con un entrenador personal para combatir la ciática; en tres de los seis televisores está sintonizado un canal de cocina; en dos uno de televenta y en el último uno de deportes. No hay ningún terrible doble mío a la vista. Por el momento, el Royal Club no me decepciona.

Vuelvo a casa, sigo trabajando en la novela, picoteo un bollo y un yogur, como siempre desde que ya no tengo a Mi Marido de ejemplo para comer y cenar como una persona normal (algo que, la verdad sea dicha, nunca se me ha dado muy bien que digamos).

Después llama al portero automático Rodrigo: helo aquí, tan guapo y complicado como siempre.

«Hay algo dentro de mí / que no funciona / pero que nos hace similares» es un verso de una canción del grupo en el que toca, los Afterhours. Y lo dice todo en lo que a nosotros respecta.

—Mío.

—Mía.

Nos conocemos desde hace un par de años, desde que compuso la banda sonora del *booktrailer* de una novela mía, pero es como si nuestra amistad se remontara a hace muchísimo tiempo.

Nació en São Paulo, en Brasil, y vive un poco aquí y un poco allá, por ahora en Milán, y cuando pasa por Roma duerme en nuestro sofá cama.

Bueno, en mi sofá cama.

Todavía no soy capaz de pensar en mí en singular, sobre todo si se trata de mí en relación con esta casa. Por eso, los primeros meses por necesidad y ahora quizá por pereza, esta casa se está transformando en un arca de Noé, un sitio en el que defenderse de ese diluvio universal que es la soledad y relajarnos todos juntos, entre animales de especies distintas, solos por decisión propia, solos por vocación, solos por casualidad,

solos por haber sido abandonados.

En Vicarello, Mi Marido y yo vivíamos siempre con la puerta abierta a lo posible: pero cuando la puerta se cerraba, él estaba conmigo. Ahora, cuando se cierra la puerta, a veces me siento aún más sola y más vacía que antes de abrirla para que entrara alguien.

Lo cierto es que estoy descubriendo que las personas perdidas tienen un instinto excepcional para encontrarse entre sí, zigzagueando entre las familias felices, las parejas que van bien, las que ya no van bien pero aun así siguen adelante y las agradables costumbres de fin de semana de todo el mundo. Sin embargo, cuando las personas perdidas nos abrazamos unas a otras, ese vacío no siempre se llena: casi siempre se agranda.

Con el paso de los meses, a mis amigos de siempre se han unido los amigos de mis amigos de siempre, y luego los amigos de los amigos de los amigos, y ahora ya son muchos los que llaman a mi puerta para tomar un café, ver un partido o sólo saludarme. Se van, vuelven y se marchan otra vez.

No hay nada que hacer: cuando se cierra la puerta, el vacío se agranda.

A menos que, en lugar de marcharse para luego volver, se quede alguien, como hará Rodrigo un par de días.

—Bueno, ¿qué tal estás?

—Mal, gracias. Nada de hombres ni de trabajo.

—Pero si tu trabajo son las novelas que escribes.

—Ésa es mi pasión.

—Pues mira qué suerte tienes de que coincidan ambas cosas. Yo nunca me olvido de la suerte que tengo de ganarme la vida tocando el violín.

Como de costumbre, tiene razón.

—Pero Mi Columna me ayudaba a imponerme un ritmo. ¿Entiendes? Era un dique para el vacío, una hoja de ruta. Sobre todo desde que...

—... tu marido se fue. ¡Bueno, Chiara, ya está bien! Ha pasado casi un año.

—Vale, sí, ya está bien. Pero ¿qué quieres que te diga? También la escritura puede encallarse en el vacío si no tengo tutores para mantenerla derecha, para que se quede en su sitio.

—Pues entonces intenta mirar al vacío a los ojos de una vez por todas.

—Son feos.

—¿Quiénes?

—Los ojos del vacío.

—Pobre vacío. Sólo es un poco bizco.

—¿Por qué tú y yo nunca nos hemos enamorado?

—Para no estropearlo todo, supongo.

—Ya.

—Ya.

Vamos a dar un paseo. La lluvia de ayer ha barrido todas las nubes; el cielo parece haber inventado el azul; de tan seguro como está de sí mismo.

Rodrigo me habla de la fantástica gira del último disco de los Afterhours, de un dolor que tiene en el brazo y de lo secreto y apasionante que es el mundo del hip-hop.

Los primeros días después de la llamada de Mi Marido desde Dublín, cuando alguien me hablaba sólo veía cómo movía la boca, pero no conseguía oír. Tu Marido se ha ido, Tu Marido se ha ido, me decía todo a mi alrededor.

Después pasó un mes, y otro, y otro más; pasaron cuatro, cinco, seis, y llegó el verano. Gianpietro, el más amigo de mis amigos de siempre, me arrastró consigo y con su novio de entonces a Formentera, y no sabría decir cómo —porque lo cierto es que me pasé dos semanas fumando sola en el porche—, de verdad que no sabría decir cómo ocurrió, pero ocurrió: una mañana de agosto me desperté y, mientras el mar hacía de mar, el cielo hacía de cielo, y Gianpietro de Gianpietro, yo me di cuenta. Me di cuenta de que estaba el mar, estaba el cielo y estaba Gianpietro. Y descubrí que había sobrevivido. Al principio me sentí un poco mal por ello: me pareció casi que yo también traicionaba a Mi Marido volviendo a respirar, a comer y a escribir otra vez.

A sobrevivir, vamos.

De vez en cuando retrocedo, o quizá es que cojo carrerilla.

El caso es que todavía me sorprende, ahora, oír una voz que no es la de mi cabeza exhausta o mi corazón pelado mientras habla Rodrigo: de verdad es la voz de Rodrigo.

Le cuento lo del juego de los diez minutos, y la cosa viene sola.

—Es increíble no haberlo hecho nunca antes —me dice.

—Nunca me lo habías propuesto.

—Ni tú tampoco.

Creía que un violín pesaba mucho más.

En cambio, es ligerísimo; cuando lo sacas de la funda, te da miedo hacerle daño.

En diez minutos, poco más o menos, Rodrigo sólo consigue enseñarme la postura: una cuestión más estética que técnica, dice. En resumen, que hay que ser al menos tan hermoso como el instrumento que tienes entre las manos: hay que estar a su altura. Luego me coloca la mano izquierda en su sitio; con la derecha me hace coger el arco y me hace tocar con él las cuerdas.

Toco al tuntún, no hay tiempo para aprender a tocar las notas con los dedos, y por fin consigo imaginarme qué puede sentir Rodrigo al manejar algo tan ligero que lo obliga a dar lo máximo de sí para ser él mismo el primero en sorprenderse. Y, acto seguido, quien lo escuche.

No es un efecto tan distinto del que experimentamos los demás, todos los que en un concierto sólo sabemos aplaudir cuando toca.

Al venir al mundo, recibimos el don de un instrumento hermoso: tenemos que estar a su altura.

Además de hermoso, ese instrumento es delicadísimo: es nuestra, y sólo nuestra, la tarea de utilizarlo con autoridad.

Jueves, 6 de diciembre

Orto: 7.23 horas - Ocaso: 16.39 horas

Último cuarto de luna: 16.33 horas

TORTITAS (CON NUTELLA)

—¿Diga?

—Soy yo.

—Hola, tú.

—Hola, míster Magoo. —Así me ha llamado siempre Mi Marido—. ¿Qué haces?

—Estoy escribiendo.

—Yo estoy en mi descanso para comer. ¿Vienes?

—¿Por qué?

—Tengo que hablar contigo, Magoo. Esta noche he tenido un sueño.

—¿Y?

—Estábamos en Vicarello, pero en la huerta saltaban dos pizotes. ¿Te acuerdas? Esos animales rarísimos que vimos en Costa Rica.

—Claro que me acuerdo.

—Nos reíamos, en el sueño. Y saltábamos con los pizotes. Al despertar, me sentí de pena.

—Bienvenido tú también al mundo de los sueños que siguen al fin de un matrimonio. Cuanto más bonitos son, más te parece al despertar que son pesadillas.

—Magoo.

—¿Qué?

—Nuestro matrimonio no tiene por qué terminar.

—Ya ha terminado.

—No es verdad. Joder, si hice lo que hice, si tuve ese apagón total, no es porque sea un monstruo... Era demasiado desgraciado, Magoo. Demasiado.

—Yo también lo era. Pero nunca habría desaparecido nueve meses. Nunca te habría abandonado.

—¿Y si mi abandono nos diera la posibilidad de reencontrarnos?

—Eso depende de ti.

—No. Depende de ti. Desde que nos mudamos, te habías vuelto insoportable, joder. Insoportable. Nunca parecías contenta, estabas siempre nerviosa, más loca aún que de costumbre.

—Los cambios me aterran, lo sabes.

—Pero es que tú me aterrabas a mí.

—Podrías haberme ayudado, en lugar de aterrarte. Y, de todas formas, no creo que mis angustias por el traslado fueran el motivo, al menos no el único, de lo que ocurrió entre nosotros.

—Desde luego, tienes razón. El verdadero motivo ha sido tu crecimiento, ya sabes lo que pienso al respecto. Desde que te pusiste a escribir libros, desde que te encargaron esa maldita columna, desde que empezaste a sentirte realizada, he visto morir un poco más cada día a mi chica con trenzas, la chica que conocí en la sala de espera del psicólogo.

—Tenía dieciocho años. Ahora tengo casi treinta y seis.

—¿Y qué?, ¿no puedes seguir teniendo dieciocho? ¿Dónde está la ternura de esa chica?

—Esa chica estaba devastada por una inseguridad patológica.

—Pero era tranquila, calmada. ¿Quieres saber qué tenía Siobhan, qué tenía para provocarme tal cortocircuito que me llevó a dejarte por teléfono?

—No, gracias.

—Fue su calma. Siobhan traducía sus documentos del italiano al inglés, luego iba al gimnasio a hacer yoga, después se tomaba el aperitivo con sus amigos y por la noche hacía unas tortitas buenísimas. Tranquilamente, ¿lo entiendes? Sin todas esas neuras, esas explicaciones, sin todos esos «vamos a hablarlo», todos esos «claro, te comportas así porque, reconócelo, no aceptas que tu madre se largara con su echadora de cartas» que tú necesitas y con los que me agredías.

—Pues entonces vuélvete a Dublín con Siobhan.

—Ya ves... No se trata de eso. Se trata de que me gustaría que hicieras tuya la calma de Siobhan, ¿entiendes? Eso es lo que quiero decir cuando digo que nuestro futuro juntos depende de ti.

—Vale. Ahora tengo que irme, he quedado.

—¿Con quién?

—Con un juego.

—¿Qué?

—Olvidalo.

—¿Ves como eres del todo incapaz de ser calmada?

—Adiós.

Las conversaciones telefónicas con Mi Marido me agotan.

Pero cada vez que su nombre aparece en la pantalla de mi móvil, yo aún albergo esperanzas de que llegue por fin *esa llamada*: «Magoo, me he equivocado en todo, me he comportado como un pobre estúpido, tú eres estupenda, no sé vivir sin ti.

Subarrendemos la casa de Roma y volvamos a Vicarello. Tú y yo. Para siempre».

Una llamada simple y clara: tan simple y clara como la que me hizo desde Dublín.

Quién sabe por qué algunos abandonos son tan nítidos y algunas reconquistas, en cambio, tan vagas.

Yo lo sé. Sé lo que siente Mi Marido. Lo conozco desde hace dieciocho años, y las pausas que necesita, los carraspeos y las inflexiones de arrogancia para mí son palabras. Palabras de amor. Pero ¿por qué es incapaz de decirlas? ¿Quizá porque tiene miedo? Y ¿de qué, exactamente? O quizá porque en realidad no, no es verdad. No lo conozco. ¿Quizá lo conocía pero ya no? No, no: no. Eso no es posible. Conocer de verdad a alguien es algo tan complejo, tan raro, tan fatal... Conocer de verdad a alguien es para siempre.

Suena de nuevo el teléfono. ¿Y si...? ¿A lo mejor...?

No: en la pantalla aparece el nombre de Gianpietro.

—Eh.

—Hola, cariño. No parabas de comunicar, no me digas que otra vez estabas perdiendo el tiempo con ésa, con Tu Marida...

Gianpietro fue la primera persona con la que compartí casa, durante mis años de universidad. Ahora trabaja en un banco en Palermo y le gustaría ser Madonna, pero se conformaría con Beyoncé: lo importante es brillar, ése es su mantra, y se lo repite mientras se quita la corbata y la chaqueta de su traje de raya diplomática, se aplica un poco de rímel en las cejas y se pone al cuello una boa azul eléctrico en el aparcamiento del banco, una vez terminada su jornada.

Está convencido de que dentro de cada uno de nosotros, sobre todo —nunca he entendido por qué— si se está metido en política o si se escribe un blog, se oculta una diva frustrada, y que el problema de nuestra sociedad es que nadie está dispuesto a reconocerlo. Gianpietro sí, y ya se encarga él de ayudar a quien no consigue ser sincero consigo mismo y para eso lo transforma todo en femenino (a menos que se hable de su padre). Para él, cualquier Francesco se convierte en Francesca, cualquier Nicola, en Nicoletta, y un árbol es una *árbola*. Mi Marido es Mi Marida. A los demás eso no siempre les sienta muy bien, todo hay que decirlo.

—Sí, estaba hablando con él. Dice que su novia irlandesa era más calmada, y que yo debería aprender de ella. Dice que hacía yoga, tomaba el aperitivo con sus amigos y preparaba unas tortitas buenísimas.

—Uy, sí, oye, una chica como para perder la cabeza por ella...

—En realidad dice que quiere estar conmigo. Pero que le gustaría que yo hiciera mía su calma.

—Quédate con tu amigueta la calmada, chato, que yo soy de armas tomar. ¿A que le has dicho eso, cariño?

—No, qué tonta. ¿Cómo no se me ha ocurrido?

—Bueno, mira, basta ya con ese tonillo a lo Demi Moore abandonada. Ella al menos salía con Ashta Kutcher, tiene derecho a estar hecha polvo. Tú, no tanto. ¿O me vas a comparar a Tu Marida con Ashta?

—...

—Ya me parecía a mí. ¿Sigues con esa locura de los diez minutos?

—Precisamente estaba pensando qué hacer hoy.

—¡Pues prepara unas tortitas, cariño!

—¡Pero si ni siquiera sé poner agua a hervir para un plato de espaguetis!

—Pues precisamente por eso. ¿No se trata de hacer algo que nunca hayas hecho? Venga, ánimo. En internet hay montones de páginas de recetas, incluso para inútiles como tú. Prueba con giallozafferano o con buttalapasta.it. Así luego llamas a Tu Marida y le dices: «Mi amor, si te gustaban las tortitas, no hacía falta que te fueras hasta Dublín. ¡Bastaba con que me dieras diez minutos!».

—Te echo de menos, Gianpi.

—Yo a ti también. Pero voy a Roma en Navidad.

—¿Seguro?

—Segura. Siempre que mi padre no se decida a coger el teléfono para invitarme a pasar la Nochebuena con él, claro. Aunque no creo que eso ocurra, cariño. Después de diecinueve años, la veo chungu.

—Lo siento.

—Yo lo siento por él, porque no disfruta de la maravillosa diva de su hija. Si supiera que, desde que uso la crema All Day All Year de Sisley, me echan ocho años menos... *Ocho*, ¿te das cuenta, cariño?

—Me doy cuenta.

—Podría ser motivo de grandísimo orgullo para él. Pobrecito.

—Desde luego. Pobrecito.

TORTITAS CON NUTELLA

Ingredientes (para 12 tortitas)

125 g de harina
200 ml de leche
25 g de mantequilla
2 huevos

15 g de azúcar
6 g de levadura en polvo
2 cucharadas de Nutella
Una pizca de sal

Nivel de dificultad: fácil

Tiempo de preparación: 10/15 minutos

Separa las claras de las yemas, pon estas últimas en un cuenco y añade la leche, la mantequilla fundida y la Nutella. Liga bien la masa y añade la levadura y la harina, que antes deberás haber pasado por un tamiz. En otro cuenco monta las claras a punto de nieve junto con el azúcar, y añádelas a la masa con un movimiento de abajo arriba. Recomendamos no montar las claras con un punto de nieve muy firme, sino dejarlas blandas para evitar que se formen grumos en la masa.

Calienta una sartén de 10-12 centímetros de diámetro y úntala con un poco de mantequilla. Vierte en el centro una cucharada de masa y deja que se extienda por la sartén. Cuando la tortita esté dorada, levántala con una espátula, dale la vuelta en el aire como si fuera una crepe y deja que se dore por el otro lado. Retírala de la sartén y déjala en un plato, donde irás amontonando las demás conforme las vayas preparando.

Puedes servir las con un poco de Nutella, pero también con sirope de arce, fruta fresca o nata.

www.buttalapasta.it

No tengo una idea muy clara de lo que es una espátula, y mucho menos de cómo se le da la vuelta a una crepe.

Pero en el juego de los diez minutos no es obligatorio que las cosas nuevas salgan bien, no.

Basta con intentarlo.

Y ya sólo hacer la compra para preparar un plato es una novedad absoluta. Elijo los huevos en función de la caja que más me gusta (una de seis unidades, con una gallinita que le sonrío a un pollito y que me parece que quiere animarme a mí también), lo demás lo elijo todo a voleo; como buena exanoréxica que soy, estudio las calorías de la Nutella y, sinceramente, se me pasa por la cabeza la idea de abandonar la receta.

Esta noche Rodrigo tenía un concierto. Vuelve a eso de las cuatro de la madrugada y me encuentra aún despierta, en la cocina, mirando fijamente un plato.

—¿Qué haces?

—Estoy mirando estas tortitas.

—Quizá no estén hechas exactamente para mirarlas.

—Pero es que me parecen maravillosas...

—¿Qué tienen de especial?

—Que las he hecho yo.

—Venga ya.

«En la nevera de Chiara sólo hay eco» es una frase que se ha inventado precisamente Rodrigo y que repite siempre. Y es verdad. Bueno, era verdad, porque hoy hay cuatro huevos, un paquete de mantequilla y un tarro de Nutella. Y leche fresca. Rodrigo la saca y coge dos tazas, cubiertos y servilletas. Luego calienta las tortitas en el horno.

—En la vida, la valentía lo es todo. Venga, vamos a probarlas.

Podría haber echado menos azúcar. Quizá he cometido el error sobre el que buttalapasta.it tanto advertía y he montado las claras «a punto de nieve muy firme», aunque no sepa muy bien lo que quiere decir eso. El caso es que la masa está llena de grumos. Y, de doce tortitas, por más que lo intenten, tres no parecen en absoluto tortitas: parecen un puño, un salami y un charco.

Me como el puño. Rodrigo se come el charco y otras dos que, al menos a la vista, no dejan lugar a dudas: son auténticas tortitas.

Tenía razón Gianpietro.

Debería habérselo dicho cuando me llamó desde Dublín: «Cariño, pero ¿de verdad me estás dejando por una mujer que sabe hacer tortitas? Oye, que yo también puedo aprender. No me hace falta gran cosa. Dame diez minutos y verás».

Viernes, 7 de diciembre

Orto: 7.24 horas - Ocaso: 16.39 horas

EN CLASE DE HIP-HOP

Y, como todos los viernes, aquí está Ato.

—¿Lo habéis dejado porque tú querías tener un hijo y Tu Marido no?

Es la pregunta que más veces me han hecho en estos meses.

—No, en absoluto —contesto.

Es verdad sólo en parte.

Es verdad porque ningún reloj, dentro de mí, hace tictac todavía.

Pero no es verdad porque hacía tiempo que yo ya no creía que Mi Marido y yo nos bastásemos a nosotros mismos.

O mejor dicho:

—Te has vuelto insoportable, Magoo.

—Tú también.

—Tú más.

—No, tú.

—Tú.

—¿Y si los dejáramos, amor mío?

—¿A quiénes?

—Al yo. Al tú. ¿Y si nos abriéramos al nosotros?

—¿Eso qué significa?

No habría sabido explicarlo, pero desde luego no significaba abrirse a Siobhan y pasarse el verano preparando mojitos en Nueva York.

Sea como fuere, yo sentía la exigencia de dejar atrás a esos dos adolescentes egocéntricos que, a fuerza de decir «yo», habían convencido al otro para decir «tú» de vez en cuando, pero en ese momento lo usaban sólo como un arma (tú eres insoportable, tú no entiendes, tú no te imaginas, tú no eres yo). Sentía esa exigencia, vagamente, pero la sentía.

A través de Mi Columna «Almuerzos dominicales» conocí la Ciudad de los Muchachos.

«La verdadera familia es la que uno elige formar» era el subtítulo de la columna. Por eso, aunque no había ni padre ni madre, sino sólo muchos hijos, la Ciudad de los

Muchachos era un lugar que había que contar a los lectores.

La visión de aquel genio, monseñor John Patrick Carroll-Abbing, en 1953, consistió precisamente en dar una familia a los chicos de todo el mundo a quienes, de un modo u otro, les había sido negada la posibilidad de tener una. «Una comunidad fraterna en la que los jóvenes abocados al cinismo por culpa de sus experiencias negativas aprendan el difícil arte de convivir en paz, en libertad y tolerándose unos a otros; un lugar sereno donde cada muchacho asocial encuentre comprensión para sus dificultades y aliento en su esfuerzo por superarlas; un lugar donde el joven, animado a desarrollar sus propias cualidades, pueda progresar día tras día.» Éstas son palabras de Carroll-Abbing, que no se limitó a la visión, sino que puso en práctica un método. Porque «nadie niega que sea necesario educar a los jóvenes: algunos, sin embargo, siguen sosteniendo que puede hacerse sin darles responsabilidades concretas, sin que tengan la libertad de pergeñar programas, de tomar decisiones, esto es, de correr el riesgo de equivocarse».

La Ciudad no teme ese riesgo y, además de acoger a huérfanos de guerra, refugiados políticos, chicos italianos o extranjeros de entre doce y dieciocho años con un infierno a la espalda y otro en su interior, y de ocuparse de que vayan al colegio, los incita a autogobernarse y a organizarse como si vivieran en un municipio. Con sus propias asambleas ciudadanas y sus propias elecciones mensuales para nombrar un alcalde y un equipo de asesores.

Así, en los suburbios de Roma, en vía della Pisana, la Ciudad de los Muchachos se despierta cada día en el verdor de una extensa campiña, contra la oscuridad total que puede lastrar el pasado, hacia los colores inesperados que puede tomar el futuro.

Pasé una semana particularmente densa: de historias, conquistas, fracasos y rostros.

De silencios.

El de Ato, por encima de todos.

En esos días lo habían elegido alcalde por tercera vez consecutiva. Tenía dieciocho años y una sonrisa rota, hacía tres años que había llegado de Eritrea y llevaba dos en la Ciudad. Era distinto a todos los demás muchachos; o quizá siempre nos parecen distintas —también cuando se las mira retrospectivamente, a través de la lente deformada per se de nuestro primer encuentro— las personas que ya forman parte de nuestra vida. Quién sabe. El caso es que desde el primer momento Ato se me antoja orgulloso, oscuro e irremediabilmente misterioso.

—¿Cómo es que has acabado en Italia? —le pregunté un día que coincidió a mi lado durante una de las comidas.

—Por una serie de movidas —me contestó él.

Ato todavía está buscando las palabras adecuadas para expresar lo que ocurrió en Eritrea, para contar cómo de tenerlo todo pasó a tener menos que nada y a verse en un avión rumbo a Italia.

A mí me lo contó uno de los magníficos e incansables psicólogos que colaboran con los educadores de la Ciudad.

Yo nunca se lo he contado a nadie en detalle, ni siquiera a Mi Marido.

«Por una serie de movidas» me parece una explicación más que suficiente.

Y sin embargo...

—Cariño, en la Ciudad de los Muchachos he conocido a un chico. Es especial, créeme. Le ha ocurrido una serie increíble de movidas y aun así irradia... ¿Cómo te lo diría yo? Tiene una especie de elegancia del alma, sí, eso es.

—No me digas que también te estás volviendo retórica, Magoo. ¿Concluirás la columna del domingo que viene con una frase en plan «de los diamantes no nace nada, del estiércol nacen las flores»?

No recuerdo por qué habíamos discutido esa mañana, para variar, ni por qué sentía él aún la necesidad de hacérmelo pagar.

—Te lo digo en serio, cariño. Se llama Ato. Lo único bueno de nuestra nueva casa es que tiene una habitación y un baño más que la de Vicarello. ¿Por qué no lo invitamos a pasar aquí los fines de semana?

—Venga ya, Magoo. ¡Pero si la gente como tú y como yo ni siquiera somos capaces de cuidar de nosotros mismos! Conque de un chaval...

—Eso es cierto, y por eso no te pido que tengamos un bebé o adoptemos uno. Ato medirá más de uno ochenta, es mayor de edad, ya está criado. Los sábados y los domingos, en la Ciudad de los Muchachos se interrumpen las asambleas, las actividades deportivas y todo lo demás. Podríamos ayudarlo a estudiar, está en tercero de formación profesional, hace un módulo de contabilidad y le cuesta un poco el álgebra y la lengua. Además, su instituto está a cuatro paradas de metro de aquí. Podríamos hacerle no de padre y madre, está claro, pero qué sé yo, de hermanos mayores... Y si la cosa funcionara podríamos convertirnos en una especie de sucursal de la Ciudad de los Muchachos.

Me parecía una manera como otra cualquiera de pasar a ese «nosotros».

Mi Marido no estaba de acuerdo:

—Los problemas de pareja no se resuelven resolviendo los problemas de otra persona. Esos problemas sólo se añaden a los de la pareja.

—Pero, en álgebra, menos más menos hace más.

Teníamos razón los dos.

Y el caso es que, unas semanas más tarde, él se marchó a Dublín.

A mí me quitaron Mi Columna.

En la oscuridad que se hizo de repente desapareció todo: el dónde, el porqué, el yo y el tú. Conque el nosotros...

Hasta que un día de finales de agosto, Ato me llamó por teléfono.

—Hola, Chia', soy Ato, de la Ciudad de los Muchachos. ¿Cómo estás?

—¡Hola! Pues estoy... así así...

—¿O sea?

—Digamos que me ha ocurrido una serie de movidas. ¿Tú cómo estás?

—Bien. Quería decirte que este verano he leído un libro tuyo.

—Gracias.

—Es el primero escrito en italiano, aparte de los de Harry Potter, que no he dejado a la mitad. Lo he terminado.

—Bravo.

—Sí.

—...

—...

—Oye, ¿por qué no vienes a verme el viernes que viene? Puedes quedarte en mi casa el fin de semana: hay una habitación a tu disposición. Así nos ponemos un poco al día, y luego podríamos ir al cine. O a cenar una pizza.

¿Tiene acaso algo que darle a un chico arrancado de su tierra y de su familia una mujer de treinta y seis años a la que le ha bastado trasladarse de Vicarello a Roma para volverse tarumba y que en este momento no tiene más brújula que un gran lío en la cabeza?

Me lo pregunto cada viernes, mientras espero a que llegue Ato.

Cada lunes, cuando vuelve a la Ciudad de los Muchachos, sigo sin respuesta. Pero mientras tanto la pregunta se ha disuelto en las conversaciones, los paseos, los deberes de clase y los DVD de series de televisión con los que nos hemos drogado.

Así es que no sé si tengo algo que dar, pero desde luego lo que está claro es que algo recibo: aunque no sea más que la inspiración para lavarme, comer (siempre y únicamente en McDonald's, eso sí, debido a mi incapacidad para la cocina) y la energía necesaria para infundirle ánimo a él. Y, sobre todo, como a fogonazos, cuando se duerme en el sillón con la boca abierta delante de un capítulo de «Los Simpson», o cuando se queda como pasmado ante un problema de derecho y quién sabe en qué estará pensando, con qué fantasmas imposibles luchará, hasta que se da cuenta de que lo estoy mirando, él me mira a mí y agranda esos ojos de moqueta negra y sonrío..., eso es: sobre todo, como a fogonazos, yo de Ato recibo esperanza.

La esperanza de que exista la posibilidad de un «nosotros». En general, en el mundo. En particular, para mí.

—Hola, Ato.

—Hola, Chia’.

—¿Tienes mucho que estudiar?

—Sí. Lengua italiana, derecho e historia.

—Vale, pero antes hay que hacer una cosa.

—¿El qué?

—Ahora lo pensamos. Lo importante es que dure diez minutos.

Le explico el juego a Ato.

Fuera llueve y llueve y llueve. Ni hablar de salir a la calle.

—Podemos buscar en internet algo que hacer —me propone él en dialecto romano. Se desenvuelve ya bastante bien en dialecto, pero su italiano es aún un poco titubeante.

—Buena idea. —Reflexiono un momento.

—Buena idea. —Reflexiona un momento.

—¿Te acuerdas de Rodrigo, mi amigo violinista? — sigo reflexionando.

—Claro. —Poco a poco, Ato va conociendo a todos los animales perdidos de mi arca de Noé.

—Se ha marchado esta mañana.

—¿Cómo está?

—Bien... El hip-hop lo ha conquistado por completo.

—En la Ciudad de los Muchachos, me paso las horas viendo en la tele el vídeo de los que bailan hip y hop.

—¿Es difícil de aprender, según tú?

—Sí, mucho.

—¿Y para quien, como yo, no ha bailado nunca ni una lenta en su vida?

—Demasiado.

Instalamos mi portátil en el salón para que haya espacio suficiente para bailar, o para lo que salga.

«Clase de hip-hop para principiantes», tecleo en YouTube.

Y aparece ella. Tendrá doce años como mucho y una carita de gata; viste una camiseta llena de estrellas, pantalones de chándal y calcetines de colores. Flacavi: ése es su nombre de guerra.

—¡Hola, chicos, soy yo, Flacavi! —grita a la cámara en uno de los muchos vídeos que llevan su nombre. Está en su habitación, pero es como si estuviese en una galaxia lejana, inalcanzable, animada por una única y precisa voluntad: enseñar el hip-hop al resto del universo—. Hoy os voy a dar una clase básica —dice—. Vamos a empezar con el calentamiento, que es algo fundamental. El calentamiento os lo tenéis que tomar en serio, porque si no habéis calentado bien, al hacer el *freeze* u otras cosas os podríais hacer mucho daño.

Ato y yo obedecemos: nos tomamos en serio el calentamiento.

Giramos la cabeza a la derecha y a la izquierda. «Varias veces», como recomienda ella. Después relajamos los hombros y los brazos. De nuevo varias veces.

Flacavi está impaciente: quiere pasar a las cosas serias.

—Ahora os voy a enseñar a hacer las *waves*, es decir, las olas. Se empieza levantando un hombro, luego el codo, después...

Hasta ahí nos parece fácil seguirla. Pero en cuanto empieza a moverse, rapidísimo, como si le pasara por los brazos una corriente eléctrica, naturalmente sinuosa, nosotros la contemplamos cautivados. Quietos.

Cuando después añade también los hombros y el pecho y nos anima a tener «garra y estilo», con su metro ochenta y seis de estatura, Ato se enmaraña consigo mismo y se pierde enseguida. Con mi metro sesenta y cuatro, yo como mucho alcanzo a saltar sobre una pierna, abriendo mucho la otra.

—¿Queréis aprender otros pasos? Pues seguidme en el próximo vídeo. ¡Flacavi se despide de vosotros, hasta pronto! —nos dice nuestra profesora al final de la clase.

—¿Podemos volver a verlo todo desde el principio? —pregunta Ato algo abatido.

—Claro que podemos. La regla del juego es llegar a los diez minutos. No se prohíbe superarlos.

Nos pasamos toda la tarde con Flacavi.

Esta chica es de verdad un portento.

Nosotros somos de verdad un desastre.

Al final, después de ver siete veces todos sus vídeos, nos tiramos en el sofá agotados.

—Tengo hambre —dice Ato—. ¿Os parece que vayamos al McDonald's?

—Hoy, nada de McDonald's. Te hago unas tortitas.

—¿Tú?

—Sí, yo.

Sábado, 8 de diciembre

INMACULADA CONCEPCIÓN

Orto: 7.25 horas - Ocaso: 16.39 horas

ANDAR DE ESPALDAS

Y hoy, ¿cómo mato mis diez minutos?

Es lo que he pensado esta mañana al despertarme.

Antes incluso de mirar si durante la noche Mi Marido me había mandado un sms, antes incluso de angustiarme por la nueva novela que quizá avance o quizá no, antes incluso de llamar a mis padres y preguntarles qué se cuece en Vicarello, qué dice la señora del quiosco, qué novedades hay entre el dueño del bar y su voluble novia: ¿cómo mato hoy mis diez minutos?

Pienso.

Y sonrío un poco.

También me asusto un poco.

Vicarello, Mi Columna y Mi Marido son los peluches a los que me duermo abrazada desde hace más de un año, y abrazada a ellos me despierto.

Apestan y ya no son suaves, pero cuando te acostumbras a un peluche, es duro renunciar a él.

Preparo el café, me observo las uñas, el esmalte fucsia empieza a descascarillarse: es hora de quitármelo.

A lo mejor podría probar uno verde, pienso.

Y sonrío un poco.

También me asusto un poco.

Ato se reúne conmigo en la cocina y desayunamos juntos.

Es el día de la Inmaculada. Ayer le prometí que iríamos a los puestos de *piazza* Navona: desde esta mañana y hasta el día de Reyes estarán ahí vendiendo algodón de azúcar, figuritas para el belén, adornos de colores para el árbol y ángeles de mazapán.

Asegurando la Navidad, vamos.

La Navidad, a la que le trae sin cuidado que yo ya no tenga a Mi Marido, Mi Columna ni Mi Casa de Vicarello, también este año se abre paso y ya casi está aquí. Una injusticia hermosa y buena por su parte.

Pero:

—En mi casa de Eritrea poníamos siempre un árbol precioso —me soltó Ato anoche,

mientras devoraba unas tortitas. Esta vez me habían salido ligeramente quemadas, pero sin un solo grumo en la masa.

—Pues Mi Marido y yo, en cambio, en Navidad huíamos de todo y de todos. Nos íbamos a Camboya, a la India o a Chile. Durante casi veinte años recorrimos el mundo, huyendo de todas las cenas y las comidas de Navidad. De los belenes y de los árboles — le conté yo.

—¿Por qué? —Ato abrió unos ojos como platos—. ¡Si la Navidad es genial!

Es genial evitarla con quien quieres: y esa fuga sí que es de verdad la Navidad, pensé yo.

Y los dos nos fuimos lejísimos con la mente, pasando por el corazón.

Al cabo de un rato, me dijo:

—¿Chia'?

—¿Qué?

—Aunque no le tengas mucho cariño a la Navidad, mañana ponemos el árbol, ¿no?

La lluvia de ayer ha barrido todas las nubes.

Es un día frío y brillante, perfecto.

Nos encaminamos hacia los puestos, desde casa se tarda unos veinte minutos.

La idea llega así: sin pedir permiso, como todas las ideas.

—¿Ato?

—¿Qué?

—Me gustaría andar de espaldas.

—¿Cómo?

—Durante diez minutos.

—Pero ¡es peligroso!

—Tú me llevas del brazo y me guías, así no me caigo.

Se ríe y, cuando eso ocurre, es siempre como si una caricia me llegase muy dentro, muy hondo, donde hace daño.

Me vuelvo de espaldas y le aferro el brazo.

Damos un paso. Vuelve a reírse. Otro paso. Nos reímos los dos.

—Cuidado: escalón. A la derecha. A la izquierda — me indica Ato.

Mientras, de espaldas, veo las caras de las personas de las que debería ver las nuca, veo el camino que he recorrido en lugar del que me queda por recorrer, veo que dejo atrás las tiendas, en lugar de que éstas vengan hacia mí.

Andar así no me suscita ninguna sensación, pero quizá sea agradable precisamente por eso.

Me suscita una especie de alegría tonta.

—¡Creía que los demás te mirarían y pensarían que estás loca! —dice Ato, asombrado de que nadie, entre todos los que andan normalmente, alucine de ver a alguien que anda al revés.

Le hablo de Flaiano y de un marciano que, después de dos días de clamor, podía pasear tranquilamente por Roma, en medio de la indiferencia general, extraterrestre como era, sin que nadie lo molestara.

—¿Es bueno que Roma trate así a los marcianos y a los que andan raro? —me pregunta.

—No, porque hace que se sientan solos. En Vicarello, donde yo vivía antes, si eres un marciano te miman mucho.

—Pero yo, sinceramente, prefiero la gente a la que le trae sin cuidado si soy negro, antes que a la que me mima porque lo soy.

—Ésa es otra historia.

—Quizá.

—Seguro.

Proseguimos nuestro paseo marciano.

Durante cuatro.

Siete.

Diez minutos.

Hasta que suena el temporizador que Ato ha programado en su móvil y nos anuncia que misión cumplida.

Me doy la vuelta y chocamos los cinco.

Llegamos a *piazza* Navona a paso lento, cómplice todavía del paso marciano.

—¿Chiara? —oigo que me llaman mientras decidimos en un puesto si comprar bolas de Navidad pequeñas, medianas o grandes.

Es una mujercita minúscula vestida de naranja, con el pelo rubio platino cardado y los ojos brillantes.

No la reconozco inmediatamente, aunque su aspecto me es familiar.

—¡Soy Morena! ¡Morena Torpedoni!

Ahora caigo. Los Torpedoni.

Habré almorzado con más de mil familias en los años de Mi Columna.

Al principio las buscaba yo porque alguien me había hablado de alguna pareja particularmente excéntrica o porque había leído en el periódico una noticia curiosa.

Luego empezaron a apuntarse ellas solas, en la página web del semanario, todas aquellas familias que querían contar a través de la columna su extraordinaria normalidad.

Familias extensas, homosexuales, cónyuges separados que seguían viviendo en la misma casa, enamorados que, para preservar su relación, preferían vivir cada cual por su lado, y una vez hasta visité una comuna auténtica.

Conocí a mucha, muchísima gente.

Y, cada vez, al terminar la semana, tenía la vaga impresión de que la gente con la que había almorzado conocía ese secreto que para mí y para Mi Marido era cada vez más impenetrable: esencialmente, cómo quererse sin hacerse demasiado daño.

Kevyn y Morena Torpedoni fueron de los primeros protagonistas de «Almuerzos dominicales».

Viven en una camioneta amarilla y regentan una caseta de tiro al plato en el parque de atracciones. Se conocieron en el circo, donde ella era trapecionista y él limpiaba las pistas entre un número y otro. Él era siempre muy callado, pero luego se pasaba la noche escribiendo poemas. Para ella. Se los dejaba cada mañana en el espejo de su camerino. Al enterarse, la familia de ella se opuso enseguida a esa relación: querían que Morena se casara con uno de ellos, con un circense. Pero Morena se había enamorado. Y, una noche, mientras el circo desmontaba las carpas para ir de París a Lyon, se fugó con Kevyn Torpedoni, un pelagatos según los padres de Morena, un poeta según ella, el hombre que al día siguiente se convertiría en su marido.

Ahora lo recuerdo todo claramente.

—¿Cómo estás? —me pregunta Morena.

—Así así.

—No te imaginas qué disgusto nos llevamos Kevyn y yo al dejar de ver tu columna en el periódico.

—Ya.

—Y, así de repente, además.

—Ya.

—Y, total, para sustituirla ¿con qué? ¡Con un consultorio sentimental! Y, encima, lo lleva esa imbécil... ¿Cómo se llamaba?

—Tania Melodia.

El director lo ha decidido así, lo siento, me transmitió la redactora jefa. Pero ¿qué dices?, reaccioné yo. ¿Sin hablarlo siquiera conmigo? ¿Por qué? Para que una revista salga adelante tiene que saber cambiar, me contestó ella. Y ¿quién ocupará mi lugar?, quise saber yo. Tania Melodia. ¡¿Quién?! Vamos, Chiara, no te hagas la esnob: ése era uno de los problemas de tu columna, precisamente. Tania Melodia es la ganadora moral de la última edición de «Gran Hermano». Todo el mundo la conoce. Una chica pop, sí. Pero también rock, a su manera. Una que estuvo noventa y dos días en la casa y se enrolló con tres tíos, con dos de ellos simultáneamente, reivindicando para nosotras las mujeres la posibilidad de comportarnos exactamente igual que los hombres.

—Ésa sale en la tele, ¿no? —insiste Morena Torpedoni.

—Sí. Es la ganadora moral de «Gran Hermano».

—¿Ése es el programa en el que las niñeras enseñan a los padres a ocuparse de los

hijos? —En su camioneta amarilla, los Torpedoni no tienen televisión, pero para ellos eso no es motivo ni de orgullo ni de queja.

—No, ése es «Supernanny».

—Ah. Bueno, el caso es que te echamos de menos, Chiara.

—Yo también echo de menos la columna, Morena.

—¿Cuándo sale tu nueva novela?

—Estoy trabajando en ella.

—Bien. Te he visto antes, ¿sabes? Cuando ibas andando de espaldas. Enseguida te he señalado a Kevyn: «¡Ésa es Chiara!», le he dicho. Y él se ha inventado un poema de los suyos, así, sobre la marcha.

—Recítamelo.

—«Mientras haya alguien que ande de espaldas, los hámsteres se enamorarán, y nosotros nos mentiremos menos» —recita inspirada.

Ato ha asistido a toda la conversación pensativo y callado, como es su costumbre.

Por la noche, mientras colgamos las bolas del árbol, grandes en la base y cada vez más pequeñas conforme vamos subiendo hacia la copa, me suelta:

—A lo mejor Roma sólo finge que le trae sin cuidado si hay un marciano. No lo quiere molestar, pero, en realidad, luego va y le escribe un poema.

No, no: a Roma le trae sin cuidado y punto, Roma no es Vicarello, le habría contestado yo hace una semana.

Pero ahora cuelgo una bola del árbol. Lo miro. Él me sonríe. Le devuelvo la sonrisa.

—A lo mejor sí. Tal vez.

Domingo, 9 de diciembre

SEGUNDO DE ADVIENTO

Orto: 7.26 horas - Ocaso: 16.39 horas

LA CALLEJUELA DE VERMEER

—Buenos días, Ato.

—Buenos días, Chia’.

—¿Ya estás levantado?

—Mañana la profe de italiano pone examen. Tengo que estudiar un montón.

—¿El qué?

—El siglo XVII.

—¿Entero?

—Sí. Los hechos relevantes, las contradicciones y las obras de arte —repite textualmente el título del capítulo de su antología.

—¿En todo el mundo?

—En Italia, Inglaterra y Alemania.

—¿Y en Holanda no?

Hace casi un mes que se inauguró la exposición de Vermeer en las Escuderías del Quirinal.

Está a un paso de nuestra casa. Bueno, de la mía.

Pero es que si pienso en una exposición, me ocurre lo siguiente: se me hace de verdad inverosímil hablar en singular.

Porque los cuadros son la pasión de Mi Marido.

Además de huir de la Navidad, nos empeñábamos en que nuestros viajes por el mundo tuvieran siempre en cuenta mi amor por la naturaleza y el suyo por las obras de arte.

Yo buscaba animales raros, albuferas, bosques pluviales y desiertos, y lo llevaba a él de la mano.

Él buscaba museos, catedrales y obras maestras, y me llevaba a mí de la mano.

Si lo nuestro, como amenaza cada día, resulta ser un final y no sólo una crisis, ¿quién lo llevará a los bosques?

¿Quién me llevará a los museos?

¿Quién se ocupará de todas esas partes de cada uno de nosotros que hace dieciocho años inventó el otro y ha mantenido con vida durante esos dieciocho años?

Me lo pregunto a diario.

Me lo pregunto ahora mientras entro con Ato en las Escuderías, cojo dos audioguías y estudio el catálogo. Cosas que han hecho siempre todas las personas que no eran yo cuando, hasta hoy, visitaban una exposición, porque todas las personas que no eran yo no tenían la suerte de estar con Mi Marido. Más preciso que cualquier audioguía, más apasionado que cualquier catálogo.

Inspiro. Espiro.

«La Holanda del siglo XVII es un país donde la riqueza está dispersa y poco concentrada. La doctrina calvinista impide que se erijan palacios nobiliarios como aquellos que abundan en Italia o Inglaterra», ataca la audioguía. La odio. Me odio a mí misma por necesitar esta voz metálica para orientarme aquí dentro. Sin embargo, Ato la escucha atento: la idea de entregarle a la profesora de italiano un trabajo sobre el pintor más grande del XVII le resulta muy estimulante.

—Esta vez voy a sacar una notaza —me ha dicho al salir de casa.

Nos separamos para recorrer las salas de las Escuderías, cada uno con su aparatejo.

Añoro a Mi Marido en cada rincón, en cada cuadro.

Todos nuestros viajes, todas las aventuras, los grafitis chinos que me ayudó a interpretar, los lémures que lo ayudé a acariciar se agolpan dentro de mí.

Y, frente a *La callejuela*, la nostalgia se hace intolerable.

«Henos aquí ante *La callejuela*: la gran obra maestra del artista flamenco», recita la voz metálica.

—Hasta ahí llego yo solita, gracias —contesto entre dientes.

Pero henos aquí, eso sí.

Heme aquí.

«En este admirable lienzo, Vermeer nos ofrece mucha de la belleza poética de Delft, sus calles tranquilas, los edificios pintores...»

No aguanto más, me arranco el auricular. Le hago una seña a Ato.

—¿Vienes a buscarme dentro de diez minutos exactamente?

Y me planto delante del cuadro.

Inmóvil.

Delante de la «gran obra maestra del artista flamenco».

Sin audioguía, sin consultar el catálogo.

Sin Mi Marido.

¿Qué veo?

Las calles tranquilas de Delft, sus edificios pintorescos: sí, desde luego.

Las fachadas de ladrillos rojos, las puertecitas de madera, las persianas. Una mujer

borda en su habitación; a otra, en un pequeño callejón, se la ve muy ocupada limpiando; dos niños juegan agachados en el suelo.

Pasa un minuto.

Pasan dos.

Tres.

Ignoro cuántos más pasan, cuando de pronto, ahí está.

Sí, sí. Ahí está.

Se me aparece: la vida. La vida que transcurre, sencillamente. Por esa callejuela de Delft. Transcurre. Para las dos mujeres, para los niños.

Para todos.

Implacable.

Siempre igual.

Implacable porque es siempre igual.

Porque es siempre igual, a ratos bellísima.

Y, de improvisto, entiendo; sé.

Sé que lo que añoro no son los viajes por el mundo, los inmensos desiertos, las catedrales, los ejércitos de terracota, los osos panda ni los cañones visitados con Mi Marido, no. No son «los hechos relevantes, las contradicciones y las obras de arte», sino que lo que añoro es eso.

Nuestra vida siempre igual.

Bellísima.

Implacable.

Ato me toca ligeramente el hombro: han pasado diez minutos.

Lunes, 10 de diciembre

Orto: 7.27 horas - Ocaso: 16.39 horas

EN LA LECTURA DE TESINA DE UNA DESCONOCIDA

Es lunes de nuevo.

Durante el desayuno, Ato me pone esa cara. La cara del lunes por la mañana, precisamente. Y yo se la pongo a él.

—Hasta el viernes, Chia' —se despide antes de irse a clase.

—Hasta el viernes, Ato.

—Hasta el viernes —repite, balanceándose sobre un pie y luego sobre el otro, con la mochila a la espalda.

—Oye, Ato.

—Oigo, Chia'.

—¿Por qué no llamas a tu responsable y le preguntas si puedes quedarte hasta mañana? Hoy sin falta tengo que comprar las luces para el árbol, pero también es preciso que asista a la lectura de tesina de Elisa. Así que sería para mí una gran ayuda que te encargaras tú del árbol.

—¿De verdad?

—De verdad.

Y aunque no sea verdad (porque, desde que lo montamos, cada vez que paso por delante de ese maldito árbol, en el salón, sólo siento la tentación de arrearle una patada, a él y a la Navidad, que cada día me irrita más porque está más cerca, conque os podréis imaginar las pocas ganas que tengo de ponerle las luces), es verdad. Porque me es de gran ayuda darles a nuestras caras de los lunes la pequeña ayuda de una noche más los dos juntos.

Y así, él se va a clase, y yo trabajo en la novela y voy al gimnasio.

A las dos tengo sesión con mi psicoanalista.

—¿Qué tal, Chiara?

—Bah.

—¿Bah?

—Lo estoy haciendo, ¿sabe? El juego de los diez minutos.

—¿Y?

La doctora no parece turbada porque me haya tomado en serio lo que por su parte

quizá no fue más que una mera provocación.

—Pues eso: bah. Fundamentalmente, con respecto a los últimos meses, ahora tengo mucho menos tiempo para mí.

—¿En qué sentido?

—No es fácil encontrar algo nuevo que hacer cada día. Y, mientras me esfuerzo, es obvio: tengo menos tiempo para darme cuenta realmente de cómo estoy, tanto que a ratos siento como un pequeño vértigo.

—¿Es eso algo bueno?

—No sabría decirle. A veces echo de menos mi impotencia con respecto a todo lo que me ha ocurrido. Echo de menos desvanecerme dentro de ella, de la impotencia, digo. El contacto con la parte de mí más auténtica a la que me lleva ese desvanecerme.

—Para entrar en contacto con uno mismo no es obligatorio desmayarse de dolor. O, al menos, una vez que uno se ha desmayado, nadie dice que no pueda despertarse.

—Hum.

—Piense en ello.

—...

—...

—Bueno, sí que hay una novedad.

—¿Cuál?

—La novela está tomando forma. Ahora ya sí que empiezo a oír... cómo suena, sí, eso es. Y escribo y escribo. Escribo.

—Curioso, ¿no? Primero me dice que por culpa del juego de los diez minutos tiene menos tiempo para sí misma, y ahora me dice que por fin ha encontrado tiempo para escribir.

—Sí, es verdad, es curioso.

—...

—...

—Y ¿qué más?

—¿Cómo que qué más?

—¿Ha habido alguna otra novedad esta semana?

—¿Aparte de probar el esmalte fucsia, apuntarme a un gimnasio, tocar el violín, preparar tortitas, bailar hip-hop, andar de espaldas y observar un cuadro de Vermeer?

—Sí.

—Pues sí. El caso es que sí. Ha ocurrido que me he echado a reír. ¿Sabe cuando ocurre eso y uno ni siquiera sabe explicarse el motivo, pero precisamente por eso se sigue riendo? Pues eso. Me ha ocurrido al menos dos veces y media en una semana. Mientras andaba de espaldas del brazo de Ato y mientras intentaba seguir a mi profesora de hip-hop. Y también un poco cuando se me cayó al suelo la primera tortita a la que intentaba

dar la vuelta en la sartén. Bueno, para ser sinceros, se me cayó en un pie.

—¿Cuánto hacía que no le ocurría?

—¿El qué?, ¿reírme así porque sí?

—Sí.

—Once meses.

—Siga con el juego, Chiara, es importante.

—Lo intento. Pero aún se me escapa su significado profundo. Es una invitación a cambiar nuestros esquemas mentales, ¿es eso?

—Más o menos.

—A eso me refiero. No termino de entender ese más y ese menos.

—¿Qué dice su marido de nuestro juego?

—Sinceramente, no se lo he comentado en detalle. No sé por qué.

—...

—Quizá porque es la primera cosa que estoy haciendo yo sola, sin él. También está el verano en Formentera con Gianpietro, está Ato, están las facturas... Ahora ya lo hago casi todo sola, es cierto. Pero Mi Marido conoce a Gianpietro, conoce a Ato, las facturas siempre nos las hemos repartido y, pese a todo lo que ha ocurrido, en esos casos sigo sintiendo su presencia. Vamos, que él conoce a esa Chiara. La conoce como nadie más la conoce.

—En cambio, a la Chiara con esmalte de uñas fucsia que cocina tortitas, a ésa no la conoce.

—No. Y me pregunto todo el rato si le gustaría.

—Y ¿qué se contesta?

—Que, para saberlo, antes tendría que conocer yo misma a esa Chiara. Yo tampoco siento muy cercana a esa Chiara.

—Exacto.

—Pero...

—¿Sí?

—Doctora.

—Sí.

—Conocer de verdad a alguien es algo tan fatal que...

—¿Qué?

—Que cuando ocurre es para siempre, ¿no? Bueno, siempre se puede evolucionar, cambiar. Pero el alma sigue igual.

—Creo que sí.

—Por tanto, Mi Marido y yo nunca podremos ser dos extraños.

—Si lo que usted llama *alma*, si la suya y la de su marido se han entendido de verdad, entonces, no.

—¿Usted cómo la llama?

—¿Cómo llamo a qué?

—Al alma.

—A veces la llamo así: *alma*. Otras veces, el *yo profundo*. Y otras, el *yo primario*.

—Me gusta eso del yo primario... Eso, sí. De eso estoy segura.

—¿De qué, Chiara?

—Mi yo primario y el de Mi Marido están irremediabilmente unidos. O más aún: quizá juntos formen un solo yo primario.

—Eso es cierto. Es cierto, desde luego.

—Sí.

—Por favor, siga con los diez minutos.

De la consulta de mi psicoanalista corro a la universidad de La Sapienza.

«Elisa18», así es como grabé en la memoria de mi móvil, hace siete años, el número de esa chiquilla que era toda rizos rubios, ojos muy abiertos; esa chiquilla que se me acercó al final de un curso de orientación preuniversitaria organizado por su instituto en el que profesionales de distintos tipos contaban las ventajas y desventajas de su trabajo.

A mí me habían llamado para que hablara de los pros y contras de una pasión que se transforma en profesión.

Me abordó al final de la charla.

Hablaba a toda velocidad, sin pararse a tomar aire, y movía mucho los brazos. Me dio las gracias porque antes pensaba que no tenía el valor de elegir una carrera universitaria de letras, pero ahora quizá sí que lo había encontrado.

—Perdona, según tú, para matricularse en letras, ¿basta con que me guste mucho la literatura o debería tener también talento para ella? Porque no sé si lo tengo. Tú, antes de matricularte en la universidad, ¿ya lo sabías? Y ¿cómo entendiste que eso que sabías era cierto era exactamente lo que más te satisfaría? ¿Eh? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué?

Se me agarró del brazo y no paró de dispararme preguntas. Enseguida me encariñé con ella. No es sólo que me cayera bien, no. Me encariñé, ésa es la palabra. Como te encariñas con un cachorrillo y, nada más cruzarte con su mirada, sabes que será tuyo para siempre, como te encariñas con un paisaje que te recuerda un verano en particular, como te encariñas con una hermana pequeña cuando la ves por primera vez al otro lado del cristal del nido. Reconocí en el ardor de esa adolescente de dieciocho años el mío propio, a su edad, y en sus temores, los míos propios; el descaro de su sonrisa luminosa me aturdió, y sentí dentro, precisa y clara, esa misma certeza que pocas veces en mi vida he sentido.

Esta persona no finge: siente *de verdad* única y exclusivamente con el corazón, piensa *de verdad* con la cabeza.

Me salió espontáneo abrazarla y animarla a seguir siendo así, pero también protegerla, porque el mundo suele ser feroz con quien le opone un pensamiento *de verdad*, un sentimiento *de verdad*.

Le di mi número de teléfono y me grabé el suyo como Elisa18, precisamente.

¿Y hoy? Hoy Elisa tiene veinticinco años.

Desde nuestro primer encuentro, nunca he dejado de ser forofa de su singular energía, de su ardor y de sus porqués.

Es la primera a quien le ofrezco leer el borrador de mis novelas; era la primera que leía los artículos de Mi Columna.

¿Y hoy? Hoy se gradúa en la universidad.

Me conmueve recordarla con dieciocho años, en su último curso de instituto, nerviosa por las infinitas posibilidades que brillaban en su horizonte antes de que se deshicieran y se evaporaran en una sola: su elección.

Entro en la facultad de Letras, Ciencias Humanas y Estudios Orientales de la universidad de La Sapienza justo cuando le toca a ella leer su tesina.

No soy su única hinchita: somos muchos, apiñados en el aula.

Hasta la profesora, severa y compuesta, me parece que esconde una debilidad por ese pequeño ser rubio con una eterna actitud de búsqueda.

La representación de los personajes femeninos en La alegría de vivir, de Émile Zola es el título de la tesina de Elisa, que empieza a exponer, a toda velocidad, moviendo mucho los brazos y encendiendo al máximo de vatios las lamparitas que tiene por ojos.

La profesora le hace una pregunta y ella contesta. Nada de Zola: la «alegría de vivir» parece haberla inventado Elisa, parece transmitirla con la obstinación positiva de toda su persona.

Y, cuando se proclama la matrícula cum laude, el aula es una fiesta.

Me agarra del brazo, exactamente como hace siete años.

—No te vas ya mismo, ¿verdad? Te vienes al aperitivo, ¿verdad? ¿Verdad que, aunque no te gusten los locales de moda, el que yo he elegido te encantará? ¿Verdad que sí?

Cómo decirle que no.

—Dame diez minutos y os alcanzo.

Porque el día avanza. Y yo tengo que llevar a cabo mi pequeña misión cotidiana.

Miro a mi alrededor en busca de ideas.

Una chica embutida en un vestido rojo ceñido, encaramada a unos tacones de aguja

vertiginosos, entra ahora, con su tesina bajo el brazo, en el aula de la que acaba de salir Elisa. La siguen un par de amigos y sus padres. Y yo.

La madre de la estudiante me sonríe, qu en sabe con qu en me habría confundido. Yo me cuelo sin hacer ruido y me quedo cerca de la puerta: me ir e dentro de diez minutos, no quiero molestar.

La chica del vestido ceñido se estremece. Hasta hace pocos minutos, la tensión y la emoción de Elisa eran también mías; ahora, sin embargo, observo con total desapego las de esta chica del vestido ceñido, y me parecen casi ridículas. No es mías que una licenciatura, sólo eso, pienso (yo, que, mientras Elisa hablaba de Zola, me he enjugado las lágrimas al menos tres veces).

Qué absurda es la vida cuando no somos los protagonistas.

En fin.

La chica del vestido ceñido empieza a defender su tesina: es un análisis de las novelas contemporáneas que hacen referencia de algún modo a *Madame Bovary*, de Flaubert. La defiende en francés, y yo no entiendo nada mías que algún concepto aquí y all . La chica tiene un tono de voz odiosamente monocorde; me esfuerzo por mantener los párpados abiertos, no aparto los ojos del reloj para que los diez minutos pasen deprisa, pero nada: por ahora sólo han pasado cuatro.

Qué absurda y aburrida es la vida cuando no somos los protagonistas.

Pero apenas me ha dado tiempo a pensar esto cuando interviene el director de la tesina:

—Y  qu  podemos decir de Berta Bovary, la hija de Emma?

La estudiante pasa al italiano:

—Es un personaje diametralmente opuesto al de la madre.

—Es decir...

—Madame Bovary nunca está satisfecha de lo que tiene, ni reconoce su valor; Berta, en cambio, se contenta con poco.

—S  —corrobora el profesor—. Y, sin duda, tener menos aspiraciones le asegura a Berta una mayor aceptación de su propia vida.

Es como si me tocara algo frío.

Me olvido de vigilar el reloj y asisto a toda la lectura de la tesina de la desconocida del vestido ceñido.

Hasta me sienta mal que no le pongan una nota muy alta.

Luego me reúno con Elisa y sus amigos para el aperitivo.

«Tener menos aspiraciones sin duda asegura una mayor aceptación de nuestra propia vida.»

Desde luego. Desde luego que es así.

Pero lo importante es:  c mo?

¿Cómo se consigue?

¿Debía yo aceptar tan tranquila que Mi Marido últimamente estuviera siempre cansado, siempre distraído? ¿Acaso si yo hubiera aspirado a una menor complicidad, no habría hecho que huyera a Dublín? ¿Si no me muriera de nostalgia de Vicarello y de Mi Columna, aceptaría mejor mi vida? Y ¿es eso lo que llamamos *felicidad*? ¿O aceptar la vida tal cual significa renunciar a la felicidad? Por tanto, ¿debemos elegir? ¿Todos? ¿Ser felices como Emma o ser felices como Berta? ¿Infelices como Emma? ¿Como Berta?

Martes, 11 de diciembre

Orto: 7.28 horas - Ocaso: 16.39 horas

www.youporn.com

Ato se ha ido esta mañana a clase; desde allí volverá directamente a la Ciudad de los Muchachos. Y yo trabajo en mi novela. Trabajo y trabajo.

No tenía esperanzas, no me lo creía, pero ahora ya estoy dentro.

La escritura es para mí algo parecido al sexo con alguien a quien quieres y conoces profundamente.

No sabes si todavía tienes ganas de verdad, temes no tener ya nada interesante que dar, temes que no haya nada nuevo que descubrir. Pero luego empiezas a hacerlo, dejas los temores a un lado y espontáneamente das, espontáneamente descubres. Gozas.

Mi primer beso se lo di a Mi Marido, mi primera vez fue con él.

En dieciocho años nos conquistamos, nos alejamos, nos escondimos, nos perseguimos y al final nos casamos.

He tenido alguna que otra relación en los períodos de alejamiento mutuo, pero nunca nada que me hiciera dejar de añorarlo.

Cada vez que nos reencontrábamos, estábamos dispuestos a ser más íntimos, a descubrirnos más, a estar más enamorados.

Y el sexo entre nosotros era siempre algo natural e intenso.

Hasta que no sé cómo ocurrió.

No sé cómo ocurre.

Pero los cuerpos empezaron a desmagnetizarse.

Si nos íbamos, aunque sólo fuera un fin de semana, si nos evadíamos de aquello en lo que se había convertido la realidad, de nuevo volvíamos a mostrarnos curiosos, excitados, divertidos, graciosos, melancólicos: de nuevo volvíamos a ser nosotros mismos.

Pero en cuanto volvíamos a Roma, a nuestra nueva casa, la Casa de Adultos, era como si nuestras manos, nuestras piernas y nuestras lenguas cayeran presas de una especie de hechizo.

Algo que tiene que ver con Emma y Berta Bovary, me parece.

Algo como: «Si tocas a esta persona quedarás de verdad satisfecho y serás feliz de una vez por todas, pero una parte de ti morirá para siempre».

En Vicarello vivíamos como dos eternos estudiantes fuera de su domicilio familiar: a

pocos metros de distancia, mis padres velaban por nosotros o nos regañaban, según el día. La culpa de lo que no funcionaba entre nosotros podía ser suya; el mérito era sólo nuestro.

En Roma, en cambio, enseguida cambió todo.

Volvía de Mi Columna después de haber cruzado a pie esta enorme ciudad, me desplomaba sobre el sofá y empezaba a quejarme de lo cansada que estaba y de lo mucho que echaba de menos Mi Casa de Vicarello.

Él volvía de una jornada en el tribunal, se arrellanaba en el sillón y encendía el televisor.

Si había suerte, me daba un masaje en los pies.

Si no la había, discutíamos: porque no había tirado la basura, porque no la había tirado él, porque no se había acordado de renovar la suscripción a la televisión por cable, porque no me había acordado del cumpleaños de su padre, porque yo ya no era la adolescente tremebunda de las trenzas, y él ya no era el adolescente de ojos amarillos, enfadados.

Y, una vez en la cama, yo mandaba mensajes a diestro y siniestro, a todos mis amigos, para desahogarme de lo imbécil que era él.

Él se conectaba a youporn, supongo. Porque un tío al que conocí por Mi Columna, uno que acumulaba cuatro divorcios y seis gatos, me dijo que así ocurre cuando termina una relación: «Ella se va a dormir a las diez, y tú te conectas a youporn. Así es que yo me he cansado y directamente me conecto a youporn, doy de comer a los gatos y adiós muy buenas».

¿Ha terminado todo entre Mi Marido y yo?

¿Lo sabía él antes incluso de marcharse a Dublín, antes de huir a Nueva York, y buscaba en youporn la inspiración que yo ya no conseguía darle o que ya no conseguía sacar de mí?

Cierro el archivo de la novela y tecleo.

www.youporn.it

Por qué hasta ahora no he sentido la curiosidad de saber qué se cuece por aquí es algo que de verdad no me explico.

Diez minutos es poco, poquísimo, para entenderlo de verdad, me doy cuenta enseguida: hay demasiadas opciones y demasiadas propuestas.

Videos caseros, lésbicos, sexo anal, Belén, 10p Adult Phone Chat, Adult Amateur, Adult Avatar Chat Rooms...

Por vocación, me asomo a la sección de videos caseros.

Elijo uno de once minutos.

Ella es un poco rubia pero tampoco tanto, le sobra algún kilito, es culibaja, con las tetas grandes, y lleva un tanga de encaje blanco.

Él tiene un tatuaje de un halcón en la espalda, gafas de sol y los músculos bien perfilados.

Se encuentran en una habitación anónima de un hotel de playa.

Por la luz, parece ser a primera hora de la tarde de un día cualquiera de principios de verano.

Él está encima de ella. Durante cuatro minutos.

Ella está encima de él. Durante dos.

Él se pone una máscara de robot; ella, una de Spiderman, y se arrodilla en el borde de la cama.

Me estoy aburriendo.

En el móvil conservo aún muchos números de los protagonistas de Mi Columna. Busco el del pluridivorciado: lo encuentro. Y le escribo: «Estoy viendo un vídeo en youporn, pero me parece más excitante un documental sobre el cultivo de la papaya en Madagascar. ¿Me he equivocado de vídeo? ¿La equivocada soy yo? Chiara G.».

Mientras la tía medio rubia se emplea verdaderamente a fondo para que él se corra, y de vez en cuando mira hacia la cámara pasándose un dedo por los labios, el pluridivorciado me contesta: «¡Hola, Chiara! Explícamelo mejor: ¿el vídeo te deprime porque eres contraria al tráfico sexual de esta época hedonista? ¿Porque piensas en hombres como yo, cuya vida sexual se consume en esas imágenes más bien sórdidas? ¿O porque ya no consigues sugestionarte con el encanto del sexo y te sientes una veterana? ¿La primera, la segunda o la tercera? ¿Cuál pulsamos?».

Socorro. No lo sé.

«Quizá la tercera. Y quizá porque, si no lo hago yo, me refiero al sexo, sinceramente no me interesa mucho.»

«Entonces estás sana», me contesta él.

Aunque luego lo piensa mejor: «Pero también eres narcisista. De todas maneras, ¿entiendes cuántos efectos colaterales te evitas si te limitas a mirar el amor desde fuera, en lugar de tener que vivirlo a toda costa en primera persona?».

O, lo que es lo mismo, «qué fantástica es la vida cuando no somos los protagonistas».

El tío se quita la máscara de robot para que la cámara muestre su cara tal cual es mientras goza.

¿Es hermosa?

¿Es fea?

Es suya.

La vida es absurda, aburrida y fantástica cuando no somos los protagonistas.

Miércoles, 12 de diciembre

Orto: 7.29 horas - Ocaso: 16.39 horas

PUNTO DE CRUZ

Punto de cruz horizontal

—Tomar siempre como referencia los cuadraditos que componen el tejido.

—Introducir la punta de la aguja (enhebrada del mismo color que el tejido) en el revés de la tela y sacarla del derecho; a continuación, hacer un punto oblicuo desde el ángulo inferior izquierdo del cuadradito hacia el ángulo superior derecho.

—Sacar la aguja por el ángulo inferior izquierdo del cuadradito sucesivo y hacer otro punto oblicuo.

—Proceder así hasta bordar una fila de puntos oblicuos.

—Repetir todo el recorrido en sentido contrario para hacer la cruz.

IMPORTANTE: cambiar el color del hilo cuando sea necesario (MARRÓN para el ERIZO, ROJO para el CORAZÓN, VERDE para el ARBUSTO).

Al final de la hebra, cerrar el hilo llevándolo al revés de la tela y haciéndolo pasar por algunos puntos ya realizados.

Estos apuntes me los ha escrito (y yo los copio textualmente) la viejecita de las gafas trifocales y la montura de carey que he conocido en La Casa del Bordado.

Nunca creí que pudiera existir y resistir un lugar así en el mundo.

En este barrio, además. A tres manzanas de nuestra casa. De mi casa.

Mi Marido me ha llamado siempre mística Magoo precisamente por eso. Como el personaje de los dibujos animados y de la película, yo me caigo, tropiezo, no soy consciente siquiera de que corro peligro, no sé conducir y, hasta la semana pasada, no tenía ni la menor idea de cómo cocinar algo con mis propias manos, porque el problema principal son ellas: mis manos. Si tienen que agarrar algo que está a punto de caerse, aunque sólo se trate de sujetar bien un vaso para que el contenido no se me vierta encima, si tienen que cambiar las pilas del mando a distancia o desenroscar una bombilla,

es como si se transformaran en dos... tortitas. Sí. Blandas, grasientas y cubiertas de sirope.

No lo hacen aposta, no lo hago aposta, aunque a veces Mi Marido sospechaba que sí, cuando, qué sé yo, confundía por ejemplo los cables y a punto estaba de enchufar el teléfono al televisor en lugar del lector de DVD, o cuando una noche, al entrar en el ascensor, se me resbaló misteriosamente de las manos una botella de vino y cayó por el hueco de la escalera.

Cosas por el estilo.

Cosas que «el antiguo y refinado arte del bordado» (como reza el subtítulo de una de las infinitas revistas especializadas expuestas en la entrada a La Casa del Bordado) en principio excluye.

Tanto es así que nunca me había fijado en esta tienda, naturalmente.

Hoy, al volver del gimnasio, pensando en mis diez minutos cotidianos, casi me tropiezo con ella: es una tienda como las de antaño, hay una atmósfera como suspendida en el aire de polvo y penumbra, miles de estantes y de cajoncitos. Sobre los estantes, ovillos de lana ordenados por colores y retales apilados con cuidado parecen decir «elígeme a mí, elígeme a mí».

La viejecita, que estaba ocupada detrás de la caja, con sus grandes gafas, me recordó a mi abuela. Sí. Tenía el mismo aire de duendecillo, los huesos menudos, el pelo en forma de nube blanca y movimientos rápidos. De pronto volví a ver a mi abuela agachándose y levantándose en la huerta de Vicarello, arrancando las malas hierbas, con su sombrero de paja de ala ancha y sus botas de goma. Murió mientras dormía, sin despedirse, una mañana de mayo: delicada y tenue, como era cuando estaba en el mundo, así también se marchó. Yo tenía dieciocho años, diez días después conocería a Mi Marido. Siempre he sentido mucho que ella no llegara a conocerlo. Aún hoy lo siento, pese a todo lo que ha ocurrido.

Me acerqué a la caja y le expliqué a la viejecita por qué estaba allí.

—No sé nada, nada en absoluto, del arte del bordado. Pero cada día, durante diez minutos, tengo que hacer una cosa que no haya hecho nunca. Y hoy me gustaría probar ésta.

Detrás de sus gruesas lentes, los ojos líquidos de la viejecita hurgaban en los míos. Entonces sonrió.

—Qué idea más bonita. —Sonrió, y dio palmas con sus manitas. Una vez. Dos.

Luego se puso a rebuscar en sus mil cajoncitos, sacó unas agujas y unas pequeñas madejas de algodón de colores. Una tela con un dibujo de un erizo, un corazón y un arbusto.

—Es una tela con cuadraditos grandes: esto lo sabría hacer hasta un niño, no se preocupe —me aseguró. Y me aconsejó que empezara, como todos los principiantes, por

el punto de cruz horizontal, la técnica más sencilla para esa clase de tela—. ¿Ve?, basta pasar la aguja por aquí, y luego por aquí, y otra vez por aquí, y luego por aquí, y luego volver atrás, recordando bien que...

Hablaba y hablaba muy rápido, como sus manitas, que corrían por la tela, pero pronto se dio cuenta de que yo no conseguía seguirla en absoluto. Entonces me escribió esos apuntes.

Estos apuntes que tengo aquí.

Y se despidió con una profecía:

—Volveré a verla pronto, estoy segura. Una vez que se empieza a bordar, ¡ya no se puede parar!

Sus palabras resuenan dentro de mí, pero no: esto del punto oblicuo no lo he entendido, no me sale. Miro el reloj, y sólo han pasado dos minutos. Se me han hecho eternos. Persevero. He empezado por el erizo, quizá habría sido mejor empezar por el corazón, pienso. Paso del hilo marrón al hilo rojo: la cosa se hace aún más difícil. A saber qué es lo que hago mal, a saber por dónde debería pasar esta maldita aguja para meterla en el cuadradito adecuado. Es todo tan complicado, tan imposible...: los hilos hacen lo que les da la gana; la aguja es demasiado gruesa y los cuadraditos, demasiado pequeños; la aguja es demasiado pequeña y los cuadraditos, demasiado grandes.

Y el revés de la tela, una vez transcurridos los diez minutos, es una maraña de nudos enormes, desordenados y apretujados.

«Lo sabría hacer hasta un niño», me dijo la señora, y yo no he sabido.

No me volverá a ver muy pronto, y me da un poco de pena, pero, decididamente, bordar no es lo mío. Tanto que, por primera vez, me parece haber fracasado en mis diez minutos.

Sin embargo...

Sin embargo me conmueve saber que en el mundo hay una señora que se parece a mi abuela.

En este barrio, además. A tres manzanas de nuestra casa. De mi casa.

Jueves, 13 de diciembre

Orto: 7.29 horas - Ocaso: 16.39 horas

Luna nueva: 9.42 horas

¿Y TÚ CÓMO ESTÁS, MAMÁ?

Habrán sido la viejecita de La Casa del Bordado y el fantasma de mi abuela, pero el caso es que hoy la nostalgia de Vicarello se me hace realmente intolerable.

Trabajo un poco en la novela y luego llamo por teléfono a mi madre:

—¿Vas a estar hoy en casa a la hora de comer?

—Sí, claro.

—Pues espérame, que voy.

Sin embargo, antes de irme quiero prepararle una sorpresa.

A continuación tomo el tren para Vicarello.

Ese tren.

El tren que he tomado infinidad de veces: de ida y de vuelta. Y otra vez de ida y otra vez de vuelta. Hacia una familia con la que almorzar para Mi Columna, al despacho de Mi Marido para hacerle una visita sorpresa, para ir al cine o a una reunión con mi editor, a la presentación de un libro, al ginecólogo o al dentista. Y luego de vuelta otra vez.

De vuelta a casa. Casa de verdad, casa y sólo casa, casa desde siempre, casa para siempre.

La encuentro esperándome en la estación. Está cansada, tiene prisa, aunque ni ella misma sabría explicar por qué. Se alegra de verme, pero nada más bajar del tren me regaña porque estoy demasiado delgada: ésa es mi madre.

Nos abrazamos.

—Toma. —Le tiendo una bolsita con una fuente dentro, con cuidado de que no se vuelque.

—¿Qué es?

—Un tiramisú. Lo he hecho yo.

—¿Tú? —Se ríe.

—Yo —contesto muy seria—. He descubierto una página web de recetas. Y hoy he querido probar a hacer un tiramisú. Sigue siendo tu postre preferido, ¿no?

—Sí, sí —dice, aunque sigue riendo. Como si no se lo creyera, como si fuera una broma de las mías: que yo he preparado un tiramisú. Su hija. La torpe de su hija. Un

tiramisú. Venga ya.

Cuando mis padres me dejaron a mí la casa en la que había crecido, ellos se hicieron una más pequeña, en la misma calle, transformando un pajar abandonado. Y allí se mudaron.

Volvieron a su antigua casa cuando, hace dos meses, terminaron por fin las obras de reforma que me habían hecho exiliarme en Roma, y le alquilaron el viejo pajar a una pareja de jubilados alemanes. «Pero en cuanto termine el contrato de alquiler de tu casa de Roma, termina también el de los alemanes —no se cansan de asegurarme—. Y si quieres, te vuelves a casa, y nosotros regresamos al viejo pajar.»

En el patio de su casita, los alemanes están jugando a las cartas, aprovechando este invierno que hoy no parece invierno de tan tibio como es el aire y límpido el cielo.

En el patio de mi casa, nuestros dos perros se tuestan al sol. De este invierno que hoy no parece invierno.

Todo está en su sitio, yo estoy en mi sitio.

Ocurre así cada vez que voy a ver a mis padres desde hace ya un año, desde que todo empezó a terminar: aunque ahora esté reformada, esta casa para mí es siempre la misma, y también yo vuelvo a ser la misma, aunque sólo lo sea durante una hora. La misma de antes de que Mi Marido me llamara desde Dublín, cuando aún tenía Mi Columna, mis certezas y mis miedos: también ellos son dulces, como todo aquello a lo que, muy dentro de ti, te acostumbras.

Los miedos que tengo ahora, en cambio, son nuevos: ni siquiera los entiendo todos.

Las certezas han desaparecido.

Me doy una vuelta por mi habitación con el pretexto de coger un libro que necesito. Ahí está la cama desde la que llamaba a mi madre y a mi padre, de noche, sólo para estar segura de que, aunque estuvieran durmiendo, me contestarían y me demostrarían que yo era más importante que sus horas de sueño, más importante que todo lo demás. También está la cómoda con mis libros del colegio, que siguen todos ahí. Asimismo, hay algún manual de derecho privado y de derecho penal de Mi Marido. Y las cuatro paredes están llenas de fotos nuestras, tuyas y mías. En Camboya, en China, en México, en Chile, en Costa Rica, en Ámsterdam y en el patio del viejo pajar.

En la habitación de al lado dormía mi hermano cuando éramos pequeños. Después se marchó a estudiar a Milán y ahora trabaja en Berlín. Y entonces, cuando me quedé sola en esta casa grande, esta casa amada, le alquilé su habitación a Gianpietro, que llenó el armario de camisas brillantes de raso y de mocasines estilosos; y después a Carlo, que la llenó de revistas y de carnés del Arcigay y del Pd; a Vincenzo, que era cocinero; a Igor, que quería ser escritor; a Alessandra, una ambiciosa ejecutiva que, nada más terminar su jornada, cogía su caballo y se echaba al galope, libre, por los campos que rodean

Vicarello.

Con Gianpietro reí, lloré, y una vez hasta llegué a pegarle con un cartón de tabaco: nerviosa y pelmaza como era yo, nervioso y pelmazo como era él, todas las mañanas nos mandábamos al cuerno y todas las noches cantábamos las canciones de Mina en el karaoke hasta que nos daban las tantas.

Con Carlo experimenté sin darme cuenta lo que es el matrimonio: interpretábamos por turnos el papel de marido o mujer, según quien tuviera más necesidad de sentirse protegido, de encontrarse la cama hecha o una bolsa de agua caliente en la tripa. A diferencia de mi verdadero matrimonio, aunque él viva ahora en Bruselas, donde trabaja en el Parlamento Europeo, nuestra unión se mantiene serena.

A Vincenzo y a Igor apenas los veía durante el día. Alessandra fue y sigue siendo una de mis personas preferidas, con las que mejor me entiendo.

Pero después llegó aquí conmigo Mi Marido, que ya estaba, naturalmente. Estaba mientras estaba Gianpietro, mientras estaba Carlo, mientras estaban Vincenzo, Igor y Alessandra.

Aquéllos fueron años plenos, incoherentes y, a su manera, perfectos: yo tenía mis monstruos de siempre en la cabeza y en el corazón, pero la vorágine que pasaba por mi casa lograba distraerlos. Y luego, cuando Mi Marido volvía de la universidad y cenaba con Gianpietro y conmigo, o se quedaba a pasar el fin de semana y Carlo nos traía el desayuno a la cama, cuando se apuntaba a montar a caballo con Alessandra y conmigo, cuando todos juntos encendíamos el fuego en la chimenea, nos acurrucábamos a contemplarlo y nos aturdimos a hablar, fumando porros y zampando bollos de chocolate, hasta que llamaba a la puerta mi madre y se presentaba con una bandeja llena de jamón, queso y verduras de la huerta para todos..., en esos momentos no sé a dónde se iban mis monstruos, pero desde luego no estaban con nosotros.

Después Mi Marido terminó la carrera, luego la terminé yo también, publiqué mi primera novela, él aprobó sus oposiciones y yo publiqué mi segunda novela. Y cuando a Alessandra la trasladaron a Turín, nos lo dijimos sin necesidad de decírnoslo: vamos a intentarlo. Y sin necesidad de intentarlo, enseguida conseguimos vivir juntos. Aquí. Mientras que vivir juntos allí, en Roma, en la Casa de Adultos, de eso no hemos sido capaces.

Comemos tomates y mozzarella.

Los tomates son de la huerta, naturalmente.

—Ahora que sabes hacer tiramisú, podrías aprender también a ocuparte de la huerta, ¿no?

—Nunca te quitaría a ti ese placer.

Mi madre sonrío. Una vez Mi Marido intentó sembrar coles, pero al cabo de una semana ya ni siquiera se acordaba de en qué rincón de la huerta estaban sus semillas.

Hay cosas que toda la vida, quizá hasta que se mueran, las hacen los padres, y punto. Nosotros no las hacemos, o las hacemos mal, precisamente para que esas cosas lo tengan bien claro: «De vosotras se ocupan papá y mamá, ¿entendido?».

De nosotros se ocupan papá y mamá.

—Bueno, y ¿qué tal estás?

—Así así. Estoy trabajando bien en la novela, eso es una buena noticia. Pero es la única.

—Ya verás como todo esto pasará. Sólo hace falta tiempo.

—Sí. Y por aquí, ¿qué tal? Hará por lo menos un mes que no hablo con Matteo...

—Chiara, ya sabes cómo es Matteo. Llámalo tú, ¿no? El trabajo lo tiene muy ocupado desde que lo trasladaron a Berlín, no tiene tiempo ni para cenar, se estará quedando en los huesos, peor aún que tú... Esperemos que esté bien, lo noto tan nervioso... Papá dice que es normal, pero a mí no me gustaría que fuera como él... Dios, tiene setenta y un años y sigue trabajando como si tuviera..., pues eso, la edad de Matteo. Si al menos fuera feliz... Pero qué va. Siempre está tenso, de un humor de perros... Aunque menos mal que el domingo pasado salió al patio después de comer, se tumbó en la hamaca y se quedó ahí tranquilo, descansando, una hora por lo menos. Parecía un niño, tendrías que haberlo visto. Por otro lado, ya se sabe que él...

La interrumpo:

—Pero ¿y tú? —le pregunto—. ¿Cómo estás tú?

Me ha venido de repente la iluminación mientras la escuchaba. Me pongo a mirar fijamente el reloj e insisto:

—¿Tú cómo estás, mamá?

Ella se levanta y empieza a quitar la mesa.

—Ya te lo he dicho, Chiara. Estoy un poco preocupada por Matteo, por papá. Y por ti, naturalmente. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu marido?

La agarro del brazo y la invito a sentarse:

—Mamá, de verdad. Dime cómo estás.

—Tengo que enjuagar los platos, Chiara.

—Eso ya lo hago yo luego. Tranquila.

—No, tú no lo harás nunca.

—Vale, entonces lo harás tú. Pero después. Ahora te quedas aquí quietecita, anda. Al menos diez minutos.

Me mira perpleja. Se sienta.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? ¿Te has vuelto loca? —Me mira como si de verdad le angustiara mi

salud mental.

—¿Por qué me preguntas eso, mamá? Sólo quiero saber cómo estás.

—Bien. ¿Cómo quieres que esté?

—Hum.

—Hum.

—¿Qué tal en el hospital? ¿Va todo bien?

Mi madre era maestra en la guardería de Vicarello. Hace doce años se jubiló y empezó a trabajar de voluntaria en San Giovanni, un hospital de Roma.

Me doy cuenta en este preciso instante —y al hacerlo me avergüenzo— de que, aparte de no preguntarle nunca cómo está, de tanto como su vida está dedicada a cómo estamos mi hermano, mi padre y yo, tampoco le he preguntado nunca qué hace exactamente en ese hospital. Y ya lleva doce años trabajando allí. Doce años.

—Va todo bien, sí. —Está nerviosa. No le gusta quedarse sentada. Y menos si todavía hay que quitar la mesa, enjuagar los platos y meterlos en el lavavajillas.

—¿Mamá?

—¿Qué?

—¿Cómo empezó eso del voluntariado en el hospital?

—Mira, Chiara, ya está bien. —Se levanta de nuevo—. ¿Qué es esto? ¿Una broma?

De nuevo la agarro del brazo, de nuevo la invito a sentarse.

—No, mamá, no es ninguna broma. Se trata de que, desde que Mi Marido se fue y yo ya no estoy en esta casa, debería vivir, y en lugar de eso me siento morir. Lo sabes, ¿no? Y la psicoanalista me ha propuesto un ejercicio: una vez al día, a lo largo de un mes, tengo que hacer algo durante diez minutos que no haya hecho nunca.

Mi madre empieza a relajarse: no ha entendido bien eso de los diez minutos, pero si se trata de resolver un problema de un hijo, entonces sí, claro: está disponible.

—Bueno, ¿y yo qué puedo hacer por ti, tesoro?

—Podrías hablarme de ti. Del hospital. Nunca hablas de eso.

—Porque nadie me lo pide —contesta, y baja los ojos. Pero los levanta enseguida—. Tenéis ya tantos problemas, tú, papá y Matteo... Sólo os faltaba añadir los míos.

—Venga, mamá. Cuéntame.

Y mi madre, por fin, me cuenta. Que hay una asociación de voluntarios que se llama Arvas. Hay que hacer un curso para ser miembro, y ella lo hizo. Ahora trabaja en el servicio de hematología de San Giovanni junto a otros voluntarios. ¿Qué hacen?

—Ayudamos a los pacientes con los trámites administrativos, nos encargamos de la acogida en el hospital de día, echamos una mano para la comida y la cena. Fundamentalmente hacemos compañía a los pacientes, eso es.

—¿Cómo?

—Charlamos con ellos. Les leemos libros, organizamos mercadillos en los pasillos.

Desde hace un mes hay hasta un pequeño periódico: nosotros, los voluntarios, escribimos recetas, reseñas de libros, anécdotas de lo que ocurre en el servicio. Y luego lo repartimos por las habitaciones. —La miro. Me mira. Vuelve a bajar la mirada. ¿Se pone colorada? Se pone colorada. Y añade—: ¿Sabes?, de vez en cuando entregan cuestionarios a los pacientes.

—¿Para qué?

—Para que valoren los servicios que ofrece el hospital y los señalen como «inútiles», «útiles» o «indispensables».

—¿Y?

—A nosotros, los voluntarios, nos señalan siempre como «indispensables». — Levanta los ojos y sonrío. Orgullosa.

Pero ¿cuándo?, me pregunto. ¿Cuándo estudiaba mi madre el curso de la Arvas? ¿Qué angustia inútil me ocupaba a mí entonces para no haberme dado cuenta? ¿A qué madre de familia estaba entrevistando para la columna mientras la mía organizaba un mercadillo en los pasillos de San Giovanni? ¿De qué estaba hablando yo con mi editor? ¿Qué hacía yo? ¿Entraba en la cocina y la asaltaba como una fiera porque no encontraba un principio para mi nueva novela? ¿La llamaba por teléfono llorando porque había discutido con Mi Marido por un motivo que al día siguiente ya se me había olvidado? Es posible. ¿Y ella, mientras? ¿En qué pensaba el primer día que empezó a trabajar en el hospital? ¿Le daba miedo no hacer las cosas bien? Y ¿de dónde sacó la vida que hace falta para trabajar cara a cara con la muerte, cuando ya no es sólo una manera de hablar, una hipótesis, una idea, sino que el día entero nos recuerda: «Eh, señores, estoy aquí, podría llegar pronto, puedo llegar ahora mismo»? ¿De dónde saca esa vida? Y la muerte, que todos los días nos recuerda «Eh, señores, estoy aquí», ¿dónde la mete mi madre después de trabajar con ella cara a cara todo el día?

Pero sobre todo:

—Y ¿no te ocurre nunca que te encariñes con un paciente que luego no sale adelante?

—Siempre. —Vuelve a bajar los ojos. Y de nuevo los levanta—. Hace tres años murió una chica de leucemia. Era guapa. Guapísima. Se llamaba Letizia, tenía diecisiete años y hablaba mucho, igual que tú. Su sueño era ser diseñadora de moda. Se pasaba el día diseñando ropa. Diseñaba y diseñaba. —Baja los ojos. No los levanta—. Cuando murió, Irene, la dueña de esa tienda a la que te digo siempre que deberías ir para no vestirme como un adefesio, realizó los diseños de Letizia. Sus compañeras de clase hicieron de modelos y..., bueno, al final organizamos un auténtico desfile. Sí.

—Pero ¿dónde, mamá?

—En una villa de Roma que Maria Grazia puso a nuestra disposición.

—¿Quién es Maria Grazia?

—Una amiga mía.

—¿Cuándo?

—Cuándo, ¿qué?

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Hace tres años.

—Y ¿yo? ¿Dónde estaba yo?

—Pues a saber dónde estarías tú, tesoro... ¿Por qué? ¿Te habría gustado ir?

—...

—Puedes venir cuando quieras, si te apetece. Ayer, sin ir más lejos, mientras esperaba su turno para la quimio, Marietta, una azafata de Cagliari que se ha recorrido medio mundo y que tendrá más o menos tu edad, me dijo cuando charlábamos de unas cosas y otras: «Laura, nos llevamos tan bien... Cuando salga de aquí, podríamos hacer un viajecito chulo, ¿no? A lo mejor con tu hija también: ¡me he leído todas sus novelas y me encantaría conocerla!». Eso me dijo Marietta.

Hace un buen rato que pasaron los diez minutos: mi madre llevará hablando media hora ya. Y yo la escucho.

Después nos quedamos un rato calladas, en un silencio preñado de todas las preguntas que podría haberle hecho hasta hoy y que no le he hecho, de las respuestas que aún me faltan, de los diseños de Letizia y de los viajes de Marietta.

—Oye, mamá..., para Nochebuena...

—Tesoro, no te preocupes por eso: ya nos lo has dicho muchas veces. Te vienes aquí con Ato y con tu amigo Gianpietro, y cenamos todos juntos como si nada, como si no fuese Nochebuena. Y no pasa nada. ¿Sabes?, somos conscientes de que no debe de ser fácil para ti, la primera Navidad sin...

—Me gustaría invitaros a ti, a papá y a Matteo a cenar a mi casa, en Roma, en Nochebuena. —Lo descubro en ese mismo momento.

—¿A tu casa?

—Sí.

—Y ¿quién va a cocinar?

—Gianpietro es un gran cocinero. Y yo he aprendido a hacer el tiramisú, ¿no?

—...

—Hablando de tiramisú... Venga, vamos a probarlo.

Se pone en pie de un salto. Por fin es libre de levantarse, enjuagar los platos y mantenerse ocupada en la cocina. Luego vuelve con mi tiramisú. En el viaje en tren se ha aplastado un poco, pero yo lo encuentro bueno, ni demasiado dulce, ni demasiado amargo y, en cualquier caso, está muchísimo mejor que las tortitas.

—Qué bien te ha salido.

—¿La crema debería ser menos densa?

—Quizá sí. Podrías probar con queso Philadelphia en lugar de mascarpone... Pero está bueno. De verdad. Es más, mira: me voy a servir otro poco. —Hace ademán de echarse más.

—Perdóname, mamá —le digo bajito.

Se queda parada con la cuchara en el aire, perpleja.

—Que te perdone, ¿por qué, tesoro?

—Por no pedirte nunca que me hablaras de ti.

—Pero si tú eres mi niña buena —contesta ella—. Estás un poco loca, sí, y eres un poco egocéntrica. Pero eres mi niña. —Y me abre los brazos—. Ven aquí.

Viernes, 14 de diciembre

Orto: 7.30 horas - Ocaso: 16.40 horas

ROBAR

Ya no soy la niña buena de papá y mamá, ya no soy una adolescente tremebunda con trenzas, ya no soy la niña buena, ya no soy una adolescente tremebunda, me repito mientras me lo meto en el bolsillo: un yogur Müller de piña y melocotón.

Recorro de arriba abajo los pasillos del pequeño supermercado de al lado de mi casa.

Y luego de abajo arriba.

Una vez, y otra más.

Durante diez minutos.

Luego salgo.

Y doy un paso de hip-hop para celebrar mi primer robo.

Sábado, 15 de diciembre

Orto: 7.31 horas - Ocaso: 16.40 horas

EL FRENO, EL EMBRAGUE Y TUS RAZONES

Ayer por la tarde volvió Ato, yo preparé otra vez un tiramisú y, en lugar de mascarpone, probé con queso Philadelphia, como me había aconsejado mi madre.

Los ingredientes eran para seis raciones, pero dimos buena cuenta de todo mientras veíamos la tercera temporada de la serie «Crónicas vampíricas».

Nos dieron las cuatro de la mañana y ahí seguíamos, pegados a la tele, rebañando el molde con las cucharillas, sacando y metiendo DVD.

Pero esta mañana en el colegio hay asamblea general, y Ato no tiene que madrugar.

Yo, como de costumbre, me despierto aun así demasiado pronto, con la carga de la imposibilidad de levantarme, descorrer las cortinas y empezar otro día, el enésimo con el que mantengo un pulso desde hace casi un año.

Cuando también se despierta Ato, le cuento la idea para Nochebuena que se me ocurrió en Vicarello:

—Ya he hablado con tu responsable: si quieres, puedes pasar aquí todas las vacaciones de Navidad. Y en Nochebuena invitaremos a casa a mis padres y a mi hermano. Estará también la tía Piera, cocinará ella. ¿Qué te parece?

Ato sonríe con toda la cara: la idea le gusta, y tanto. Fue Gianpietro el que un día, después de una de nuestras eternas llamadas telefónicas de Palermo a Roma, me pidió que se lo presentara. Le pasé el auricular, y se tiraron más de una hora charlando. O, mejor dicho, Gianpietro charlaba y Ato decía que sí con la cabeza. «Dice que tengo que llamarlo *tía Piera*», me anunció cuando colgó el teléfono. Y no parecía muy sorprendido. Después siguieron en contacto por Facebook: hoy la tía Piera me ha mandado un vídeo de Shakira, la tía Piera me ha recomendado que me lave los dientes con un cepillo eléctrico y que use un blanqueador una vez al mes, la tía Piera esto, la tía Piera lo otro. A Ato le chifla Gianpietro. Y, naturalmente, cuenta los días para poder conocer en persona a esta nueva tía.

—Nosotros nos ocuparemos del postre —prosigo—. El tiramisú de ayer estaba bueno, pero a lo mejor para Nochebuena hace falta algo un poco más...

Suena mi móvil.

Es él. Hace mucho que no hablamos. Dos días y medio, para ser exactos. Y muchísimo que no nos vemos: trece días. Mucho, muchísimo tiempo para quienes

habían decidido pasarlo todo juntos, todo el que había. Me refiero al tiempo. Para quienes lo pasaban todo juntos.

—Hola, tú.

—Hola, mister Magoo.

—Hola.

—¿Qué haces?

—Nada. ¿Tú?

—Nada.

—Ah.

—Sí.

—Sí.

—Hum.

—...

—¿Estás libre esta noche?

—Esta tarde voy con Ato a ver *El hobbit*.

—Te recojo a la salida.

—Vale... ¿Vienes en coche?

—Pensaba ir en moto, ¿por?

—Ven en coche, anda.

—Vale.

Me lo encuentro fuera del cine, con la espalda apoyada en una columna, fumando. En los últimos meses ha engordado un poco y se ha dejado crecer demasiado la barba y el pelo. Como siempre, lo veo guapísimo.

Me sonrío con esos ojos amarillos que hace dieciocho años hicieron que me enamorara de él nada más verlo, y lo beso en la mejilla.

Ato lo saluda, se despide de mí y echa a andar hacia casa. Quiere ver el último capítulo de «Crónicas vampíricas», dice, pero en realidad sólo quiere dejarnos solos. Para hacer qué, no lo sabe. No lo sabemos siquiera nosotros.

Vamos hacia su coche, empiezo a hablar demasiado y de tonterías, como siempre cuando estoy nerviosa, y él hace lo mismo.

—¿Quieres comer algo? —me pregunta cuando llegamos al aparcamiento.

—Sí. Pero antes quiero una clase de conducir.

—Magoo, pero ¿qué dices?

—Sí, va. Una clase cortita. Diez minutos, el tiempo justo para enterarme de dónde están el freno y el embrague.

Vamos al garaje del compañero de trabajo a quien Mi Marido le alquiló una habitación cuando volvió de Dublín. Es bastante grande y, por el momento, está desierto. Nos cambiamos de sitio, Mi Marido me deja libre el volante.

—A ver. Venga, pon el pie derecho aquí y el izquierdo aquí. Para entendernos: el pedal sobre el que tienes el pie derecho es el acelerador. En el que tienes el izquierdo es el embrague. Esto del centro es el fren... Pero, tía, ¡¿qué haces?!

—Perdón. —He pisado el embrague, o quizá el freno, mientras él hablaba. Se ha apagado el motor.

—Va, vuelve a arrancarlo. Gira la llave, bien, así. Y, al mismo tiempo, pisa... ¡No! ¡Ése no, joder! ¡El otro!

—Vale, vale. No te sulfures.

De todos los profesores que he tenido hasta ahora en mis diez minutos, desde Rodrigo hasta Flacavi, la pequeña bailarina de hip-hop, desde la viejecita de La Casa del Bordado hasta www.buttalapasta.it, Mi Marido resulta ser el más impaciente. Grita, aporrea el volante con los puños y suelta tacos.

Y, cuando llega el momento de explicarme las marchas, se tapa los ojos con una mano para no ver con cuánta violencia inútil tiro de ese chisme hacia delante y hacia atrás.

—No se llama chisme. Se llama palanca. Y mientras no pises el embrague, no funcionará jamás.

—¿Tú crees?

—Yo creo.

Pero al final, a treinta por hora, pasando de primera a segunda y de segunda a primera, consigo dar una vuelta al garaje. Y otra más. Y así sigo durante diez minutos.

—Bien, así. Ahora intenta frenar tú sola. Aminora. Y luego fren... ¡Hostia puta, Magoo!

Vale, vale: se me olvida pasar de segunda a primera, y el motor vuelve a apagarse solo. Sin embargo, estoy orgullosa de mí misma como quizá no lo había estado nunca desde que empecé el juego de los diez minutos. «¿Por qué no conduces? Al menos deberías sacarte el carné, aunque sólo sea para tenerlo en un cajón, por si acaso, ¿no crees?» ¿Cuántas, cuántas veces me habrán dicho eso? Sin embargo, no sé exactamente por qué, pero el caso es que hasta esta mañana, cuando me ha llamado Mi Marido, no me han entrado ganas de probar, muchas ganas. Será que en Vicarello todo está a distancia de bici. Será que de Vicarello a Roma el tren es comodísimo. Será que en Roma por lo general llegas antes a los sitios en metro. Será que, cuando nos conocimos en la sala de espera del psicólogo del instituto, Mi Marido —hablando demasiado y de tonterías— me contó que acababa de apuntarse a una autoescuela para sacarse el carné,

y entonces, quién sabe... Quizá, mientras caía entera en esos ojos amarillos, caí también en la posibilidad de que siempre conduciría él. El coche. La moto. A mí misma.

—¿Pasamos a la marcha atrás? —le pregunto.

—No, es demasiado pronto para enseñarte también la marcha atrás. Además, ahora quiero hablar contigo, Magoo, por favor. ¿Sigues con esa chorrada de los diez minutos?

Desde que volvió de Dublín necesita mostrarse agresivo, cada vez más. Como si lo que ha hecho no fuera suficiente. Porque es demasiado arrogante para pedirte perdón, sostiene Gianpietro. Porque es demasiado frágil para perdonarse a sí mismo, sostengo yo.

—Sí, sigo. Y con esta clase de autoescuela he cubierto los diez minutos de hoy.

—No.

—¿Cómo que no?

—No. Me gustaría que los cubrieras escuchándome. Escuchando mis razones.

—Eso llevo haciéndolo dieciocho años.

—Pero en los últimos meses me interrumpes siempre. Todavía tienes dentro demasiado rencor, demasiada rabia.

—Mira quién fue a hablar. Aunque tranquilo: ahora me estoy concentrando sobre todo en mis responsabilidades.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—¿Sigue siendo válido el juego si un día haces dos cosas nuevas durante diez minutos? ¿Si ahora me escuchas sin interrumpirme?

—Vale. Dime.

—Pero no me interrumpas.

—No te interrumpo.

Mi Marido empieza a hablar.

En el garaje del compañero de trabajo a quien le ha alquilado una habitación.

En su coche.

Acurrucado en el sitio que siempre ha sido el mío.

Mientras yo estoy al volante, en su sitio.

Y lo escucho.

Sin interrumpir.

Durante mucho más de diez minutos.

Dice que no sabe qué le pasó en Dublín.

Dice que, de tan nerviosa y malhumorada como estaba yo desde que nos mudamos a la casa nueva, casi pensó que me hacía un favor quitándose de en medio: que lo hizo por mí, vamos, y aquí me cuesta horrores no interrumpirlo.

Dice que yo tenía razón, que nunca deberíamos haber venido a Roma.

Dice que era todo tan fácil los primeros años, que era todo tan feliz en Vicarello...

Dice que yo lo miraba como si fuera un dios, y lo hacía sentirse un dios.

Que cuando superé mis problemas con la alimentación y volví a comer, y luego terminé la universidad y después llegaron mis novelas, Mi Columna y el éxito, mis ojos cambiaron.

Y dice que en mis ojos de ahora él no consigue verse reflejado.

¿Es porque en ellos ya no ve un dios, sino simplemente el hombre al que quiero?, me gustaría preguntarle. Y ¿no es mejor ser querido que ser idolatrado? ¿Acaso no lo es todo, ser querido? Pero no. No lo interrumpo.

Dice que Siobhan lo miraba exactamente así: como lo miraba yo hasta hace unos pocos años.

Pero Siobhan no eres tú, dice.

Pero ¿por qué, por qué has tenido que madurar? ¿Por qué?, dice.

Le cojo la mano.

No tiene sentido que me cojas la mano si no entiendes lo que te digo, dice.

Le suelto la mano.

No tiene sentido que me sueltes la mano si me la has cogido, dice.

Se la vuelvo a coger.

Él me la suelta enseguida.

No sé lo que quiero, Magoo, dice. Volver a hacer el tonto, vivir ahora aquí y ahora allá, donde surja, me está dando mucha energía. Pero te echo de menos, ¿sabes? Pero no echo de menos el pantano en el que nos habíamos estancado. Todo ese malhumor. Esas caras tensas. Esos portazos. Esa intimidación. Sí, esa intimidación.

Tremenda, la intimidación, dice. Tremenda, ¿no?

¿No?, repite.

Está claro que yo tengo problemas con esa cosa tremenda, dice, pero en el fondo, ¿no los tenemos todos?

Porque yo creo que sí, dice, yo creo que esos problemas los tenemos todos.

De modo que, ¿y si intentáramos resolver los nuestros renunciando a esa intimidación? ¿Viéndonos, qué sé yo, sólo para ir al cine, para dar clases de conducir, para irnos de viaje?

Tú no puedes estar sin mí, ¿no?, dice. Pues entonces más vale que aceptes cómo soy.

Yo no puedo estar sin ti, dice. Acepta cómo soy.

¿No crees que sería mejor vivir así, como surja, mejor que tan de tú a tú con cosas como el sexo conyugal, la responsabilidad, el respeto mutuo, en la prosperidad y en la adversidad? ¿No sientes lo duras que son esas expresiones? ¿Lo frías que son? ¿Lo violentas? ¿Hasta un poco nazis incluso? Así, desde luego te aseguro que es normal que

uno ya no aguante y se largue a Dublín.

¿No?

¿No estás de acuerdo conmigo?, dice.

¿Magoo?

Oye, que ahora ya sí que puedes interrumpirme, dice.

Y entonces:

—Dame un beso, anda —digo.

Lo intenta, pero se aparta enseguida. Está atrincherado dentro de su cabeza, torpe, asustado, no sabe lo que dice. Amor mío: hasta yo, al volante, parecía más capaz de ser yo misma.

Y, de repente, en el coche empieza a hacer frío.

Tanto frío...

¿Qué?

¿Qué ha ocurrido?

Ha ocurrido que Mi Marido se ha perdido dentro de sí mismo, no encuentra el camino a casa y necesitaría a alguien que, como Pulgarcito, dejara una piedrecita tras otra para indicárselo. Me necesitaría a mí. Pero después de la conmoción del abandono, yo también me he perdido dentro de mí y no sé dónde está ese camino. Yo también necesitaría a Pulgarcito. Lo necesitaría a él.

Domingo, 16 de diciembre

TERCERO DE ADVIENTO

Orto: 7.31 horas - Ocaso: 16.40 horas

EN EL MERCADILLO DE SEGUNDA MANO

—¡Cariño, qué bien! ¡Me parece una idea maravillosa! —exclama Gianpietro.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! Sinceramente, esa obsesión tuya que nos habría obligado a todos a fingir que Nochebuena no era Nochebuena me angustiaba.

—Sabes muy bien cuánto me angustia a mí esto de la Navidad. Dieciocho años, ¿te das cuenta, Gianpi? Hacía dieciocho años que Mi Marido y yo evitábamos juntos la Navidad yéndonos a la otra punta del mundo.

—Vale. Y desde hace diecinueve años mi padre no quiere hablarme, y desde que mi madre ya no está, la Navidad la paso yo solo. El año pasado la celebré en una sauna, no te digo más. Por no hablar de Ato, que, quién sabe, pobrecito mío, cuánto pensará estos días en su familia, allá en Etiopía.

—En Eritrea.

—Sí, bueno, en Eritrea. Pero a ver, cariño: ¿queremos lamentarnos todos juntos de nuestras desgracias o queremos pasar una bonita noche?

—¿Queremos pasar una bonita noche?

—Exacto. Y has hecho muy bien en invitar a tus padres y a tu hermano a Roma. Ya verás, prepararé una cena que no olvidarán... Deja que piense un momento y luego te llamo para decirte cuánto pescado tienes que encargar, ¿vale?

—Gianpi, ¡pero si falta más de una semana!

—Cariño, ¿estás de broma? ¡Estos días la gente asalta las pescaderías! Vale que te ibas por ahí en plan bestia *punki* con Tu Marida, pero deberías conocer las reglas básicas de una Navidad como es debido... ¿Qué quieres cocinarle a tu familia en Nochebuena? ¿Tortitas? Anda, vamos, déjate de tonterías. Voy a pensar un momento en lo que necesitamos y luego te llamo. A ver, a ver... Estaría bien empezar con una paella, ¿qué te parece? Así rendimos un homenaje también a nuestras vacaciones en Formentera, ¿vale?

—Vale.

—No me pongas ese tono, por favor. ¡Ánimo! ¡Felicidad! Es Navidad, en un pobre pesebre ha nacido el Niño Dios. ¡Viva!

—¿Y eso?

—Es una poesía que aprendí cuando estaba en tercero de primaria. Si supieras lo linda que era yo entonces...

—Me lo imagino.

—Oye, ¿y hoy cómo vas a pasar tus diez minutos?

—Me voy a un mercadillo de segunda mano.

—¿A una mercadilla?

—Sí. Luego te cuento. Adiós.

—Adiós, cariño. Pásame a Ato, por favor. Quiero que me haga de pinche en Nochebuena.

Lo llamo:

—¡Ato, ven! La tía Piera al teléfono, quiere hablar contigo.

Ato se precipita, como siempre que se trata de Gianpietro.

Los dejo charlando y salgo de casa.

Una de las infinitas razones por las que todos chillan «¡Qué suerte!» cuando me preguntan en qué barrio de Roma vivo y yo les contesto a regañadientes es el fantástico mercadillo de ropa de segunda mano que una vez al mes florece a un paso de nuestra casa. De mi casa, mejor dicho.

Huelga decir que yo, a priori, siempre me he negado a ir: ropa radical chic, pensaba, y se lo decía a Mi Marido. Ropa de falsos alternativos. Nada que ver con los mercadillos veraniegos de Vicarello, en cuyos puestos se encuentra de todo, pero no desde luego gente con esa pinta tan aburrida, con esas caras todas iguales, gente superinteligente, superinformada, gente muy de comercio justo, indignada, inmóvil y bienintencionada. Terrible, el anticonformismo de masa, terrible. Así concluía yo mis parrafadas contra el mercadillo.

El cual, pobrecito, sin devolverme mi hastío, ahí se plantaba, un domingo al mes.

Ahí sigue plantándose.

Y ahí voy a pasar yo hoy mis diez minutos.

En el peor de los casos encontraré algún regalo de Navidad, porque si tiene que ser Navidad, que sea Navidad en toda regla. Pienso. Podría comprarle una camisa de domador de circo a Gianpietro y una bata estilo *new romantic*, o como se diga, a mi madre.

Ni siquiera sé exactamente dónde está el famoso mercadillo, y aquellos a los que pregunto me miran estupefactos, como si no supiera dónde está el Coliseo.

Llego al pasillo subterráneo de la estación de metro más cercana a mi casa: debería estar aquí, ¿no?

Pues no.

—Señorita, la ropa de segunda mano será el domingo que viene —me informa en dialecto romano un tío igualito a uno de los hobbits que vimos ayer en el cine Ato y yo. El mismo cuerpo de niño viejo. Los mismos ojos sabios—. Hoy toca cómics. Yo tengo un manga del año treinta y dos, eche un vistazo, y también tengo un Taniguchi original.

¿Siguen siendo válidos mis diez minutos?

Claro que sí.

Echo un vistazo al manga del hobbit y me doy una vuelta por los puestos, aliviada de no encontrarme entre la gente que me temía y sorprendida de encontrarme entre gente que no imaginaba.

Gente curiosa. Extasiada. Niños, abuelos, abuelas, niñas. Todos rebuscando en los puestos, a la caza de ese número de ese cómic que les falta, maravillándose, o decepcionándose si no lo encuentran.

¿Y si la anticonformista de masa más peligrosa fuera yo?, me pregunto mientras compro un cómic de Cyrano de Bergerac de 1958. ¿Y si la clase de gente que no soporto y que abunda en este barrio fuera un pretexto del miedo que le tengo a este barrio? ¿Y si esa clase de gente no abundara en este barrio sino en el mundo en general, y por tanto el miedo que le tengo a este barrio fuera también un pretexto del miedo que le tengo al mundo en general? ¿Y si, a fin de cuentas, no existiera esa clase de gente? ¿Y si existiera sólo el Yo, y si existiera sólo yo, que necesito a una clase de gente a la que odiar para protegerme de mí misma?

—¡Chiara!

Levanto los ojos del puesto y de mis pensamientos y me cruzo con los de Gioia. Ella es la mejor amiga de una íntima amiga mía. La conozco sólo de vista, pero me gusta, me gusta mucho: tiene una sonrisa contagiosa, los ojos vivos, y siempre me ha parecido una mujer fuerte y libre.

Sin embargo, esos ojos vivos hoy están hinchados. Vacíos.

—Mamá, mamá, ¿dónde está el álbum de cromos de Dora la Exploradora? ¡Me habías dicho que estaba aquí! —exclama una niña rubia, de unos cinco años, tirándole de los pantalones.

—Tesoro, lo he visto ahí, mira —le contesta ella indicándole un puesto. La niña se precipita, y Gioia se acerca a mí. Me coge de la muñeca—. No puedo más, Chiara —me balbucea al oído—. Por fin lo había encontrado. A él, sí. Al hombre adecuado: así se lo llama, ¿no? Figúrate que hasta se lo había presentado a mi hija... ¿Te das cuenta? Nos veíamos desde hacía diez meses. Diez. Y ¿sabes qué pasó ayer? Hacemos el amor, como de costumbre maravillosamente bien, y yo, mientras estamos ahí acariciándonos, le pregunto qué va a hacer en Navidad. Qué *vamos* a hacer en Navidad, me refiero. ¿Y él? Va y me contesta: «Yo la pasaré en casa de los padres de mi novia. Se fue a vivir a Londres por trabajo durante unos meses, pero vuelve pasado mañana. Estamos

terminando de amueblar una casa para mudarnos juntos... Hace tiempo que quería decírtelo».

Su hija la llama:

—¡Mamá! ¡Es verdad! ¡He encontrado a Dora! ¿Compramos también los cromos?

—Claro, tesoro. —Gioia tiene la voz hecha pedazos. Y, dirigiéndose a mí, añade—: Yo esta vez creía de verdad en esa relación, ¿sabes? Creía de verdad. —Y me aprieta la muñeca aún más fuerte.

Le acaricio la mano. El cabello. Le entran ganas de llorar, pero no puede: la niña la sigue llamando, feliz, agitando el álbum de Dora la Exploradora. Y Gioia tiene que sonreírle, y le sonrío.

Me gustaría cogerla en brazos, acunarla para que se durmiera, y dormirme yo con ella.

Me gustaría asegurarle que no hay nada que hacer: en momentos como éste hay que caer con los brazos, las piernas, el corazón, los pulmones. Con todo.

Hay que tocar fondo, hay que pudrirse en ese fondo.

Me gustaría prometerle que ella no lo sabe, no, ahora no se lo puede ni imaginar, pero llegará el día en que descubrirá que ha sobrevivido.

Y me gustaría anticiparle que no será un bonito descubrimiento: le quedarán veinticuatro álbumes de horas y seis paquetes de cromos de diez minutos cada uno con los que no sabrá qué hacer. Pero al menos descubrirá que cada día podrá inventar uno de esos paquetes con algo tonto que no haya hecho nunca.

No será gran cosa, pero al menos será algo. Algo tonto. Que no haya hecho nunca. Algo desde lo que volver a empezar quizá.

La niña se ha reunido con nosotras. Le dejo mi número de teléfono a Gioia, y ella me da el suyo.

Me encamino a casa con mi Cyrano y con la sospecha, o tal vez la esperanza, de vivir de verdad, todos, en un cómic. Y mientras invoco a algún Joker que venga y nos saque, a mí, a Gioia y a todos los que tengan los ojos hinchados y el corazón roto de la Gotham City de la Navidad que nos acosa, me llega un mensaje: «¿Marcha atrás? ¿A las seis, en el garaje de ayer?».

Lunes, 17 de diciembre

Orto: 7.32 horas - Ocaso: 16.40 horas

DOS FAROLILLOS CHINOS

—Es como... como si estos diez minutos pusieran en marcha una corriente o algo así.

—Explíquese mejor, Chiara.

—Ni siquiera yo le he entendido todavía del todo, doctora. Tengo la sensación de que cada día transmite al que le sigue una especie de posibilidad. Que luego a lo mejor no se realiza, ¿eh?, pero que tiene que ver con...

—Con...

—Con la fantasía y con la perversión de aquello a lo que por comodidad llamamos vida. Digámoslo así. Y con el aceptar que nosotros somos mucho menos fantasiosos, mucho menos perversos que ella. Algo así.

—...

—...

—Basta de verdad un momento, ¿no?

—¿Para qué, doctora?

—Para que nuestros esquemas emocionales y mentales, por los que el inconsciente se siente protegido y que consideramos las fronteras de nuestra identidad, se revelen en realidad como límites.

—Tengo que pensar en esto.

—Piense en ello, sí.

—...

—...

—En efecto, doctora: ¿es posible que nunca me hubiera dado cuenta siquiera de que, a tres pasos de mi casa, existía un sitio que se llama La Casa del Bordado? ¿Y que existen revistas especializadas en punto de cruz, foros de internet y hasta escuelas de pensamiento?

—De la misma manera, quien no tiene nada que ver con la literatura podría asombrarse de las reseñas, las clasificaciones de los libros más vendidos y las rivalidades editoriales de las que me habla usted...

—Cosas que para mí, en cambio, son el pan nuestro de cada día. Son mi mundo.

—Y, mientras usted se refugia en su mundo, ¿dónde está el resto del mundo?

—¿Sabe?, hace algunos años escribí un relato. Pero no lo he publicado.

—¿Y?

—Se titulaba *Egoland*.

—*Egoland*.

—Hablaba de una ciudad donde cada uno vive en un edificio rojo, azul, verde, lo que sea pero de un solo color, y está convencido de que es el único posible e imaginable... Extraño, ¿verdad?

—¿El qué?

—Era un relato sobre el peligro del conformismo, de las ideologías. Yo, al contrario que los habitantes de *Egoland*, me sentía libre, abierta e independiente. Y sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Sin embargo, me parece que yo también vivo allí.

—En *Egoland*.

—En *Egoland*.

—¿Sabe, Chiara? Vivimos allí casi todos. Si *Egoland* es la pequeña ciudad de los legados de la infancia, de las coacciones para repetir y de los apegos, es difícil evadirse.

—A no ser que *Egoland* explote, como me ocurrió a mí hace un año.

—Una gran oportunidad.

—Un dolor sin precedentes.

—...

—Sin precedentes.

—Pero piense en ello, Chiara.

—Pienso en ello.

—Si *Egoland* no hubiera explotado, nunca se habría dado cuenta de que, fuera de *Egoland*, la gente toca el violín, roba, cocina o trabaja como voluntaria en un hospital. Fuera de *Egoland* ocurren muchísimas cosas. Ocurren todas las cosas.

—Pero no estoy segura de que me guste lo que hay fuera de *Egoland*.

—Desde luego.

—Bordar, por ejemplo, me aburrió mortalmente. Y se me da de pena bailar hip-hop.

—Pero...

—Pero que haya gente que borda y que baila, en efecto, me parece una cosa... hermosa. Eso es. Sí. Una cosa hermosa.

—A mí me parece hermoso que usted caiga de pronto en la cuenta de la existencia de esa gente.

—Sólo espero que, de tanto caer en la cuenta de su existencia, no pierda de vista la mía propia.

—Es decir...

—Pues que ayer, por ejemplo, me desperté sobresaltada en plena noche, con una angustia terrible aquí, en la garganta... Vamos, que lo que me da miedo es que, si con

esta historia de los diez minutos me distraigo de los desgarrones que tengo en el corazón, esos desgarrones no se recosan ya nunca, y yo no quiero convertirme en uno de esos muchos seres humanos que van por el mundo contagiando a los demás con sus acciones frustradas y sus peligrosas inconsciencias...

—Las obsesiones no se ofenden si las descuida, Chiara. Al contrario: descuidarlas es la única manera de hacerlas desaparecer.

—¿Y el enfrentamiento necesario que debemos tener con nuestras partes oscuras, con nuestras laceraciones?

—Hace un año que hablamos con esas laceraciones, Chiara. Fíese de lo que le han dicho, pero también y sobre todo de sus mentiras. Ahora estamos en otra fase.

—¿En cuál?

—No sería una fase importante si ya supiéramos definirla. Pero *Fuera de EgoLand* me gusta; por el momento podríamos llamarla así. Ahora hábleme de su nueva novela. ¿Prosigue?

—Sí.

—Bien.

—Y además...

—¿Además?

—Casi se me olvida, es increíble.

—¿El qué?

—Mi Marido me está dando clases de conducir.

—¿Clases de conducir?

—Sí. El sábado, en mis diez minutos, probé a conducir. Con él. Y ayer continuamos, dimos la segunda clase.

—Parece usted divertida.

—Aturdida, más que nada. Pero a propósito de enfrentamientos necesarios..., el caso es que lo que hasta ahora no hemos sido capaces de decirnos mirándonos a los ojos estamos intentando decirnoslo entre una marcha atrás y un aparcamiento en batería.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, Mi Marido sostiene que él no está hecho para la intimidad. Sobre todo con una mujer como aquella en la que me había convertido yo últimamente. Con una mujer como soy yo.

—...

—Mientras lo dice, sin embargo, él mismo no se cree lo que dice.

—¿En qué sentido, Chiara?

—En el sentido de que no es él quien habla.

—Y ¿quién es, según usted?

—El miedo. El miedo al margen de movimientos que nos queda cuando encontramos

la felicidad. Llegados a ese punto, sólo se puede estar bien, ¿no?, y él quizá no sea capaz de estar bien.

—Explíquese mejor.

—Mire: fue precisamente él quien me ayudó a tener más confianza en mí misma, él quien, de manera más o menos consciente, domó mis inseguridades, él me empujó a mandar a un editor mi primera novela... Y ¿ahora resulta que no soporta a la persona en la que, gracias a él precisamente, me he convertido? Es una paradoja.

—¿No le ha ocurrido lo mismo a usted, Chiara?

—Yo lo amo.

—Pero pregúntese si no ha hecho usted todo lo posible por que también su marido se convirtiera en una persona que, a partir de un momento dado, usted empezó a rechazar. Un adulto, en definitiva. Amado, desde luego, amadísimo. Pero que, en cuanto adulto, se le ha escapado de las manos. Se ha escapado de sus planes. Fuera de EgoLand es complicado distinguir quién vive en nuestro edificio de un solo color.

—Es cierto. Pero ahora yo querría que esos dos adultos, en nombre de su yo primario, como lo llama usted, hicieran amistad. Y que, madurando o no, al menos fueran capaces de envejecer juntos.

—Sin embargo, por suerte o por desgracia, hace falta ser dos para querer ser dos, Chiara.

—¿Y el yo primario? ¿De qué sirve, entonces? ¿No lo puede hacer todo solo?

—Por suerte y por desgracia, no.

—Por desgracia.

—Por suerte.

—Ésta será la última sesión antes de las vacaciones de Navidad. La última del año.

—Vuelvo a Roma el 2 de enero. ¿Nos vemos el 3?

—Perfecto. Pase unas maravillosas vacaciones, doctora.

—Invéntese unos nuevos maravillosos diez minutos, Chiara.

También este lunes Ato se queda a dormir. A la Ciudad de los Muchachos volverá mañana.

La idea me la propuso él: anoche, después de la segunda clase de conducir con Mi Marido, yo sólo necesitaba no existir, comer cualquier porquería y ver una película en el sofá. A Ato lo vuelven loco las películas policíacas, Zemeckis, Tim Burton, y sobre todo la saga entera de Harry Potter. A mí, Bergman, Kubrick, Fellini, Tarantino y las comedias románticas. Pero en los dibujos animados estamos siempre de acuerdo, de modo que, con un paquete de nachos y un tarro de medio kilo de Nutella, vimos —él por tercera vez, yo por cuarta— *Enredados*, la obra maestra más espectacular de Disney de

los últimos años. Es la historia de Rapunzel, una princesa de cabello mágico, víctima de su madrastra, que, para aprovecharse del poder de ese cabello, la tiene prisionera en una torre. Pero una vez al año, desde esa torre, Rapunzel ve bailar en la noche, en el horizonte, unos farolillos voladores. Y su liberación empieza ahí. Nace de su estupor y su curiosidad por esos farolillos.

—Cuando mi hermana celebró sus dieciocho años, en Eritrea, mi padre compró cien farolillos, y a medianoche los hizo volar en el cielo —me cuenta Ato en dialecto romano cuando Rapunzel, por fin fuera de la torre, puede participar en el espectáculo de los farolillos en lugar de soñar con él desde lejos. Y entonces añade—: ¿Lo intentamos nosotros también, Chiara?

Los compro en «el chino» de la esquina entre vía del Boschetto y vía Urbana. Otra tienda —de mi barrio nuevo de esta ciudad eterna— en la que nunca nunca me había fijado. Pero al salir de casa he llamado a Cristina, del centro estético, y le he preguntado dónde podía comprar farolillos voladores, y ella me ha contestado sin dudarle un momento:

—En el chino, en la esquina entre vía del Boschetto y vía Urbana. Allí tienen de todo. ¿Necesitas un disfraz de Papá Noel? ¿Un adaptador? ¿Una plancha? En el chino lo encuentras todo.

Y, en efecto, en el chino tienen también farolillos. Compramos dos.

En la caja pone:

Los farolillos voladores son muy fáciles de utilizar, seguros y respetuosos con el medio ambiente. Gracias a su originalidad, aseguran una emoción inolvidable en cumpleaños, bodas, fiestas y celebraciones laborales o sociales. Multiplicando el número de farolillos en el aire al mismo tiempo, la experiencia será muy agradable. Durante el vuelo, de diez minutos de duración, pueden alcanzar los mil metros de altura.

Y dentro vienen las instrucciones:

1. Sacar con cuidado el farolillo de la caja.

Los sacamos: Ato el suyo, yo el mío. Con cuidado.

2. Colocar la célula de alimentación en su soporte, esto es, sobre la cruz metálica situada en el anillo de la base.

Ato será un pésimo bailarín de hip-hop, pero, al contrario que yo, goza de cierta

habilidad manual, así que coloca las células de combustible en la base de los farolillos.

3. Abrir el farolillo sujetándolo por el anillo de la base y agitarlo suavemente para que se infle.

Imito a Ato, que hace ondear su farolillo suavemente. Para que se infle. Hasta que se infla.

4. Prender la célula combustible y, a continuación, dar la vuelta al farolillo sujetándolo por los extremos superiores.

Vuelvo a necesitar a Ato: él enciende primero el mío y luego el suyo.

5. Asegurarse de que la célula de alimentación no entre en contacto con el papel del farolillo.

—¿Te has asegurado?

—Sí. Pero ten cuidado tú también.

—Tengo cuidado.

6. Una vez prendida la célula de alimentación, esperar entre cuarenta y sesenta segundos, hasta que el farolillo termine de inflarse. No apoyar el farolillo en el suelo para evitar que se quede pegado por la cera que gotea de la célula combustible.

Esperamos. Los farolillos terminan de inflarse. No los apoyamos en el suelo. Evitamos que los farolillos se queden pegados al suelo.

7. Si el papel exterior se rasga o se quema, el farolillo se estropea y no puede volar.

No fastidies..., ¿en serio?

8. Soltar el farolillo sólo cuando tire él solo hacia arriba y esté inflado. No forzar en ningún caso el vuelo empujándolo hacia arriba.

Nos asomamos a la ventana de la cocina.

Y los dejamos marchar.

Sin forzarlos.

9. Admirar ahora el efecto mágico y coreográfico.

El farolillo de Ato levanta el vuelo: alto, valiente y veloz, se abre paso entre la oscuridad y las estrellas.

El mío, en cambio, no despega y parece ir directo al edificio de enfrente. Ya está, lo sabía. Nada de efecto mágico y coreográfico: mi farolillo hará como ha hecho mi vida. Destrozarse.

El farolillo se acerca al edificio. Más. Cada vez más.

¿Y?

Llega una ráfaga de viento. O quizá un jirón de nube. O un pájaro. Que, sea como fuere, lo manda hacia arriba.

Lejos del edificio de enfrente, lejos del nuestro, sube, sube y corre a reunirse con el otro.

Ato me sonrío:

—Qué preciosos.

Mientras, los farolillos bailan resplandecientes en la noche.

Y pienso en la torre de Rapunzel.

Dentro de la torre, su madrastra, sus certezas y sus miedos.

Fuera, el mundo entero.

Y pienso en Egoland.

Dentro, mis certezas y mis miedos.

¿Fuera?

Por ahora, y durante diez minutos todavía, dos farolillos.

Que bailan, resplandecientes, en la noche.

Mientras, Ato sonrío y repite:

—Qué preciosos.

Martes, 18 de diciembre

Orto: 7.33 horas - Ocaso: 16.41 horas

EN LA CAJA DE UNA LIBRERÍA

Escribir es, sencillamente, mi único remedio para la existencia.

Ha sido así siempre, desde que era niña y me preguntaban qué quería hacer de mayor: escribir novelas y encontrar un gran amor, contestaba yo.

Y durante muchos años parecía que se hubieran cumplido mis dos deseos.

Un día, sin embargo, Mi Marido se fue. En ese momento tuve la sensación de que, junto conmigo entera, se hubiera llevado también la escritura. Encima, me quedé también sin Mi Columna, que me ayudaba a pautar el tiempo durante el día y que me permitía contener a los monstruos que me habitan entre la cabeza y el corazón, para luego confinarlos a las novelas, precisamente.

De golpe, los monstruos, que habían quedado sueltos, lo invadieron todo: los sueños, los pensamientos, mis brazos, mis piernas y el café.

«Ya no escribiré nunca más, nunca más», le repetía a Gianpietro este verano, todas las mañanas, cuando me arrastró con él a Formentera.

Pero entonces llegó esa mañana. En la que, misteriosamente, sentí que ya no dolía tanto allí donde antes dolía. O que quizá ya me estaba acostumbrando a ese dolor. Y que, a fin de cuentas, de una manera o de otra, podía seguir adelante.

Puede que incluso ya lo estuviera haciendo.

Al día siguiente, en el porche de la casa de Formentera, probé a abrir de nuevo el ordenador: la idea de dos mujeres que se espían mutuamente la compra en el supermercado y cada una cuelga del carrito de la otra su propia insatisfacción ya llamaba a las puertas de mi cabeza antes del desastre. Intenté volver a ponerme a la escucha. Al principio la idea llamaba bajito, tímidamente. Pero aun así yo escribía. Aunque sólo fuera por hacer algo, por hacer una cosa. Por hacer esa cosa. La única capaz de ponerme en condiciones de decir «yo» cuando me refiero a mí. La única capaz de devolverme ese yo. Aunque estuviera, y esté aún, hecho pedazos y aturdido.

Gracias también al día del esmalte fucsia y de la inspiración que me regaló Cristina, del centro estético, con la imagen del envasado al vacío, aunque yo siga sin tener ya una vida, al menos la nueva novela existe.

Puede que sea una porquería, pero la siento mientras la escribo.

Y eso por ahora me basta.

Hace unos días le mandé la primera mitad a Giulia, mi editora, y me ha llamado hoy para empezar a reflexionar sobre el título.

—¿Estás segura de querer titularla *Cuarto y mitad de amor, gracias*?

—Sí. Porque se trata de eso, ¿no? Las dos protagonistas imploran, cada una a su manera, un poco de amor. No mucho: un poco. Ni siquiera medio kilo. Y están dispuestas incluso a darle las gracias a quien se lo ofrezca.

—Claro, claro. Y luego está la metáfora del supermercado, y así se ve muy clara. A mí el título me gusta, ¿eh, Chiara? Pero me pregunto si no va a generar equívocos, si no va a sugerir quizá que se trata de una novelita rosa...

—Hum, ¿tú crees?

—Por desgracia estamos en Italia. El nuestro es un país provinciano. Te invito solamente a que lo pienses un poco.

—Pero ¿tú no captas la desesperación total y definitiva que transmite un título como ése?

—Sí que la capto, también porque he leído la primera mitad del libro... Pero aun así, algunos críticos podrían torcer el gesto. Que quede claro que, si yo fuera tú, me traería sin cuidado, pero quiero advertirte. También porque, por suerte, están los lectores...

—¿Crees que también a mis lectores podría echarles para atrás un título así?

—Quizá.

—...

—¿Chiara?

—Sí, sí. Estaba pensando. ¿Y si lo titulara *Al vacío*?

—¿*Al vacío*?

—¿Qué te parece?

—No está mal, no, pero...

—Pero como título tiene poca personalidad.

—Eso es.

—Mientras que *Cuarto y mitad de amor, gracias* tiene personalidad, pero se puede malinterpretar.

—Como todo lo que tiene personalidad.

—Exacto.

—Vamos a pensarlo un poco. ¿Quieres aceptar los riesgos de un título audaz pero que seguro que llama la atención, o prefieres un título que quizá no llame tanto la atención pero que te proteja de equívocos? Ésa es la cuestión.

—Ésa es, sí.

—Y recuerda que, en cualquier caso, a los únicos a los que no tienes que decepcionar es a tus lectores. Piensa en ellos cuando pienses en el título.

—Vale.

—Adiós.

Me tumbo en la cama.

Pero ¿de verdad existen «los lectores»?

Me lo pregunto a menudo, me lo pregunto ahora.

Y, si de verdad existen, ¿quiénes son?

¿Buscan una personalidad en un libro?

¿La temen?

De verdad: ¿quiénes somos? Me incluyo yo también, naturalmente: ¿qué busco yo en un libro? ¿Qué no acepto? ¿De qué manera tengo algo que ver, por ejemplo, con todos los apasionados como yo de Philip Roth? ¿En qué medida formo parte del ejército de «sus lectores»? ¿Qué tengo, en el fondo, en común con ellos? Y ¿qué no tengo, en el fondo, en común con los apasionados de Asimov, por el que nunca he logrado dejarme conquistar del todo? Pienso en el lector de Asimov más fiel que conozco y pienso en el que me contagió su amor por el viejo Philip. ¿A quién me parezco más de los dos? A los dos. A ninguno.

Me levanto, me pongo el abrigo directamente sobre el pijama, que, desde esta mañana, por desgracia, no encuentro aún un motivo válido para quitarme, y me voy a la librería Ibis, la más grande del barrio, al principio de vía Nazionale.

En la caja hay un señor de unos cincuenta años, de ojos claros y una sonrisa abierta y melancólica a la vez. Por el letrerito que lleva en la camisa me entero de que se llama Giuseppe.

Me acerco a él:

—Perdone, Giuseppe.

—¿Sí?

—¿Le molestaría que me colocase aquí, en la caja, a su lado, quietecita y calladita, durante diez minutos?

—¿Cómo?

Le explico rápidamente lo de los diez minutos y mi deseo de pasarlos, hoy, en la caja de una librería.

Para ver si los lectores existen.

Y, si existen, tratar de entender por fin quiénes son.

Giuseppe está demasiado ocupado para preguntarme nada: mientras tanto se ha formado una cola bastante larga.

Me indica con un gesto que me ponga a su lado y reanuda su trabajo.

Descubro que, en diez minutos, a una semana exacta de Navidad, a las cuatro de la tarde, en una de las librerías más grandes y céntricas de Roma, la gente compra:

La casa sopra i portici, de Carlo Verdone
Diario de un cuerpo, de Daniel Pennac
Me deseó felices sueños, de Massimo Gramellini
Modos de ver, de John Berger
Cincuenta sombras de placer. Secretos sexuales para convertir la ficción en realidad,
de Marisa Bennet
El invierno del mundo, de Ken Follett
El tao de la física, de Fritjof Capra
Novecento: la leyenda del pianista en el océano, de Alessandro Baricco
The shuttle, de Frances H. Burnett
Cosmópolis, de Don DeLillo
Cincuenta sombras de placer. Secretos sexuales para convertir la ficción en realidad,
de Marisa Bennet
Nuevo diccionario italiano Zingarelli
Open, de André Agassi
Se desataron todos los infiernos. Historia de la segunda guerra mundial, de Max
Hastings
Historia de Mix, de Max y de Mex, de Luis Sepúlveda

¿Quiénes son, pues, «los lectores»?

Sin duda, son personas muy diferentes entre sí.

Incluso las únicas dos que, en estos diez minutos, han comprado el mismo libro tienen a simple vista realmente poco, poquísimo en común. Una era una chica de unos veinte años con una coleta alta, unos vaqueros superceñidos y, en la oreja, un pendiente de calavera y otro en forma de raspa de pez. La otra, una señora de unos setenta, vestida con un severo traje de chaqueta de paño beis.

Somos distintos, como decía. Somos muy distintos unos de otros. Leemos por aburrimiento, por curiosidad, para escapar de la vida que llevamos, para mirarla a la cara, para saber, para olvidar, para domesticar a los monstruos que tenemos entre la cabeza y el corazón, para liberarlos.

No nos parecemos en nada aunque tengamos en la mano, adoremos, odiemos y regalemos por Navidad a quien más queramos el mismo libro.

No nos parecemos en nada.

Fatalmente, precisamente por esta razón, sí: no hay duda.

Existimos.

Y es a eso, quizá, a lo que alude mi editora cuando me sugiere que piense en los lectores.

Es una manera de decirme elígelo tú, tú y ya está, el título, elige tú cada una de las palabras de tu nueva novela para que cada una sea sólo igual a sí misma.

Como éramos nosotros, todos, en esa cola, detrás o delante de la caja. Iguales sólo a nosotros mismos, con la esperanza de confiarle a otra historia la nuestra propia. Para perderla, para recuperarla.

Para reparar, de alguna manera, la existencia.

Miércoles, 19 de diciembre

Orto: 7.33 horas - Ocaso: 16.41 horas

SEMILLAS DE LECHUGA Y PIMENTÓN

«Cariño, escucha: ve a la pescadería y encarga un preparado de pescado y marisco para seis personas, de guarnición para la paella, y una dorada de kilo y me...»

La voz de Gianpietro suena estridente y rasposa en el contestador automático. Me doy la vuelta en la cama, que cada vez que me despierto me parece más grande, mientras que en realidad soy yo que estoy demasiado sola, me estiro hacia la mesilla de noche y levanto el auricular:

—¿Qué hora es?

—Las siete. Pensaba que ya estarías levantada.

—Qué va, todavía tengo que tomarme el café, y tú me hablas de pescado.

—Mira, bonita, colabora un poco, por favor. ¿Quieres o no quieres que nuestra cena de Nochebuena sea perfecta?

En Vicarello, la mayoría de las veces se ocupaba mi madre de nuestra cena. Hacia las siete cruzaba la huerta que separaba ambas casas y nos llevaba una bandeja de albóndigas o de lasaña, y las verduras de la huerta, cocidas o a la brasa.

También a Mi Marido, negado para todo lo que tenga que ver con la huerta, se le ha dado siempre bastante bien cocinar, y los pocos meses en los que vivimos juntos en esta casa, en este barrio, de hacer la compra y de inventarse algo de comer se encargaba él.

En resumen: que habré aprendido a hacer tortitas y tiramisú, pero no tengo ni idea de dónde puede haber por aquí una pescadería.

Como de costumbre, se lo pregunto a Cristina, la del centro estético.

—Hay dos —me contesta—. Pero la mejor está justo al final de tu calle. Recórrela entera y te la encontrarás.

A diferencia de La Casa del Bordado, cuando me encuentro con la pescadería me doy cuenta de que sí, desde luego, he pasado por delante varias veces. Vamos, que una parte de mi cerebro sabía perfectamente dónde estaba. Evidentemente, igual que las personas, los lugares se activan y revelan estar en el mundo no sólo porque hay espacio, sino porque tienen un sentido sólo cuando estamos dispuestos a entenderlo. Cuando los necesitamos.

Es obvio que la pescadería es un negocio familiar: despachando hay un chico de unos treinta años que le ha robado la corpulencia al señor de la caja y la cara a la señora sentada en un taburete, en la puerta, ocupada en proponer recetas en dialecto romano.

—Si quieren un aperitivo diferente, pueden coger un poco de carpaccio de róbalo y de salmón, mezclarlos los dos y hacer como pequeñas rosas —explica a tres clientes que la escuchan como si fuera un gurú—. Luego añaden dos mandarinas, un poco de ensaladilla rusa, cien gramos de uva rosada, y listo. Pero si lo espolvorean con un poco de pimentón, estará aún mejor. Siempre sale todo más rico si se le echa pimentón.

Una chica que tendrá más o menos mi edad, pero con pinta de saber manejarse perfectamente en una pescadería, entra en ese momento y le pide a la señora que vuelva a empezar desde el principio. La señora vuelve a empezar. La chica toma apuntes.

Gianpietro tenía razón: están todos aquí para la cena de Nochebuena.

—Ha tenido suerte —me dice el señor de la caja, cuando dejo la señal para mi guarnición de pescado y marisco y para la dorada—. Esta tarde cerramos los encargos para el 24.

—¿Tan pronto?

—¿Qué pasa?, ¿es que la Navidad la va a esperar a usted, señorita? —interviene la pescadera desde el taburete—. Ésa no respeta a nadie.

Emprendo el camino de vuelta a casa.

Pienso en las cenas que improvisaba Mi Marido. En las verduras a la brasa de mi madre. En todas las cosas que hacen los demás en nuestro lugar, por nosotros: ¿debemos estarles agradecidos? Desde luego que sí. Aunque esas mismas personas, al mismo tiempo que nos evitan una obligación, nos quitan la posibilidad de vivir una experiencia. ¿Culpa suya? A veces. ¿Culpa nuestra? Siempre.

Pienso en la Navidad, que *no respeta a nadie*.

Y mientras pienso y camino, y camino y pienso, aparece una floristería.

Como la pescadería, una parte de mi cerebro ha sabido siempre que estaba aquí, en la calle donde vivo. Pero, al igual que la pescadería, para mí es como si la hubieran construido por la noche y acabara de abrir justo ahora. Ahora que la necesito.

Me precipito dentro y le explico a la dueña, una especie de vikinga alta y maciza con unas gafas enanas de cristales ovalados con montura de colorines:

—Me gustaría probar a sembrar.

—Sembrar, ¿el qué?

—Qué sé yo. ¿Pimentón? —suelto de repente, condicionada por la pescadera: «Siempre sale todo más rico si se le echa pimentón».

—El pimentón se siembra en marzo —sentencia la vikinga.

—Ah —digo yo. Pero en realidad me pregunto: ¿y si sólo fuera una opinión?

Acostumbrada como estoy a lo relativo, pues trabajo con las palabras, me fio poco

de las verdades perentorias. Sobre todo si tienen que ver con efectos naturalmente unidos a causas. Quizá porque el alcalde de Vicarello, al casarnos, nos prometió a Mi Marido y a mí «hasta que la muerte os separe». Perentorio. Y, sin embargo, nos separó la vida. De modo que le contesto a la florista:

—Da igual. Aun así, me voy a llevar semillas de pimentón.

—¿Por qué no prueba con la lechuga? —insiste ella—. Es lo ideal en este tiempo.

Mire: yo tengo diez minutos que emplear en algo nuevo, y como hoy de repente me ha surgido esta duda, que me corroe por dentro —los demás, cuando hacen algo por nosotros, ¿nos dan o en realidad nos quitan una oportunidad?—, me gustaría probar a trabajar la tierra. Precisamente yo, que he nacido y he crecido delante de una huerta. Una huerta que, sin embargo, siempre han trabajado mis padres por mí. Eso es lo que querría contestarle. Pero sólo me sale:

—Vale. Deme entonces una bolsita de semillas de pimentón y otra de lechuga.

—Perfecto.

—Y un saco de tierra.

—¿Macetas tiene?

—No.

—Pues aquí se las pongo. Téngalas en un lugar seco. Ni demasiado caliente, ni demasiado frío. La tierra tiene que estar siempre húmeda, no se olvide.

—Vale.

—Para el pimentón, de todas maneras, tendrá que esperar hasta finales de febrero.

—Ya lo veremos.

—Ya lo verá.

Es excitante. Sí. Hundir las manos en un saco de tierra y llenar dos macetas es excitante. Nada que ver con youporn. Unos escalofríos imprevistos me recorren la espalda. Hacía más de un año que no recordaba que tengo un cuerpo.

Sin embargo, a lo mejor lo tengo todavía.

Quién sabe si mi madre y mi padre sienten esto cuando trabajan en la huerta: este placer infantil, salvaje, esta tentación de hundir también las piernas, la cara, el cuerpo entero, en la tierra fresca. Hasta olvidarse de uno mismo y acordarse así de otro uno mismo. Más peligroso, más profundo. Tonto, eterno y novísimo.

Si mis padres sintieran esto, tantas cosas tendrían una explicación... Por qué nunca me han animado a trabajar la tierra en su lugar, por ejemplo.

Cuando hacen algo por nosotros, ¿los demás nos conceden o en realidad nos quitan una oportunidad?

Quién sabe. No lo sabemos nosotros, que les confiamos ese algo a los demás. No lo

saben los demás, que hacen ese algo por nosotros.

Vuelvo a hundir las manos en el saco. Una vez más. Y otra.

Siembro la lechuga.

Hundo las manos en el saco.

Siembro el pimentón.

Hundo las manos en el saco. Cubro las semillas con más tierra, como recomiendan en las bolsitas. La humedezco, como me ha aconsejado la florista. Y coloco las dos macetas sobre una repisa en la cocina. Donde no da el sol, pero nunca hace frío de verdad.

—¿Verdad que lo conseguirás? —susurro al oído de la maceta con las semillas de pimentón—. Lo conseguirás, ¿verdad?

Y vuelvo a hundir las manos en el saco. Una vez más. Y otra.

Jueves, 20 de diciembre

Orto: 7.34 horas - Ocaso: 16.42 horas

Primer cuarto de luna: 6.20 horas

UN PAÑAL

Errico Buonanno ha hecho varias cosas originales y exquisitas: escribir libros como *Piccola serenata notturna*, *Sarà vero* o *La síndrome di Nerone*, y tener dos hijos.

El mayor, Peppino, tiene un año y un mes, y yo soy su madrina. El pequeño, Carletto, nació hace tres semanas.

Errico y Claudia, como Mi Marido y yo, llevan juntos desde el último año de instituto.

Pero ellos resisten.

Nosotros damos clases de conducir.

Todavía no conocía a Carletto, y aquí está: inocente, asustado, recién nacido en brazos de su madre.

Claudia tiene el pelo muy cortito, sigue con su peto vaquero de siempre, sus deportivas hechas polvo de siempre, mil pecas y ni pizca de maquillaje, jamás: parece una niña. Sin embargo, es una oculista famosa. Una mujer que va y viene de Miami para participar en congresos internacionales. Una mujer que un verano cogió y se fue a Uganda con Médicos sin Fronteras. Una mujer que, a los treinta y dos años, hace tres semanas, dio a luz por segunda vez. Y ahora sonríe, dispuesta a poner a sus hijos a disposición de mis diez minutos.

—¿Quieres cambiarle el pañal a Peppino o a Carletto? —me pregunta.

—¿Hay alguna diferencia?

Errico y Claudia se miran, cómplices.

—Hay una enorme diferencia —contesta él—. Carletto conserva aún el cordón umbilical, hay que tener cuidado y limpiarlo bien. Su caca es verde, líquida, y huele a *pajata*.[*]

—La de Peppino, en cambio, es como la nuestra —interviene Claudia—. Pero en diez minutos, si te guío yo, puedes cambiarles el pañal a los dos.

Empezamos por Peppino.

Quizá sea poco objetiva, porque es mi único ahijado y porque tengo un cariño sincero por sus padres, pero me parece de verdad un niño excepcional. Desvergonzadamente seguro de ser querido, curioso, travieso y un poco loco.

Ahora, por ejemplo, me está estudiando como si estos diez minutos fueran sólo suyos

y fuera él quien hace un experimento. Pero por suerte le gustan los experimentos. Y tumbado sobre el cambiador, agita las piernas, divertido.

—Quítale los pantalones —me indica Claudia—. Bien. Ahora desabróchale el *body* y abre el pañal.

En efecto, la caca de un niño de un año no se diferencia en nada de la nuestra. Para lo bueno y para lo malo, por decirlo de alguna manera.

—Ahora agárrale las piernas con una sola mano, levántalas y quita el pañal sucio.

Pepino está de mi lado y me lo pone todo fácil.

—¿Dónde se tiran los pañales sucios? —pregunto, y es una de las muchas preguntas que, por mérito o por culpa de los diez minutos, descubro que no me había planteado nunca.

—En algunos municipios hay un contenedor especial —me explica Errico—. Pero aquí van al cubo de la basura orgánica. Y, por ahora, a una bolsa que tenemos en la terraza.

Prosigo. Limpio a Peppino con unas toallitas húmedas, le pongo crema hidratante, vuelvo a levantarle las piernas, le deslizo el pañal limpio debajo del trasero y se lo cierro.

Errico ha cronometrado el tiempo de la operación: seis minutos.

Paso a Carletto. Los gestos son los mismos, pero hay que limpiar el cordón umbilical. Claudia me enseña a quitar la gasa vieja, a empapar la nueva en alcohol de 70 grados y a ponerla alrededor del cordón.

Tardo siete minutos.

—¿Qué tal me ha salido?

—Muy bien —me aseguran Errico y Claudia.

Por desgracia, Peppino y Carletto no pueden darnos su opinión: siempre tengo la sensación de que conmigo los niños se encuentran aparentemente a gusto, pero no porque se sientan protegidos, sino porque sienten la ebriedad de tener que protegerse ellos solos. De estar entre iguales, vaya.

Mientras Claudia prepara un té, yo me tumbo en el sofá con Carletto sobre la tripa, y Errico y Peppino juegan con una vaca y un cerdo de goma que les he traído como anticipo del regalo de Navidad.

—Quién sabe por qué en todos estos años no os he entrevistado para Mi Columna —les digo.

—Porque somos normalísimos —replica Claudia.

—Precisamente por eso tendría que haberlo hecho.

En «Almuerzos dominicales» di cabida a cualquier modelo familiar. Durante un año, el periódico me permitió incluso salir al extranjero, y almorcé con fundamentalistas mormones, en el harén de un jeque y en un orfanato en Yushu, Tíbet.

De repente me pregunto si, a fuerza de enfrentarme a las infinitas variaciones que la

vida consiente al concepto de estar juntos, no he perdido de vista algunos principios básicos que hacen que todas las familias sean iguales.

Por ejemplo, tolerarse.

Resignarse al olor de las respectivas cacas.

Dar por sentado que los demás son nuestra gran oportunidad, desde luego, pero también nuestra fuente de problemas más infinita, nuestra desesperación y un coñazo tremendo.

«Salí huyendo porque tú te habías vuelto insoportable, míster Magoo.»

Mi Marido insiste en decirme eso en cada clase de conducir. También ayer, mientras me esforzaba por cambiar de marcha sin maltratar el embrague.

«Te habías vuelto de verdad insoportable.»

Como si no tuviera derecho Carletto a hacerse una caca verde que huele a *pajata*, como si no tuviera derecho Peppino a jugar con la vaca y el cerdo justo ahora que a Errico le apetecería sentarse un rato en el sofá a tomarse su té, como si no tuviera derecho Errico a sentir la tentación de degollar a la vaca y al cerdo, como si no tuviéramos todos derecho, de vez en cuando, a ser pesados. Apestosos. Charlatanes. Callados. Un poco imbéciles. Insoportables.

—Quizá Mi Marido y yo no nos lo esperásemos — pienso en voz alta.

—¿El qué? —me pregunta Claudia.

—Que el otro existiera con independencia de nosotros. Que no estuviera ahí a nuestra disposición exclusivamente.

—¿Y tú estarías dispuesta ahora a tener eso en cuenta? —pregunta Errico, mientras Peppino, aburrido ya de la vaca y del cerdo, insiste en meter las manitas dentro de la tetera.

—Si él estuviera dispuesto, sí. Estaría dispuesta — contesto—. Aunque temo que él diga lo mismo.

—Pero uno de los dos tiene que ser quien dé el primer paso —dice Claudia, pero sin ánimo de expresar ningún juicio: lo dice con suavidad, como un oráculo.

—Yo me siento demasiado herida por su abandono para dar un paso hacia él — reconozco.

—Entonces trata de saber si puede hacerlo él —vuelve a decir Claudia con la misma suavidad—. Lo que sí puedes hacer, al menos, es concederle la oportunidad de intentarlo.

—Me gustaría hacerlo. Pero es evidente que no lo consigo.

—¿Sabes? Los primeros meses, en cuanto Peppino se quedaba en su habitación, en su cunita, si nosotros estábamos aquí, en el salón, se ponía a llorar como un loco.

—Y vosotros ¿qué hacíais?

—Nosotros teníamos los oídos y el corazón hechos pedazos, pero lo dejábamos

llorar. Era la única manera de que aprendiese a dormir sin que estuviéramos en la misma habitación.

—¿Y ha aprendido?

—Sí. —De pronto desaparece el oráculo y llega la oculista, llega la doctora. Llega el diagnóstico. Llega el tratamiento adecuado, el único posible—: Es duro no estar a disposición de aquellos a los que queremos, Chiara, pero a veces no hay más remedio. Esa disponibilidad infinita no nos ayuda ni a nosotros ni a ellos.

Salgo de casa de Errico y Claudia y me dirijo al metro. Dentro de media hora tengo otra clase de conducir con Mi Marido.

Debería coger la línea A para llegar al garaje de su amigo.

Cojo la línea B y vuelvo a casa.

Mi Marido empieza a llamarme enseguida, cinco minutos después de la hora de nuestra cita: yo nunca llego tarde, sobre todo si se trata de él. Y eso él lo sabe.

No le contesto.

Llego a casa y riego mi pimentón y mi lechuga.

Me pinto las uñas con un esmalte rojo que le he comprado a Cristina esta tarde.

No me gusta; me lo quito y pruebo con uno azul celeste. Me gusta.

Mi Marido sigue llamándome.

Pongo el móvil en silencio y desenchufo el fijo.

Preparo una crepe de jamón; el procedimiento es más o menos el mismo que el de las tortitas.

Me la como e intento dormir.

Viernes, 21 de diciembre

SOLSTICIO DE INVIERNO

Orto: 7.34 horas - Ocaso: 16.42 horas

NO SÉ QUIÉN ERES: TE QUIERO

¿Y si tuvieran razón los mayas? ¿Y si de verdad fuese hoy, y si fuese el 21 de diciembre de 2012?

¿Cuál es la última cosa que no he hecho nunca y que me gustaría hacer?

No lo sé. Porque haría una que ya he hecho, ésa es la verdad, razono mientras corro en la cinta, en el gimnasio. Desde el estruendo del exceso de palabras entre Mi Marido y yo, sobre todo desde la tarde de ayer en casa de los Buonanno, me gustaría volver a cuando sólo había dos palabras. Sencillas. Que hacían que todas las demás sobraran.

Me gustaría que alguien, si él ya no puede decirlas, me las dijera a mí.

Me gustaría decírselas a alguien, si ya no se las puedo decir a él.

Y entonces paro la cinta. Voy al vestuario y cojo mi móvil. Tecleo un mensaje: «Te quiero». Luego vuelvo a la sala de las cintas de correr y de las bicicletas estáticas y me acerco a un tío que pedalea con el brío con el que lo haría alguien que de verdad quisiera ponerse a salvo del fin del mundo.

—Perdone...

El tío se para y se vuelve: ¡es el chino! El dueño de la tienda donde compré los farolillos mágicos. No tenía ni idea de que él también frecuentara este gimnasio. Fue muy amable conmigo ese día. Pero ahora está claramente molesto por haber tenido que interrumpir su entrenamiento. Sonrío. Él no.

Le acerco el móvil:

—¿Podría elegir un nombre cualquiera de mi agenda telefónica y enviar el mensaje que acabo de teclear?

Sigue mirándome fijamente con esa vaga hostilidad y no se mueve.

—Es una especie de ruleta rusa... O sea, estoy haciendo una especie de experimento a lo Steiner, pero es muy largo de explicar. El caso es que cada día tengo que hacer una cosa nueva durante diez minutos, y hoy, como podría acabarse el mundo, me gustaría decirle «Te quiero» a alguien, al azar, y ver qué efecto...

El chino me arranca el móvil de las manos, estudia rápidamente la agenda, elige un nombre y manda el mensaje. Me devuelve el móvil y sigue pedaleando. Siempre en silencio.

Le doy las gracias y vuelvo al vestuario: ahora tendré que estar diez minutos cara a cara con el efecto de esta ruleta rusa en forma de mensaje.

¿A quién le habrá enviado mi «Te quiero»? ¿A mi editor? ¿Al director del periódico que me despidió? ¿Al responsable de Ato? ¿A esa persona que...? ¿A esa otra?

¿A Mi Marido?

Estoy nerviosa, muy nerviosa.

Pasan siete minutos, y aquí está: el pitidito.

El mensaje lo ha recibido Mattia, un amigo mío de Lecce de alma profunda y delicada. Lo conocí en la presentación de una de mis novelas, hace años. Se me acercó para que se la dedicara, y nos pusimos a hablar de padres e hijos. De todo aquello que me importa, vamos. Y que le importa a él también.

«¿Va todo bien, Chiara mía?», me contesta.

Tengo que esperar otros tres minutos antes de llamarlo y explicarle la historia.

Los espero.

Uno.

Dos.

Tres.

Lo llamo y se lo aclaro.

Pero el caso es que, si hoy se acabara el mundo, yo habría dicho «Te quiero» y a cambio me habrían contestado «¿Va todo bien?».

O sea, como si no fuese normal decir «Te quiero», como si yo no fuese normal por decir «Te quiero».

Como si ya no me estuviera permitido.

¿Y?

Me pongo a llorar. Bajito. Luego fuerte. En el vestuario del gimnasio.

¿Y?

Tecleo otro mensaje.

Esta vez se lo mando a toda mi agenda. Salvo al director que me despidió y a otros pocos más. Salvo a Mi Marido. Se lo mando a mis antiguos compañeros de piso: a Carlo, que ahora vive en Bruselas; a Alessandra, que vive en Turín; a Vincenzo el cocinero, y a Igor el actor. Y también a Rodrigo, a Manuel y a Roberto. A Michele, a quien conocí cuando mi amigo Rocco se mató en el más estúpido de los accidentes de tráfico, porque él quería a Rocco y yo también. A los primos de Rocco, Ivan y Tatiana. A mis primas, Michelle y Carolina. A Elisa¹⁸, a su hermana, a sus padres, a su tía, a su tío, a Francesco, su novio, que tiene un restaurante en Florencia. A Gioia, con la que me encontré en el mercadillo. A Errico y a Claudia. A las personas que, cuando mi vida ya no tenía sentido, seguían dándoselo: Giada, Francesca, Annalisa, Nolan, Annalena, Laura, Luz, Alessandro y Walter. A Francesco y a su Anna. A Roberta y a Claudio. A

Daniela, a Roberto, a Davide y a Alessandro. A Fabiano y a Maria Chiara. A Erica y a Marco. A Eugenio y a Claudio. A Rachele y a Serena, las Ebernies. Y a más gente. A Alberta, aunque viva en África; ¿quién sabe?, podría hacer una locura y coger un avión. A Anastasia, a Antonella y Antonio. A Carlo C., a Chiara y a Clara. A Eleonora, a Elettra, a Enrica, a Federica, a Fulvio y a Irene. A Lorenzo, a Loula, a Luciano, a Luisa. A Luca y a Guido, hinchas de la Roma como yo. A Niccolò, a Nicola y a Nicole. A Paolo, a Patrizia y a Patrizio. A Roberta, a Roberto. A mis compañeros del instituto: Emiliano, Valerio y Davide, a Filippo, a Gaia, que se sentaba a mi lado en clase y de adolescentes me enseñó a besar con lengua. A mi hermano, a la exnovia de mi hermano, a sus compañeros de universidad. A Daniela, la dueña de la casa de Formentera donde estuve con Gianpietro este verano. A los Torpedoni, los que viven en la furgoneta amarilla, al pluridivorciado que vive en youporn, a todos los protagonistas de Mi Columna «Almuerzos dominicales». A mis vecinos de Vicarello, al del quiosco, al dueño del bar y a la novia del dueño del bar. Al tapicero, a su mujer y a su hija Ilaria. A Claudia, que saca de paseo a *Laika*. A Silvestro, a Silvia, a Sylvie y a Susanna. A Giorgina, a Giulia y a Giuliano. A Maddalena, a Marco y a Mario. Al departamento de prensa de mi editorial, a mi editora y a los correctores de pruebas. A los responsables de la Ciudad de los Muchachos y a los empleados. A Cristina y a Tiziana del centro estético. A Valentina, a Vanella y a Wanda. A Giorgio.

El 25 de diciembre, después de comer y hasta cuando te apetezca, te espero en mi casa. Venga, vamos a celebrar juntos la Navidad.

Este mensaje va al mundo entero.

Venga, vamos a celebrar juntos la Navidad.

Por favor.

No me dejes sola.

Sábado, 22 de diciembre

Orto: 7.35 horas - Ocaso: 16.43 horas

CORTAR EL PELO

Hoy empiezan para Ato las vacaciones de Navidad.

De acuerdo con los responsables de la Ciudad de los Muchachos, las pasará aquí, en mi casa.

Me parece el día ideal para que por fin se deje hacer algo que lleva demasiado tiempo aplazando, y para que quien se lo haga sea yo.

—Muy corto no, por favor —me suplica.

—No te preocupes. Es que ya tienes unas greñas... Tú confía en mí —le digo para tranquilizarlo.

Le digo que se siente, le pongo una toalla sobre los hombros y le corto un rizo. Y otro. Ato tiene muchísimo pelo, larguísimo, enmarañado y revuelto.

Corto y corto durante diez minutos.

Hasta que se extiende por la cocina una alfombra de rizos de azabache.

—Listo —anuncio.

Pero antes de que yo misma pueda admirar mi propia obra maestra, se pone en pie de un salto y corre al baño a mirarse al espejo. Vuelve a la cocina desolado.

—¿Qué pasa?

—Tengo pinta de tonto, como Dudley, el primo de Harry Potter. —La voz, rota, es la de alguien que se esfuerza por no llorar, aunque se muere de ganas de hacerlo—. Un Dudley negro. Eso es lo que soy. Estoy horroroso.

—No sé quién es ese Dudley, pero no estás para nada horroroso. Mírate bien, estás muy guapo.

Es verdad; a lo mejor se me ha ido un poco la mano, sobre todo por los lados, donde casi lo he afeitado, pero parece mayor. Más orgulloso. Más raro todavía.

—Bueno, si tú lo dices... —Hace una mueca—. Pero a mí los cambios no me gustan nada. ¿Entiendes lo que quiero decir, Chia'?

Domingo, 23 de diciembre

CUARTO DE ADVIENTO

Orto: 7.36 horas - Ocaso: 16.44 horas

LAS VOCES EN LAS CONVERSACIONES DE LOS DEMÁS

Me despierto y me encuentro a Rodrigo en la cocina, muy ocupado con unos auriculares y un artilugio extraño. Llegó anoche, después de un concierto en Viterbo; le dejé las llaves debajo del felpudo, y hasta ahora no nos hemos visto.

—¿Ya te has levantado?

—En realidad me iba a acostar ahora.

—Ah.

—Pero es que estoy loco con este micrófono.

Me lo enseña: es un micrófono direccional profesional, capaz de amplificar cualquier conversación en un radio de doscientos metros.

—Es de un amigo mío que es técnico de sonido, me lo ha prestado hasta esta noche. Lo necesita para la banda sonora de un videoclip experimental, aunque suele utilizarse para investigaciones privadas, ¿sabes? Por ejemplo, estás en un restaurante y puedes escuchar todo lo que dicen los de las mesas de alrededor. Aunque hablen en voz baja.

—Oye, Rodrigo.

—¿Qué?

—Tú ahora te vas a descansar, ¿no?

—Sí.

—¿Puedo utilizar yo el micrófono direccional? Sólo diez minutos.

Rodrigo se va a dormir y yo salgo a la calle con el micrófono en el bolso y los auriculares en los oídos.

Voy de un lado a otro por el barrio. El odioso barrio.

Con el que, sin embargo, a mi pesar y a su pesar, ya me voy familiarizando.

Me doy cuenta ahora, cuando paso por delante de la pescadería y la reconozco. Paso por delante de la floristería. Dentro, la vikinga está colocando estrellas de Navidad en el mostrador: la reconozco a ella y reconozco el mostrador. Paso por delante de La Casa del Bordado, por delante del chino. La reconozco, lo reconozco.

«El deseo nace de lo que observamos cada día», le susurra Hannibal Lecter a Clarice Starling en *El silencio de los corderos* para darle a entender que no debe buscar demasiado lejos: el asesino es el vecino de casa de las víctimas.

¿Es así? Si sigo observando este barrio, si sigo relacionándome con sus floristerías,

sus pescaderías y sus mercadillos de domingo, ¿terminaré por desear vivir aquí o, al menos, aceptaré vivir aquí?

Y si lo hago, ¿será un fracaso o una conquista? Una conquista, no hay duda, diría la doctora T. Pero «el que cambia sufre, aunque sea para mejorar». ¿Quién decía eso? ¿Hannibal Lecter? No. Creo que Pier Paolo Pasolini. Y, a su manera, lo dijo ayer Ato, después de cortarle el pelo.

Prosigo mi paseo y, para acallar los pensamientos, enciendo el micrófono.

El impacto es tremendo: de golpe estoy en todas partes. O mejor: de golpe todo está en mis oídos. La canción de Patty Pravo que la vikinga silba mientras pone orden en su tienda. Las conversaciones de los clientes que hacen cola en la pescadería. Las de todas las personas sentadas en el bar de la placita del centro del barrio, donde yo también me siento y pido un capuchino. Dirijo el micrófono hacia una mesa, y luego hacia otra. Y me mantengo a la escucha. Con los ojos cerrados.

—¿Dónde está la parada del autobús que lleva directo a la nueva Feria de Roma?

—En vía Nazionale, creo.

—No, en vía Cavour.

—¿Qué le vas a regalar a Paolo por Navidad?

—Un jersey. De Timberland.

—Justo ayer me compré yo unas zapatillas de *trekking* de Timberland.

—¿Has visto qué jaleo se ha montado en Twitter después de salir Berlusconi en el programa de d'Urso?

—Salvaje ha escrito: «D'Urso, que es tan amiga de las mujeres, ¿cómo no le pregunta a Silvio por qué no dejó que las menores se fueran al cine con sus amigas?».

—Yo he escrito: «En la Edad Media estaba la peste bubónica, ahora nosotros tenemos a Barbara d'Urso».

—Pues yo, en cambio, sólo he escrito «Qué vergüenza». Y punto.

—Según tú, ¿de verdad todavía habrá gente dispuesta a votarlo?

—Quiero pensar que no.

—¿De qué es ese batido?

—Esta tarde, Monti tuitea el manifiesto de la campaña electoral.

—De naranja, zanahoria y jengibre.

—Me he apuntado a la nueva oferta de Tim. Por diez euros tienes derecho a cuatrocientos minutos de llamadas, mil sms y dos gigas.

—Belén es guapa, es simpática, hace ballet y no lleva bragas: eso ha dicho Emma.

—Pero ella ha contestado donde Simona Ventura: «Hay quien se lo puede permitir».

—Qué imbécil.

—Pues a mí me cae bien.

—¿Has leído el artículo de la *Repubblica*? Prácticamente, los empleados de Apple

dicen que Steve Jobs era fascista.

—Pues sí, oye, porque antes, cuando ibas en tren, estabas dispuesto a hacer amistad con la gente. Ahora, por su culpa, todos tenemos los ojos fijos en el iPad.

—Absurda la tarjeta roja a Marquinhos.

—Pero ¡¿por qué estás siempre pegado a mi vida?! —Llega como un cometa, se abre paso a través de las conversaciones que entabla la gente en su vida un domingo, a dos días de Navidad. Un grito. Me hiere los tímpanos, tengo que bajar el volumen del micrófono—. ¡¿Qué más quieres de Dios, eh?! ¡Los monos de tu árbol siguen siendo los mismos, joder! ¡Los mismos!

Es la Loca. Sin hacer un gran alarde de imaginación, la llaman así en el barrio. Cristina, la del centro estético, me ha contado que viene de una familia muy rica y noble y que, un buen día, de repente cogió y le dio por dejarlo todo. El blasón, la vida en su barrio pijo, al marido y a la hija. Perdió la razón. Y se puso a vagabundear. Al principio de vivir aquí, cada vez que me la cruzaba me daba la impresión de que me prometía algo amenazador e inevitable.

Fijaba sus ojos oscuros, penetrantes, en los míos, sacudía sus rizos canosos, imprecaba a Dios y se restregaba el austero rostro en la manga de su elegante caftán azul, y a mí me parecía que lo sabía. ¿Cuánto hace que ya no haces el amor con Tu Marido?, me parecía que me preguntaba. ¿Cuánto que no vais a cenar fuera los dos solos? ¿Cuánto que no te pregunta cómo estás, que tú no le preguntas a él cómo está?

Y cuando Mi Marido se largó a Dublín, tuve la certeza de que la Loca se lo esperaba. De que yo le daba lástima. O quizá un poco de asco. De que pensaba: mira ésta, la muy ilusa se creía que estaba en el mundo y que se había salvado. ¿Quién se creía que era?

—¡Si no eres Francesco de Gregori, no eres Francesco de Gregori! ¡Y si fueras Francesco de Gregori, serías sólo Francesco de Gregori! ¡Y basta! ¡Caput! —sigue gritándome en los oídos ahora, aunque en realidad esté discutiendo sin parar consigo misma, como de costumbre, sentada en los escalones de la iglesia que hay delante del bar.

—Francesco de Gregori *forever*, ¿estás contento? Pobre hipopótamo... ¡O dentro o fuera, pero si te quedas en la puerta del zoo me cortas el tráfico, quita de ahí!

Y sé que no es justo. Sé que es demasiado fácil. Pero desde que he encendido el micrófono, es decir, desde hace siete minutos para ser exactos, éstas son las primeras palabras que me levantan el ánimo. Por lo que a la humanidad respecta, a toda la humanidad. Levantan el vuelo por encima de los tuits contra Barbara d'Urso y contra Berlusconi, por encima de lo que ha dicho Belén, por encima de lo que han dicho de Steve Jobs; se elevan hacia arriba, absurdas, fosforescentes y santas, hacia arriba, siempre más alto, como si fueran farolillos mágicos, halcones, pompas de jabón, mientras la realidad se revuelca en sus ofertas telefónicas, para que sea siempre más fácil decirse

en tiempo real cualquier cosa esencial, se revuelca en su perspicacia, en su indignación y en sus estupideces. Y nosotros con ella.

Habría hecho cualquier cosa por que la realidad no se colara nunca entre Mi Marido y yo.

¿Vas tú a correos?

Si me echaras una mano, a lo mejor la asistenta sólo tendría que venir una vez por semana en lugar de dos, ¿no te parece?

Joder, Chiara, me has encogido la única bufanda a la que le tenía cariño.

¿Tu madre no te ha enseñado nunca a vaciar la lavadora?

¿La tuya no te ha enseñado nunca a no dar el coñazo?

Estúpido.

Estúpida.

Vete a la mierda.

Habría hecho cualquier cosa. Sin embargo, quién sabe cuándo, quién sabe cómo, me distraje. Bajé la guardia. Entonces la realidad se coló. Y fue más fuerte que nosotros.

«¿Por qué ya no me contestas?», me ha escrito Mi Marido esta noche, después de llamarme sin descanso en los últimos tres días.

«¡Porque si no eres Francesco de Gregori, no eres Francesco de Gregori! ¡Y si fueras Francesco de Gregori, serías sólo Francesco de Gregori! ¡Y basta! ¡Caput!», le contesto ahora.

«¿Qué quieres decir?», me escribe él enseguida.

«Quiero decir, elige: o dentro o fuera, pero si te quedas en la puerta me cortas el tráfico.»

Mientras, los demás siguen susurrando, convencidos de hacerlo sólo entre sí, y hablándome, sin saberlo, al oído.

—Pero el iPad es muy útil.

—¿Cuántos seguidores tiene Fini?

—Un batido de zanahoria y naranja, por favor. Pero sin jengibre.

—Yo casi dos mil.

—Además, que tú también lo sabes, que De Gregori es finlandés. ¿O te crees que no? ¿Te crees que es siberiano?

Lunes, 24 de diciembre

Orto: 7.36 horas - Ocaso: 16.44 horas

COMO PAPÁ NOEL

Ato y yo nos vamos a la estación para despedir a Rodrigo, que se marcha, y para recibir a Gianpietro, que llega.

Porque.

Mañana.

Es.

Navidad.

Aunque durante dieciocho de mis treinta y cinco 24 de diciembre yo estuviera en alguna parte, con Mi Marido, y hoy en cambio no haya un país extraño a mi alrededor y no esté Mi Marido junto a mí.

Aunque durante treinta y cuatro de mis treinta y cinco 24 de diciembre, en mi pasaporte, en alguna parte del mundo, estuviera escrita la dirección de Vicarello, que me servía de domicilio.

Aunque durante ocho de mis treinta y cinco 24 de diciembre yo estuviera buscando inspiración para Mi Columna en alguna parte del mundo. Qué le vamos a hacer.

Hoy, de todos modos, es 24 de diciembre. Pero sobre todo:

Mañana.

Es.

Navidad.

Aquí viene por fin hacia nosotros, contoneando las caderas por el andén, con los brazos abiertos de par en par y una bufanda de terciopelo violeta y amarillo al cuello.

—Estás espléndida —me dice.

—Estás espléndido —le digo.

Desde que conozco a Ato nunca lo he visto tan alegre. Se ríe, mirando por fin a la cara a la tía Piera, se ríe mientras habla, se ríe mientras escucha.

Gianpietro es un bipolar auténtico: su estado de ánimo salta de picos exagerados y contagiosos de entusiasmo a abismos ilimitados de melancolía.

Al principio de vivir juntos, al volver a casa podía encontrármelo ensayando la coreografía de un ballet que hubiera visto en la tele o desplomado sobre el sofá, con la mirada fija en el techo.

Antes que aburrirse prefiere hundirse en cualquier pozo y hacerse daño, por decirlo

de alguna manera.

Yo no soy muy distinta a él, por lo que nuestra convivencia fue fabulosa, pero muy difícil. Si, fatalmente, uno de sus picos positivos coincidía con un pico mío positivo, entonces la vida era una fiesta. Sin embargo, si lo que coincidían eran los picos negativos, podíamos llegar a tirarnos días sin lavarnos mientras contemplábamos juntos el techo, compitiendo a ver quién encontraba allá arriba el indicio más extremo de la inutilidad de nuestra presencia en este mundo.

No es casualidad, pues, que nuestra amistad arraigara de verdad cuando Gianpietro se fue a trabajar a Palermo: sólo a una distancia de seguridad conseguimos darnos lo mejor de nosotros mismos, incluso si cada uno de nosotros está lidiando con lo peor de sí mismo.

Por suerte, sin embargo, en las últimas semanas siempre lo he notado vivo, partícipe y extraordinario.

Y hoy del tren ha bajado su versión más esplendorosa.

—¿Y Tu Marida? —me pregunta camino de casa.

—Hace cuatro días que no le contesto al teléfono.

—¿Por qué?

—Porque tiene que decidirse. O dentro o fuera. Si se queda en la puerta, me corta el tráfico.

—Bonita frase.

—No es mía, es de la Loca del barrio.

—Pues sí que estamos buenos.

—¿Sabes, Gianpi? Sigo echándolo de menos. Todo el tiempo. Pero tener que lidiar con sus dudas y sus miedos, después de todo lo que ha pasado, sólo me hace sentir aún más fuerte esa nostalgia de él. La nostalgia de nosotros. —Me doy cuenta de ello ahora mismo, al decirlo.

—Me lo creo, cariño. Yo también dejé de insistir y de llamar a mi padre, hace muchos años, por el mismo motivo más o menos —dice Gianpietro. Y no hay lentejuelas en su voz. Pero enseguida vuelven—: Venga, ahora vamos a la pescadería a recoger la guarnición para la paella y la dorada. Y luego tenemos que hacernos con tres trajes de Mamá Noel.

—¿De Papá Noel?

—Eso es. Uno para mí, otro para ti y otro para mi sobrinita. Porque, a ver: ¿qué otra cosa habías pensado tú para tus diez minutos de hoy?

—Invitar a cenar a mi familia en Nochebuena me parecía ya bastante, en lo que a novedad se refiere.

—Pues no, lo que vamos a hacer es pasearnos por el barrio vestidos de Mamá Noel durante diez minutos. ¡Anda, venga! Después ya nos comportaremos como personas

serias y pensaremos en la cena. ¿Te apetece?

«¿Necesitas un disfraz de Papá Noel? ¿Un adaptador? ¿Una plancha? En el chino lo encuentras todo», me dijo Cristina cuando me habló por primera vez del bazar.

De modo que, mientras Gianpietro va a recoger el pescado, yo vuelvo allí.

—¿Tiene tres trajes de Papá Noel? —pregunto, esperando que el chino no me reconozca como la molesta compañera de gimnasio de hace tres días.

Pero:

—¿*Quielles* que mando nuevo mensaje con tu móvil? —me pregunta él enseguida.

—No, gracias. —Bajo la mirada—. Y quería pedirle disculpas por lo del otro día. Era un experimento, no quería moles...

—No molestia —me interrumpe él—. Es que ese día yo mucho, mucho *nelvioso*. Mi *mujel pielna lota*, y mucho lío, en casa y aquí en tienda, sin ella ayuda. Y encima mi hijo *malcha* a Cagliari, a casa novia, en Navidad. Mi *mujel tliste*. *Tliste y pielna lota*, mi *mujel*.

—Lo siento —le digo—. Pero mañana la tienda cierra, ¿no?

—Sí, mañana único día año que tienda *ciela*.

—¿Por qué no vienen a mi casa, usted y su mujer? He invitado a algunos amigos. Desde después de comer, hasta cuando les apetezca, podrían unirse a nosotros.

—*Glacias, señola. Pelo yo no quielo sel* molestia.

—Ninguna molestia, de verdad. Para mí mañana tampoco será un día fácil, así que cuantos más seamos, mejor.

—¿*Pol* qué no fácil? ¿Tu hijo no pasa Navidad contigo y familia? ¿Tú *tliste*? ¿Tú *pielna lota*?

—Sí. En cierto modo, sí. Yo triste. Yo pierna rota.

Nos ponemos encima de la ropa los pantalones rojos y la chaqueta. En la cabeza, el gorro de pompón.

La naturaleza esquiva de Ato acoge la idea con renuencia:

—La barba no me la quiero poner. ¿Y si me encuentro con alguno de mi clase por la calle? Me da vergüenza —declara en dialecto romano.

—No seas tonta y ponte esa barba, venga —lo convence la tía Piera—. Sólo son diez minutos. Así vestidos no nos reconocerá nadie. También yo tengo una reputación que cuidar, ¿o qué te crees?

El caso es que así salimos.

Por el barrio.

Como si fuéramos Papá Noel.

Multiplicado por tres.

Sin tripa, sin prisa, sin el corazón desbordante de alegría que repartir por el mundo.

En el corazón, este Papá Noel trino tiene agujeros, desgarrones, moretones; tiene un matrimonio en crisis, un padre incapaz de comprender, una familia perdida en Eritrea.

Y la necesidad de que transcurran deprisa los próximos diez minutos.

Ato no aparta los ojos de la esfera del reloj, está deseando que pasen ya.

Gianpietro y yo, en cambio, lo disfrutamos bastante: no tanto ser Papá Noel, sino más que nada no ser nosotros mismos, creo.

Enseguida me doy cuenta de que, aunque una mañana como tantas otras, en el centro de Roma puedas andar hacia atrás sin que nadie te preste atención, la mañana del día de Nochebuena tienes que tener cuidado con lo que haces.

Porque no vas a pasar inadvertido.

—¡Mamá! ¡Mira!

—¡Es Papá Noel!

—¡Hay tres!

Los niños nos señalan por la calle. Uno se niega a dar un paso más y tira a su madre de la falda.

—¡Quiero una foto! ¡Una foto! —grita.

Naturalmente, Gianpietro y yo nos ponemos a su disposición.

Ato prefiere hacer de fotógrafo.

Proseguimos nuestro paseo.

Gianpietro se enciende un cigarrillo.

Yo recibo una llamada y me engancho al móvil.

Ato nos advierte:

—Papá Noel no hace esas cosas, ¿eh?

Tiene razón.

Gianpietro apaga el cigarrillo.

Yo, el móvil.

Llegamos a la placita del centro del barrio, nos sentamos en los escalones de la iglesia, y Gianpietro entona, primero bajito y luego más alto:

—*Jingle bells, jingle bells...*

—No, venga. Esto es demasiado —dice Ato, escondiendo la cara entre las rodillas.

Gianpietro insiste:

—*Jingle bells, jingle bells* —canta. Y cuanto más se avergüenza Ato, más chilla él, con voz aguda—: *Jingle all the way...*

Hasta que Ato levanta la cara de las rodillas. Y lo sigue. Lo sigo yo también.

—*Jingle bells, jingle bells, jingle all the way...*

Sentados en los escalones de la iglesia de la plaza del barrio.
Con nuestras chaquetas rojas y nuestras barbas adhesivas blancas.
—... *oh what fun it is to ride in a one-horse open sleigh...*

Una señora arroja un euro a nuestros pies.

Un niño arroja dos.

En diez minutos juntamos trece euros.

Disfrazado de Papá Noel, la mañana de Nochebuena, pasea por el centro de Roma y no confíes en la posibilidad de que nadie te preste atención.

Confía, en cambio, en una especie de gratitud: porque todos, cada uno a su manera, necesitamos reconciliarnos con nuestra propia Navidad.

Confía en una especie de compasión, porque, si vas vestido así, es evidente que el primero que necesita reconciliarse con la Navidad eres tú.

—Riquísimo todo.

—Todo riquísimo.

Comentan mis padres.

En efecto, Gianpietro se ha superado de verdad esta noche. La paella era perfecta, perfecto también el punto de la dorada y de las patatas asadas, y perfecta su salsa de anchoas y vinagre balsámico, su experimento de esta noche.

Desde mucho antes de que llegaran mis padres, yo me he puesto a beber *prosecco*: suele bastarme media copa para distanciarme de mí misma, y nada más empezar la cena ya me había terminado yo sola una botella entera.

Por eso, en el momento del tiramisú, no sé exactamente quién alza por enésima vez su copa y grita, alocada y descompuesta:

—¡Feliz Navidad!

Pero podría ser yo.

Me siguen todos, es evidente que estaban deseando poder hacerlo:

—Feliz Navidad —dice mi padre.

—Feliz Navidad —dice mi madre.

—Feliz Navidad —dice mi hermano.

—Feliz Navidad —dice Gianpietro.

—Feliz Navidad —dice Ato.

—Feliz Navidad —repito yo—. Feliz Navidad.



Martes, 25 de diciembre

NAVIDAD

Orto: 7.36 horas - Ocaso: 16.44 horas

NAVIDAD CON QUIEN QUIERAS TÚ

Ato, Gianpietro y yo hemos almorzado lo que sobró de anoche.

Y después, desde las dos de la tarde en adelante, ha empezado a llegar gente. A las cuatro de la madrugada seguía sonando el portero automático.

Esta Navidad ha durado dieciséis horas.

Pero durante diez minutos, hacia las ocho de la tarde, he estado en un rincón del salón, arrellanada en un sillón, observándolos a todos.

A aquellos que hace tres días recibieron mi mensaje —«El 25 de diciembre, después de comer y hasta cuando te apetezca, te espero en mi casa. Venga, vamos a celebrar juntos la Navidad»— y que están hoy aquí. Han conseguido venir. Aunque hayan tenido que coger un tren desde Milán, como Rodrigo. Un avión desde Bruselas, como Carlo, mi excompañero de casa. O desde Turín, como Alessandra, mi otra excompañera de casa, la amazona. Han conseguido venir. Compañeros de colegio, de instituto, protagonistas de Mi Columna, mi editor, gente conocida al azar, gente conocida para siempre, hasta el chino y su mujer. Han conseguido venir. Han traído *pannettone*, *pandoro*, turrones, botellas de vino, embutidos y regalos para Ato. Los observo comer, beber, charlar, quejarse, compartir una silla porque no sobra espacio; los observo ver la tele, tumbarse boca abajo en el suelo porque se han pasado con la comida de Navidad; los observo dormirse sobre el reposabrazos del sofá o encender un cigarrillo.

Ninguno de ellos es Mi Marido.

Pero están todos aquí. Celebrando la Navidad. Conmigo.

Y son ochenta y nueve.

Son muchos.

Son muchísimos.

¿Y?

Desde que mi vida está vacía, nunca me había dado cuenta de lo llena que estaba.

Miércoles, 26 de diciembre

Orto: 7.37 horas - Ocaso: 16.45 horas

TELÉFONO AMIGO

Mientras la casa estaba llena a reventar de invitados y de Navidad, hacia las dos de la madrugada me encerré en el baño con Annalisa.

Para hablar de Mi Marido.

Luego me encerré con Giada en la habitación de Ato.

Para hablar de Mi Marido.

Se nos unió Annalena, se nos unió Nolan.

Para hablar de Mi Marido.

Y, una vez que se marcharon todos, a las cinco de la mañana, en lugar de comentar la fiesta, ¿qué hice con Gianpietro?

Hablar de Mi Marido.

Porque no hago otra cosa desde hace un año.

Porque el amor es de verdad perverso.

Cuando hay amor, hablas con una sola persona de todas las demás.

Cuando entra en crisis, hablas con todas las demás de una sola persona.

La única con la que ya no consigues hablar.

Y, día tras día, ocurre que esa persona ya no es una persona de verdad: a fuerza de hablar de ella en lugar de vivirla, se convierte en un puntito. En un holograma.

Se convierte en algo indistinto, engañoso y vacío.

Annalisa y Giada son mis amigas más íntimas, pienso mientras ordeno la cocina, transfigurada tras la invasión de ayer, y paso una bayeta.

Annalena escribe, alta y ligera como nadie, para la revista en la que yo tenía Mi Columna. Es como si hubiéramos sido compañeras de colegio durante ocho años, e idealmente estamos todavía ahí, compartiendo pupitre y pasándonos, cuando nadie nos mira, los apuntes para los exámenes que nos pone la de antes, la cabrona de la profesora Realidad. Como es obvio y por desgracia, desde hace un año y medio esos apuntes tratan todos de mi matrimonio.

En cuanto a Nolan, es nuestro testigo de boda.

Vamos, que, también para ellos, en estos momentos Mi Marido es un puntito, un holograma.

Demasiado querido, desde siempre, y demasiado distante, ahora, para que sea de

verdad él aquel a quien nos referimos cuando decimos «él».

Hasta la doctora T. me es útil precisamente porque me conoce bien, desde luego. Pero, por ese mismo motivo, cuando expresa una opinión sobre mi matrimonio, ¿acaso no corre el riesgo de contaminarse con la familiaridad que tiene con mi inconsciente?

Quién sabe, a lo mejor me vendría bien contárselo todo, desde el principio, a alguien a quien no conozco.

Alguien que no conoce a Mi Marido.

Para entender cómo se ve desde fuera nuestra relación.

Hoy podría emplear así mis diez minutos.

Claro que sí.

Dejo la bayeta, enciendo el ordenador y tecleo en Google: «Teléfono amigo».

¿Existirá todavía algo así, a pesar de los chats, a pesar de Facebook, a pesar de Meetic, a pesar de las infinitas e inmediatas posibilidades, para quien tiene un problema, de decirle al mundo «¡Hola, tengo un problema!», y oír que contestan, por defecto o por interés, tanto da, «¿Qué problema?»?

¿Resistirá todavía algo así?

Existe y resiste.

Tecleo el número.

Un piano toca algo con la finalidad, supongo, de infundir serenidad.

A mí me intranquiliza un poco.

—Teléfono amigo, ¿dígame?

—Buenos días. Me llamo Chiara.

—Buenos días, Chiara. Teléfono amigo te escucha; yo soy Barbara. Dime.

—Mi Marido y yo nos conocemos desde que teníamos dieciocho años, y ahora tenemos treinta y seis.

—Sí.

—Nos hemos querido mucho. Quizá incluso demasiado. Y aún nos queremos.

—Una gran suerte.

—No lo sé, Barbara, si es una suerte. Hoy por hoy ya no sé nada.

—¿Por qué? ¿Te apetece contarme qué ha ocurrido?

—Claro. Hace diez meses, mientras estaba en Dublín, Mi Marido me llamó por teléfono y me dejó.

—Debió de ser terrible.

—Durante al menos seis meses yo no entendía nada. Ni siquiera sabía dónde tenía la cabeza. Ni las llaves. Ni los dientes. He perdido nueve kilos.

—Entonces ¿ahora ya el trauma está superado?

—... Sí. Si te refieres a la fase en que no recordaba dónde estaban mis propios dientes, sí: ésa está superada. Y también he recuperado cuatro kilos. Pero en algunos

aspectos, la fase que estoy atravesando ahora es aún más difícil.

—¿Por qué, Chiara?

—Porque ahora entiendo lo que ocurre.

—Y por tanto...

—Lo que ocurre no me gusta.

—¿Te apetece explicarme mejor qué ocurre?

—Mi Marido ha vuelto.

—¿No querías que volviera?

—No. O sea, sí. Todo el tiempo en que él no estaba aquí, yo no deseaba otra cosa.

—¿Entonces?

—Pues que yo quería que volviera para estar conmigo.

—Y ¿no ha ocurrido así?

—No, no ha vuelto para estar conmigo.

—Entonces ¿para qué ha vuelto?

—Para estar conmigo, desde luego. Pero él no lo sabe.

—¿Cómo es eso posible?

—Está confuso.

—¿Tú estás segura de querer estar con él todavía, después de lo que te ha hecho?

—¿Por qué me lo preguntas, Barbara? ¿Quizá insinúas que en realidad sólo estoy buscando una manera de dejar la relación mejor de como lo hicimos? ¿Y que él está haciendo lo mismo?

—Yo sólo quería decir que...

—Pero no es posible dejarlo bien, por desgracia.

—¿Tú crees?

—Así lo creo, Barbara. Así lo creo. No es posible para nadie. Al menos, no es posible para nosotros dos.

—Claro, después de tantos años... Te entiendo, Chiara.

—No, mira: la cuestión no es el tiempo que hemos pasado juntos.

—¿En qué sentido?

—Pues en el sentido de que, aunque hubiera conocido ayer a Mi Marido, hoy me sería necesario. De eso me di cuenta enseguida. Necesario. Nuestros yos primarios son en realidad uno solo, ¿entiendes?

—Eres extraordinaria, Chiara.

—No, no es verdad, Barbara. Soy de lo más corriente. Pero Mi Marido me tocó precisamente en ese punto concreto de nosotros mismos en el que, si nos tocan, logramos sentirnos al menos un poco especiales. Incluso fantásticos en algunos momentos. Como si estuviéramos en casa... Eso es. Si nos tocan en ese punto en concreto, logramos sentirnos por fin en casa. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Y cuando un ser humano te toca ahí, es duro prescindir de él. Temes perderte a ti misma por completo si lo pierdes a él.

—Pero no es así. Tú eres tú. Con o sin tu marido.

—Hum.

—¿Tú trabajas, Chiara?

—Sí, soy escritora. Hasta hace unos meses tenía una columna en un periódico, pero luego me despidieron y mi espacio se lo dieron al consultorio sentimental de Tania Melodía.

—¿La ganadora moral de «Gran Hermano»?

—Sí, ésa.

—Una chica fantástica. Tuvo tres relaciones mientras estaba en la casa.

—Dos simultáneamente. Lo sé.

—Lo que suelen hacer los hombres. Pero ella nos ha vengado a todas.

—Ya.

—...

—...

—¿Te encuentras un poco mejor, Chiara?

—Sí, desde luego. Gracias, Barbara.

—Me alegro. Llama cuando quieras. Teléfono amigo está activo las veinticuatro horas.

—Gracias.

—Feliz año.

—Feliz año para ti también.

—Y, por favor, recuerda que tú eres tú, con o sin tu marido.

Cuelgo el teléfono.

La llamada ha durado doce minutos.

Qué raro.

Pensaba que me sonarían nuevas las palabras de un extraño que comentara nuestra relación, la de Mi Marido y mía.

En cambio, las palabras que me han sonado más nuevas han sido las que he empleado yo para hablarle a un extraño de nosotros.

Nosotros, ¿quiénes?

Dos que se han querido mucho, quizá demasiado.

Que todavía se quieren.

Y que podrían tener la oportunidad de volver a estar juntos.

Pero que quizá busquen la de dejarse mejor.

Algo que no es posible.

No lo es para ellos, como no lo es para nadie, si nos tocamos mutuamente en ese punto.

Ese punto en el que corremos el riesgo de sentirnos, por fin, un poco especiales.

Fantásticos, en según qué momentos.

En casa.

Jueves, 27 de diciembre

Orto: 7.37 horas - Ocaso: 16.46 horas

LOS ARCANOS MAYORES

Mi relación con la magia y el esoterismo siempre ha sido controvertida.

No dudo de que exista algo más grande que nosotros, algo que estaba antes que todos nosotros y que vela por todos nosotros. Al contrario: estoy segura.

Pero precisamente por ello, creo que a ese algo no hay que molestarlo ni interpellarlo, creo que hay que dejarlo en paz.

Con la esperanza de que sea clemente y nos devuelva el favor.

Cuando su madre, hace veinte años, los abandonó a él y a su padre por su echadora de cartas, Mi Marido se volvió alérgico a cualquiera que plantease la posibilidad de un diálogo con lo sobrenatural.

Y me contagió a mí también.

Pero el caso es que Gianpietro, con toda su intención, me ha regalado por Navidad una baraja de tarot.

«Escápate tú también de él: con una echadora de cartas o con quien te parezca (yo voto por Javier Bardem...), pero escápate», me ha escrito en la tarjeta de felicitación.

Ha elegido una baraja especial: los naipes los ilustró a mano, en 1986, un artista austríaco. Se llama Eclectic Tarot.

Todavía no he podido mirarla con detenimiento, pero esta mañana Ato y Gianpietro no dan señales de querer despertarse; la casa está sumida en una especie de paz, y yo tengo diez minutos para aprender algo nuevo.

Así que abro la baraja y estudio las cartas.

Hay setenta y ocho, divididas, según descubro al leer las instrucciones, en arcanos mayores y arcanos menores. Los arcanos mayores son veintidós y «se pueden considerar etapas en el camino de la vida y del conocimiento de nosotros mismos». Los arcanos menores son cincuenta y seis, subdivididos en cuatro palos, como los naipes normales.

Hay que elegir por qué arcanos empezar, y yo lo tengo claro: los dibujos de los arcanos mayores son tan vívidos, tan fascinantes... El Mago, la Sacerdotisa. La Emperatriz, el Emperador. Las Estrellas, la Luna, el Sol. La Rueda de la Fortuna, el Colgado. Sobre la mesa de la cocina y dentro de mi cabeza se despliega todo un universo de símbolos, promesas y admoniciones, como un mantel de colores.

Voy cogiendo las cartas de una en una, leo la explicación en el manual de

instrucciones, la resumo con mis propias palabras y la apunto en un cuaderno.

Justo acabo de terminar cuando por fin Ato se asoma por la puerta de la cocina:

—¿Te has convertido en maga, Chiara? —me pregunta muy serio, como si para él yo pudiera de verdad convertirme en cualquier cosa con sólo proponérmelo. Le sonrío.

—Quién sabe. Hazme una pregunta, coge una carta, y ya veremos —le digo tendiéndole el mazo.

Ato no se mueve. Se balancea un poco sobre sus largas piernas. ¿Será que le da miedo?

—Me da miedo —reconoce.

—Pero si sólo es un juego —le explico—. No te creas que he tenido tiempo de aprender de verdad a leer el tarot.

—Harry Potter dice que la magia es peligrosa. Cuanto más te burlas de ella, más se burla ella de ti. Uno de mi clase hace igual. Si le dices algo, va y te pega. Algunas cosas es mejor dejarlas estar.

Exactamente lo que yo siempre he pensado.

Pero los diez minutos sirven también para esto: para no pensar, aunque sólo sea un momento, lo que siempre he pensado.

Así es que hago yo de conejillo de Indias.

Pregunto en voz alta:

—¿Qué tengo que hacer para salir de las arenas movedizas en las que se ha transformado mi vida?

Barajo los arcanos mayores y cojo uno.

El Loco.

Consulto mis apuntes: «El Loco aconseja no resistirse al cambio y abandonarse a él».

Ahora mismo yo también siento un escalofrío de miedo que me recorre la espalda.

Providencial, dispuesto a llevarme de inmediato a otro sitio, suena entonces mi móvil.

Es el doctor Carmine Pisacane, el responsable de Ato en la Ciudad de los Muchachos. Un tipo carismático que reacciona a la dureza de aquello a lo que se enfrenta cada día con una actitud dulce y un aire burlón y soñador.

—Buenos días, Pisacane.

—Buenos días, Chiara. Felices fiestas.

—Igualmente. Ato está muy bien, ¿quiere hablar con él?

—No, Chiara. Me gustaría hablar con usted.

Nunca había oído ese tono en la voz de Pisacane. ¿Qué tono? No sabría decirlo. Un tono que no había oído nunca, vamos.

—¿Va todo bien, Pisacane?

—Va todo bien, Chiara. No se preocupe.

Demasiado tarde.

—¿Qué ocurre?

—Nada grave, Chiara. De verdad. Pero necesitaría verla. ¿Qué le parece el 2 de enero, hacia las once? ¿Está libre?

—... Estoy libre, sí.

—Chiara, quédese tranquila. Va todo bien, se lo aseguro. Sólo tenemos que hablar sobre el futuro de Ato.

¿Sólo? ¿Sólo tenemos que hablar sobre el futuro de Ato?

Finjo normalidad. Porque Ato está delante de mí, mirándome.

—Perfecto, nos vemos entonces el día 2.

—Feliz año nuevo, Chiara.

—Igualmente, Pisacane.

Cuelgo el teléfono. Ato pende, literalmente, de mis labios.

—¿Qué pasa? —me pregunta muy preocupado—. ¿Está cabreado conmigo? ¿He hecho algo malo? ¿Tengo que volver enseguida a la Ciudad? ¿Ya no puedo quedarme aquí hasta el final de las vacaciones?

—Qué va, para nada. Sólo quería felicitarme el año.

—Ah.

—De verdad.

Con toda la razón, Ato no termina de creérselo.

Le tiendo de nuevo el mazo:

—Si no te fías de mí, coge una carta y pregúntale al tarot qué quería decirme Pisacane. Venga.

Se ríe.

Me río.

Gianpietro se ha levantado también ya. Encantado de verme ocupada con su regalo, coge una carta; la respuesta que le da no lo convence y coge otra. Ato se olvida enseguida de la llamada de Pisacane.

Yo, en cambio, no consigo pensar en otra cosa en todo el día.

Pero, sea lo que sea lo que tenga que decirme Pisacane, ocurra lo que ocurra, no te resistas al cambio, me repito.

Abandónate a él.

No te resistas al cambio.

Viernes, 28 de diciembre

Orto: 7.37 horas - Ocaso: 16.47 horas

QUERRÍA, QUERRÍA

Gianpietro pasará el fin de año en casa de su nuevo novio: no aquel con el que estuvimos este verano en Formentera. Otro. El bueno, el que le conviene de verdad, a mi juicio. Lo dicen también los últimos naipes de tarot que le leí anoche, a mi manera, antes de irnos a dormir, o al menos así interpreté yo las cartas del Sol, la Rueda de la Fortuna y el Mundo que sacó del mazo, una después de otra. Pero sobre todo lo dicen los ojos de Gianpietro cuando habla de él. Y el hecho de que hable de él en masculino: Mijail. «Es ingeniero y es ruso», se limitó a contarme. No hizo falta más. No es rusa: es ruso. No es ingeniera: es ingeniero. Por fin hay algo distinto, en el fondo de todo. Por fin hay algo.

Tanto es así que hoy Gianpietro se reunirá con él en Florencia, adonde se han trasladado a vivir sus abuelos, y pasará los últimos días del año allí. Con los abuelos de Mijail.

Lo acompañamos a la estación, y, cuando el tren se aleja, Ato pone su cara de lunes por la mañana.

Esta mañana también yo me he despertado de un humor particularmente malo: no sólo por la marcha de Gianpietro y por la misteriosa llamada de Pisacane, sino también porque ayer hizo una semana desde que me crucé por última vez con los ojos amarillos de Mi Marido, desde que oí su voz pastosa, desde que respiré el olor siempre familiar de su chaqueta y de su coche.

Y hoy hace una semana y un día.

Vamos, que el tiempo pasa, y él no. Él no pasa.

Y tampoco me llama para decirme: lo he pensado, ¿sabes?

Volvamos juntos. De verdad y para siempre.

Pero tampoco yo consigo llamarlo para decírselo.

Volvamos juntos. De verdad y para siempre.

—Mira, Chia': un árbol tan bonito como el nuestro — me dice Ato, señalando el árbol gigante que se yergue cada año delante de la estación de Termini.

Hace unos días, demasiado distraído con la llegada de la tía Piera, no se fijó.

Nos acercamos. Naturalmente, es mucho más majestuoso que el nuestro. Es un abeto de verdad, alto y enhiesto. De cada rama cuelgan racimos de notitas. Leo un par de ellas: son los deseos para el año nuevo que cualquiera que pasa por aquí tiene en el

corazón, escribe y luego cuelga del árbol.

Y, como hoy es eso precisamente lo que echo en falta, una esperanza cualquiera, le pido a Ato:

—¿Me cronometras el tiempo?

Ya ni siquiera necesito especificar cuánto, naturalmente.

Empiezo a leer en voz alta:

Que la Roma gane la liga o al menos se clasifique para la Champions o que por lo menos Francesco bata el récord.

Que el nuevo año les dé a los ricos la capacidad de entender que no está bien ser ricos en un país en el que reinan la pobreza y la precariedad.

Quiero un pito para la profesora de mates, a ver si así se tranquiliza un poco.

Que Luca se quede siempre como es ahora.

Que mi vida cambie.

Que me vaya bien en los exámenes.

Un montón de pasta para viajar por el mundo.

Que se mueran todos los políticos.

Tener alas.

Un año sexualmente activo.

En una noche he destruido todo lo que tenía; querría, por favor, recuperarlo.

Viva 2013.

Una chica que quiera salir conmigo: si la encuentras, que llame al 3 663 135 794.

Baby amor pipí y caca y el Monopoly.

Que el tío Antonello se cure.

Que mi familia en Vietnam sea feliz siempre.

Un chico guapo músico (ya basta de raperos cutres).

Mi equilibrio.

Que Manuel pare de tocarle las narices a Sabrina.

Desde hace más de diez años me echan de todos los domicilios, de todos los contextos de empleo, ya no me queda nada, no hagáis que acabe viviendo en la calle.

Yamete yamete.

Que vuelva Michael Jackson.

Ato me indica que han pasado los diez minutos.

—¿Y tú? —le pregunto entonces—. ¿Qué quieres tú del nuevo año?

—Recuperar a mi familia —contesta sin necesidad de pensarlo—. ¿Y tú?

—Más o menos lo mismo.

Ato abre unos ojos como platos, como si estuviera a punto de echarse a reír o a llorar

quizá, no se sabe bien, y contesta:

—Pero si tú ya tienes a tu familia, Chia'. Tienes a tu madre. A tu padre. A tu hermano —me dice. No en plan: estúpida de mierda, ¿cómo se te ocurre comparar tu situación con la mía? Sino: tú tienes a tu familia, Chia'. Piensa en la suerte que tienes.

Y los ojos de moqueta negra se le llenan de polvo.

Lo abrazo, como no lo hago nunca de tanto como me incomoda su incomodidad ante cualquier demostración de afecto, y le susurro al oído:

—Tú también tienes una familia. Tienes a Pisacane, tienes la Ciudad de los Muchachos. Me tienes a mí. Tienes a la tía Piera.

No es lo mismo, pensamos a la vez.

Pero ninguno de los dos lo dice.

Lo cual agradecemos los dos.

Sábado, 29 de diciembre

Orto: 7.37 horas - Ocaso: 16.47 horas

EN IKEA

Giada ha nacido y crecido en Vicarello, a dos casas de la mía: estuvimos en la misma clase en la guardería, en la escuela primaria, en el colegio y en el instituto, cuando empezamos a ir y venir de Roma en tren.

Hoy es maestra auxiliar en una escuela primaria de los suburbios: es la más generosa de mi arca de Noé, además de ser de las pocas personas en quien de verdad confío.

Otra es Annalisa: es actriz de teatro, y la conocí hace menos de un año en la presentación de un libro. Yo tenía que presentar el libro, y ella, leer algunos fragmentos. Dos días antes Mi Marido me había llamado desde Dublín. El mundo entero me parecía un enemigo gigantesco e invencible, pero Annalisa, no. Bastó con que me preguntara «¿Va todo bien?» antes de empezar la presentación, cuando se cruzó conmigo en el baño de la librería y yo tenía los ojos rojos de quien acaba de llorar o de vomitar, o las dos cosas, como en mi caso, y enseguida me di cuenta: era una amiga. Una persona que, de tú a tú con alguien a quien es evidente que nada le va bien, no tiene miedo de preguntar: «¿Va todo bien?». Y sobre todo no tiene miedo de apegarse con la respuesta.

Si no hubieran estado ahí Giada y Annalisa, en este largo, largo año, no creo que hubiera sobrevivido.

No exagero: en mis primeras semanas en Roma sin Mi Marido, no se me pasaba siquiera por la cabeza que hubiera que hacer cosas como comer o dormir.

Con una paciencia por la que siempre les estaré agradecida, una atención continua, y con las palabras siempre adecuadas, incluso embusteras si era necesario, Giada y Annalisa me lo recordaban cada día.

—Come.

—Duerme.

—Él todavía te quiere.

—Yo te cocino algo.

—Seguro que te quiere.

—Me quedo a dormir aquí.

Aún no he vuelto del todo en mí, y uno de los infinitos motivos por los que me esfuerzo como una loca en hacerlo es para poder devolverles a esas mujeres maravillosas la comprensión, la ternura y la fuerza que me dan cada día.

Esta mañana, por ejemplo. «Durante diez minutos me gustaría darme un paseo por Ikea. ¿Me acompañáis?», les he escrito por correo electrónico a las dos.

Pocas horas después, aquí están: me acompañan.

Conduce Giada; nos espera un auténtico viaje, pues Ikea está en Anagnina, en la otra punta de la ciudad.

—¿De verdad no has estado nunca en Ikea? —me pregunta Annalisa.

—Nunca.

—Supongo que Tu Marido decía las cosas que dicen todos los hombres... —interviene Giada—. O al menos las que decía mi ex. Ikea es el cementerio de las parejas, decía. Sólo el sentimiento de culpa puede llevar a un hombre a ir con su mujer a un sitio así. Si nos arrastráis hasta allí, luego no os quejéis de que el hombre haya muerto, lo habéis matado vosotras, y todo eso.

—Pues sinceramente no, ¿sabes? Era yo quien no quería saber nada de ir a Ikea.

Era yo, siempre he sido yo.

—¿Qué necesidad hay de decorar esta casa? —le contestaba a Mi Marido cuando me proponía ir a Ikea, precisamente—. Total, cuando terminen las obras de reforma, volvemos a Vicarello, ¿no? Por ahora nos basta y nos sobra con tener la ropa, las toallas y las sábanas en el armario.

—Pero al menos me gustaría comprar alguna estantería para mis DVD y mis CD.

—Los puedes tener perfectamente en las cajas de cartón e ir sacando cada vez los que necesites. Eso es lo que yo hago con mis libros y mi colección de tazas.

Hasta que Mi Marido se fue.

Y las cajas de cartón con sus DVD y sus CD ahora están en casa del compañero de trabajo al que le ha alquilado una habitación.

—¿Habéis oído esa canción? *El amor en los tiempos de Ikea*, se llama —dice Annalisa—. Es de Lo Stato Sociale. —Canturrea—: «El neto sin tara es baja marea, todo lo que se destruye se recrea, el neto sin tara es amor en los tiempos de Ikea».

Giada la sigue:

—«El negocio inmobiliario es una panacea, es un mantra que se desvela como una ninfa, el negocio inmobiliario es amor en los tiempos de Ikea. Mis cajas saben a ti, mis cajas saben a ti...».

No la conocía.

Pero no, mis cajas no saben a Mi Marido. Al contrario: me decidí a abrirlas cuando Ato me preguntó, la primera vez que vino a verme, qué eran todas esas cajas amontonadas en la ducha del baño de invitados, y sólo entonces las abrí por fin, y por ahora he colocado los libros y las tazas en el armario donde antes estaba la ropa de Mi Marido.

Mis cajas saben a Ato.

Saben a la necesidad de hacer hueco que vino con él.

—Me ha llamado el responsable de la Ciudad de los Muchachos —les cuento a Annalisa y a Giada—. Quiere hablar conmigo del futuro de Ato.

—Sólo querrá comentarte los progresos que está haciendo desde que va a tu casa los fines de semana, no te agobies —dice Giada—. Yo también me reúno una vez al mes con los padres del alumno al que tutelo.

—«... el neto sin tara es baja marea...» —sigue cantando en voz baja Annalisa.

Todo cuanto había que decir sobre Ikea ya se ha dicho.

Ya se ha escrito todo.

Hasta se ha cantado.

Una vez allí, simplemente imaginaba que contaría los segundos de mis diez minutos para salir cuanto antes del infierno de esa demasía de todo en el que estaba segura de encontrarme.

Siempre he tenido problemas con los centros comerciales y los grandes almacenes, con todos esos sitios mitómanos e inhumanos, y sin embargo contruidos por el hombre para el hombre. Además, de un año a esta parte, llena de cardenales como estoy, me cuesta hasta ir al cine, y cinco personas desconocidas ya me parecen una multitud.

Será mérito de Giada, que habla, de Annalisa, que canta, del hecho de que es el primer sábado después de Navidad y reina la calma soñolienta que sigue a la tempestad, pero el caso es que este legendario, extraordinario y peligroso Ikea me parece un sitio en el que es casi dulce abandonarse a la deriva.

Compro una pantalla de lámpara sencilla, azul y blanca, para mi mesilla de noche. (Teníamos dos pantallas, Mi Marido y yo: una en forma de Lilo y otra en forma de Stitch, nuestros dibujos animados favoritos. Pero luego él se fue a Dublín. El mismo día de su llamada, la lámpara de Lilo y la de Stitch acabaron en la basura.)

Cuatro manoplas para el horno de silicona, para mis próximas tortitas.

Una pequeña regadera amarilla, para mi lechuga y mi pimentón.

Cinco estanterías de madera clara para mis libros.

Dos para mi colección de tazas.

Giada compra un juego de platos de postre.

Annalisa, un puf verde fosforito.

En la caja consulto mi reloj: ¡hemos estado ahí dentro cuarenta y dos minutos!

Estoy a punto de decírselo a ellas cuando una mano me agarra del hombro.

No es la mano de Giada: ella está delante de mí. No es la mano de Annalisa: ella está a mi lado.

Me vuelvo: es la mano de una chica de ojos grandes y verdes, con una melena rubia

con flequillo que le enmarca un pequeño rostro de porcelana y un cuerpo delgado y sinuoso, envuelto en un abrigo de visón.

Es la mano de Tania Melodia. La reconozco enseguida por la foto de su consultorio sentimental.

El que ha desbancado a Mi Columna.

—¡Chiara! ¡No me lo puedo creer! ¿De verdad eres tú? —chilla. Y me abraza. Le da un tirón de la camiseta a un tío que empuja un carrito a su lado—: ¿Te das cuenta, Bob? ¡Es Chiara! —Llama a otro tío que está de espaldas, ocupado en estudiar la sección de papelería que hay junto a la caja—: ¡Federico! ¡Ven aquí! ¡Está Chiara!

Se vuelve hacia mí de nuevo:

—Es un gran honor haber heredado el espacio de tu columna. He leído todos tus libros, ¿sabes? Tú y yo tenemos muchísimo en común. Se lo dije enseguida al director del periódico cuando me llamó para proponerme ocupar tu puesto. Ah, aquí están por fin... Chiara, te presento a Bob y a Federico. ¡Ésta es Chiara, chicos! —Está fuera de sí de la alegría.

Bob debe de ser entrenador personal o algo así: es alto, tiene los hombros increíblemente anchos y unos bíceps en forma de globo que sobresalen de una camiseta negra, translúcida y muy ceñida.

Federico parece Jesucristo; tiene el cabello largo y rubio, los ojos claros, un poncho de lana y dos *piercings*, uno en el labio y otro en la nariz.

Me estrechan la mano con cordialidad. Sin decir palabra. Para eso ya está Tania:

—Hemos tenido que echar a correr, en la sección de dormitorios, para huir de los *paparazzi*... ¿Se decidirán alguna vez a dejarnos en paz? Perdona, Bob, perdona, Federico: ¿podéis apartaros un poco, que tengo que hablar de mujer a mujer con Chiara? —Bob y Federico, dóciles, se alejan. Tania me aprieta la mano y susurra—: No consigo renunciar a ninguno de los dos: ¿qué se supone que tengo que hacer? Cuando terminé «Gran Hermano» lo intenté, ¿sabes? Pero nada. Me son indispensables. Entonces decidimos irnos a vivir juntos. Los tres. Hemos venido aquí a elegir la cama; como te podrás imaginar, no es fácil encontrar una cama adecuada para nosotros... No me mires como si fuera un monstruo, Chiara, por favor... A ellos no les importa, así es que, ¿qué tiene de malo? Hay que vivir la vida... Hay que disfrutar todo lo bueno que nos da, ¿no? Y, si yo no consigo querer a un solo hombre a la vez, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Matarme? Además, el subtítulo de tu columna era: «La verdadera familia es la que uno elige formar», ¿no? Se ha convertido en mi lema. Chiara, Chiara, Chiara, espero que no me odieras cuando te sustituyeron por mí. —Me abraza de nuevo—. Además, a ti la vida te da mucho, ¿no? Tienes tus novelas. Tienes tu inteligencia, tu sensibilidad. Una mediocre como yo, si no disfruta de la estela de popularidad de un *reality*, ¿qué puede esperar? —Y se ríe. Y me abraza—. ¿Nos damos los teléfonos, Chiara? Lo he

sabido siempre, en lo más hondo, que tú y yo seríamos grandes amigas. ¿Me lo prometes? ¿Me prometes que a partir de hoy me considerarás tu amiga? ¿Que me llamarás si necesitas algo? —Vuelve a reírse. Vuelve a abrazarme.

—«Todo lo que se destruye se recrea —me canta Annalisa al oído—. Es el amor en los tiempos de Ikea.»

Mientras tanto, Giada dedica toda su atención a Federico: se corresponde exactamente con su hombre ideal.

Por desgracia, él ni siquiera se digna mirarla. Sólo tiene ojos para Tania Melodia.

Para mi amiga Tania Melodia.

Domingo, 30 de diciembre

Orto: 7.37 horas - Ocaso: 16.48 horas

MÁS O MENOS UN BESO, SIN CONTRAINDICACIONES

Con la ayuda de Ato consigo montar la estantería de Ikea en el salón.

Coloco los libros y mi colección de tazas.

Y, mientras tanto, le cuento a Ato mi encuentro con Tania.

—Nunca me he atrevido a decírtelo porque tú la odiabas —se sincera él—, pero en la Ciudad de los Muchachos veo «Gran Hermano» todos los lunes. Y Tania ha sido una concursante simpatiquísima. Y también Bob y Federico. Simpatiquísimos. Bob era el guapo de la casa. Federico, el inteligente.

Con razón Tania Melodía no ha querido prescindir de ninguno de los dos.

«Hay que vivir la vida... —me dijo ayer—. Hay que disfrutar de todo lo bueno que nos da, ¿no? Y, si yo no consigo querer a un solo hombre a la vez, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Matarme?»

No tengo ni idea de lo que significa.

Querer a dos hombres, me refiero.

Cada vez que, en nuestros dieciocho años juntos, Mi Marido y yo nos hemos alejado, siempre lo he buscado a él en los hombres con los que he estado.

Salvo Stefano Lauro, claro.

Pero ésa es otra historia.

Totalmente distinta.

Estábamos en primero de carrera; Mi Marido había elegido Derecho, y yo, Letras.

Fuera del instituto en el que nos habíamos conocido y enamorado nos sentíamos perdidos. Igual de perdidos que nos sentimos en Roma, en esta casa.

Pero aquella vez sí conseguimos encontrarnos.

Nos llevó cinco meses, pero lo conseguimos.

A Stefano lo conocí precisamente en esos cinco meses.

Era compañero mío de la facultad.

Era introvertido, callado y caballeroso: lo contrario exactamente de Mi Marido, que siempre ha sido un narcisista incurable, charlatán y más bien maleducado. Para mí, irresistible.

Stefano y yo paseábamos de un extremo a otro del patio de la universidad, y cada noche nos perdíamos en una conversación telefónica eterna e inútil que podía durar hasta la mañana siguiente.

Sobre todo hablaba yo. De la crisis con el que habría de convertirse en Mi Marido, de mi crisis en general, de literatura comparada, de nada.

Stefano escuchaba.

No he conocido a nadie, ni antes ni después de él, que supiera escuchar con tanta atención.

Era como si hablara escuchando. Eso es, sí. Stefano hablaba así: escuchando. Y nunca corría el riesgo de decir una banalidad.

Quién sabe por qué en esos cinco meses ni siquiera nos besamos... Me lo he preguntado muchas veces. Me lo pregunto ahora.

Por ese sortilegio que actúa sobre los cuerpos de las almas que más nos convencen, me temo. Y por el que, al final, nos dejamos engatusar por quien, en una parte remota de nuestro corazón, no nos convence del todo.

Y que, de la noche a la mañana, nos llamará desde Dublín para decirnos: «Se acabó».

Quizá el amor tiene que ver con un recelo de fondo.

Con una contraindicación.

Al menos para quien es como yo. Porque quien es como Tania Melodia, con una auténtica y evidente vocación para el placer, no. Quien es como ella coge «todas las cosas buenas que te da la vida».

Se queda con el más guapo de la casa de «Gran Hermano» y con el más inteligente.

No tiene miedo de ser feliz y ya está, no necesita el permiso de una contraindicación para abandonarse.

Quién sabe.

Desde el primer momento, los ojos amarillos de Mi Marido resplandecían con infinitas contraindicaciones.

Con Stefano nunca sentí ni el más mínimo recelo.

Era descaradamente romántico e intenso; le gustaba leer a Tolstói en voz alta, ir al cine él solo a las tres de la tarde, correr a la orilla del Tíber justo después del crepúsculo; le gustaban las camelias, Jeff Buckley y el Atalanta.

Y le gustaba yo.

Pero nunca me besó.

De vez en cuando nos escribimos en Facebook. Lo felicito por su cumpleaños, y él me felicita a mí. Nada más.

Pero hoy, inspirada por Tania Melodia y por cierta idea que se abre camino dentro de mí para ocupar mis diez minutos cotidianos, inicio sesión en Facebook y le escribo: «Hola. ¿Te apetecería quedar esta tarde?».

Stefano responde enseguida.

Y responde: «Encantado».

Quedamos en la estación de metro donde también este domingo se celebra el mercadillo *vintage*.

Esta vez toca mercadillo de ropa.

Paseamos sin rumbo entre los puestos.

Stefano sigue siendo el mismo de hace quince años: sus pensamientos siguen siendo tan espontáneamente refinados como antes; conserva los mismos gestos delicados y la misma sonrisa tímida.

Sin contraindicaciones.

Con los infinitos y nauseabundos rodeos que necesito de costumbre, le cuento mi último y atormentado año.

Él me cuenta el suyo en dos frases.

—Soy profesor de latín y griego en el mismo instituto donde empecé a trabajar al acabar la carrera —me dice. Y añade—: Desde hace unos meses salgo con una compañera del instituto, ella es profesora de francés.

Nos sentamos en el bar de la plaza a tomar un chocolate.

Yo hablo, hablo y hablo.

Él escucha, escucha y escucha.

Paseamos por el barrio, pasamos frente a La Casa del Bordado, la floristería y el bazar chino. Saludo a la viejecita, a la vikinga y al chino.

—Vives aquí desde hace muy poco y ya has hecho amistad con todo el mundo, ¿eh? Estaba seguro... —sonríe Stefano—. Tú siempre has tenido un don de gentes excepcional.

Querría explicarle que mi don excepcional, si es que alguna vez lo he tenido, hace año y medio que se fue a la mierda, junto con mi vida entera, y que, de no haberme visto obligada por un experimento a lo Steiner, nunca habría sabido entrar en contacto con esas personas.

En lugar de eso me paro, cierro los ojos y le pregunto:

—¿Stefano?

—¿Sí?

—¿Nos besamos?

Me quedo callada, se queda callado. Caen varios segundos. Y otros. Y otros más.

Abro los ojos: Stefano tiene una expresión que, si no lo conociera, podría parecer asustada. Pero no. Es sólo disgustada. Mortificada.

—Chiara... —masculla incómodo, mirando fijamente las puntas de mis zapatillas de deporte.

—Stefano... —mascullo yo, mirando fijamente las puntas de sus mocasines.

—Si supieras cuánto deseé este momento hace quince años... —Intenta mirarme a los ojos, pero no lo consigue. Vuelve a la punta de mis zapatillas—. Pero tú eras... *imbesable*... Eso escribí, una noche, en mi diario: «Chiara es imbesable».

—¿Por qué? Tú me gustabas. Y mucho.

—No, no es verdad —me rebate. Y por fin me mira. Con esos ojos castaños, sinceros e inteligentes. Buenos—. O quizá sí que es verdad. Te gustaba. Pero estabas perdida e irremediabilmente enamorada de tu marido. No había espacio para nadie más. O al menos no para alguien que sintiera por ti lo que yo sentía.

—No era consciente de que tú... —Increíble: ahora la más tímida soy yo.

—Pues sí. Tú no te limitabas a gustarme, Chiara. Estaba loco por ti, loco por completo. Si quieres te dejo leer mi diario de esos meses. Aún recuerdo lo que escribí el día en que te conocí. «Es una persona a la que me gustaría ver reír el resto de mi vida.» Eso escribí.

Me acerco a él. Tomo su cara entre mis manos. Él me coge las muñecas. ¿Y? Y las aleja, suavemente.

—Lo siento, Chiara. Ahora estoy muy unido a Sophie. Estoy loco por Sophie, loco por completo.

—¿Sophie?

—Mi compañera.

—Tu compañera, la profesora de francés. Claro. Perdóname.

—Soy ridículo, lo sé... —Vuelve a mirarme las zapatillas—. Pero si estoy enamorado, no consigo...

—Claro, claro. Perdóname, perdóname.

Ahora querría desaparecer. Ahora mismo. Querría desaparecer ahora mismo. Intento sonreír, pero tengo ganas de llorar. Y una lágrima no aguanta: se escapa.

Stefano la enjuga con un dedo. Me pasa el dedo por los labios. Como siempre, como sabe hacer él: suavemente.

—Además, ¿de verdad habrías querido estropear nuestro primer beso sólo para fastidiar a tu marido? — me pregunta.

—No era ése el motivo. —No hay nada que hacer: las lágrimas tienen ya vía libre y resbalan de mis ojos sin que nadie se lo impida, y ruedan por toda mi cara.

—¿Estás segura?

—¡No!

Por fin nos reímos. Se ríe él y me río yo, aunque sigo llorando a la vez.

—Oye, Stefano.

—¿Qué?

—Al menos un abrazo.

—¿Cómo?

—¿Me puedes dar un abrazo?

Stefano abre los brazos, me dice ven aquí y me abraza. Me abraza como se abraza a una abuela que cumple cien años, a una niña que se acaba de hacer una herida en la rodilla, como se abraza a un amor amable, inocente, sin contraindicaciones, un amor que podría haber sido pero no fue ni será.

—Gracias —le susurro—. Ahora quédate así, Stefano. Por favor. Al menos un ratito. Sólo diez minutos.

Lunes, 31 de diciembre

SAN SILVESTRE

Orto: 7.38 horas - Ocaso: 16.49 horas

HARRY POTTER

Y así, también hemos podido con este 2012.

Ha llegado a término.

Para la ocasión le he pedido a Ato un regalo: que elija por mí qué hacer, hoy, con mis diez minutos.

Este año que se va ha sido sin duda el más imposible y difícil de mi vida.

Abandonarme a la voluntad de otro, aunque sólo sea durante diez minutos, me da la sensación de no estar hoy tan sola en realidad.

Aunque sí lo esté.

Aunque sí esté sola, solísima.

Por poner un ejemplo, no tengo siquiera un mínimo plan para esta noche.

Ato irá a una fiesta que organiza su escuela; Gianpietro está en Florencia con su novio; Elisa18, esquiando con el suyo; Rodrigo, en Cabo Verde con la suya; Giada va a hacer de animadora en una fiesta para niños, y Annalisa se ha ido a Puglia, a casa de sus padres.

No está disponible ninguna de las personas con las que para mí tendría sentido liberarme de 2012.

Ato se asoma por la puerta de mi habitación y me encuentra tumbada en la cama, con las piernas en alto.

—Ya lo he decidido —dice tendiéndome un libro, *Harry Potter y la piedra filosofal*—. Es el primero de la serie. No es posible que no lo hayas leído. Verás que si lo lees durante diez minutos ya no podrás resistirte. Lo terminarás y querrás leer también los demás.

Bien, es una idea bonita.

Nunca he tenido nada en contra de Harry Potter, de verdad. Al revés, siempre he sentido una gran admiración por J. K. Rowling por la fantástica parábola que la rescató de la miseria y de la depresión, llevándola a convertirse en una de las mujeres más ricas del planeta gracias únicamente al poder de su fantasía.

Sencillamente, entre todos esos benditos o malditos fenómenos que consiguen hacer un agujero en la cortina de la indiferencia general y la fuerzan hasta descorrerla en el

imaginario colectivo, a veces alguno nos pasa por encima o se escurre bajo nuestros pies.

Y no nos llega. Porque estábamos pensando en otra cosa, porque estábamos tomando un café, porque estábamos en el lugar adecuado en el momento equivocado, o en el lugar equivocado en el momento adecuado.

Ocurre.

—¿Todavía no has leído mi último libro? —me preguntó el gran Alberto Arbasino cuando tuve ocasión de conocerlo en persona—. ¡Qué suerte tienes! —suspiró.

Porque, en efecto, lo mejor de la vida está en todas esas experiencias interesantes que aún nos esperan: lo estoy aprendiendo con el juego de los diez minutos.

Por tanto, está también en los libros que todo el mundo ha leído pero que por algún motivo impreciso nosotros todavía no.

Capítulo 1

El niño que sobrevivió

Empiezo.

Como había previsto Ato, a los dos minutos y tres páginas me sumo en un trance que no consigo eludir, y entonces el despertador me avisa de que han transcurrido los diez minutos.

Pero sigo leyendo.

Desde el nacimiento milagroso de Harry, lo veo crecer con sus horribles tíos y entiendo quién es el famoso primo Dudley a quien Ato temía parecerse con el pelo corto.

Me voy por fin con Harry al colegio de Hogwarts.

Conozco a Hermione y a Ron.

Ato vuelve a llamar a la puerta: es la hora de comer.

Le pido, por favor, que se caliente una pizza congelada: yo hoy no puedo comer con él.

Tengo que leer.

Y justo cuando me convengo de que no estaría mal pasar este fin de año tumbada en la cama con Harry, Albus Dumbledore, el terrorífico Voldemort y Hagrid el gigante, suena el teléfono.

Levanto el auricular sin apartar los ojos del libro.

—¿Diga?

—Hola, míster Magoo.

Es como si la capa de invisibilidad de Dumbledore me envolviera por dentro. No siento ya nada. Nada. Cierro el libro.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —me pregunta. Co-mo si no hiciera casi dos semanas que no nos vemos. Como si no le hubiera expresado claramente cómo estoy y

qué quiero. Y como si él, desde entonces, no hubiera desaparecido. De nuevo.

—No lo sé.

—A mí me gustaría verte.

—¿Por qué?

—Porque creo que ha llegado el momento de hablar en serio, Magoo.

—¿Más? ¿No hemos hablado ya demasiado?

—Quizá. Pero yo necesito hablar más. Como si fuera la última vez.

—...

—O quizá la primera.

—...

—¿Magoo?

—¿Sabes en cambio lo que necesitaría yo? —Lo descubro en ese preciso instante.

—¿Qué?

—Estar en silencio. Juntos. Tú y yo. Los primeros diez minutos de 2013. Después podrás decirme todo lo que quieras. Pero, durante diez minutos, silencio. Nos quedaremos callados. No lo hemos hecho nunca en dieciocho años. Te lo pido por favor.

—... Si tan importante es para ti, de acuerdo.

—Lo es.

—¿Quieres venir a cenar aquí, a mi casa? Mi compañero de trabajo no está en Roma, no hay nadie en casa.

Si un rayo de Voldemort me hubiera alcanzado en el corazón, me habría hecho menos daño: ¡«a mi casa»! De modo que ahora ya, para Mi Marido, ¿la casa de su compañero de trabajo es *su* casa? «Hogwarts, Hogwarts, enséñanos algo, por favor. — Pienso en el himno que Dumbledore hace entonar a Harry y a los demás alumnos de la escuela de magia—. Hogwarts, Hogwarts, enséñame a hacer como si nada, por favor», canturreo en mi cabeza. Y a él le contesto:

—No. Veámonos delante de la huerta de Vicarello. Tres minutos antes de medianoche. Así nos saludamos, pero luego nos quedamos enseguida en silencio.

Mi Marido está perplejo.

—Vale... Pero si lo prefieres, paso a recogerte en coche y vamos juntos a Vicarello.

—No, gracias. Me da demasiado miedo lo que nos diríamos durante el trayecto.

—Magoo, ¿estás bien?

—Sí. O sea, no. O sea, adiós. Hasta luego.

Cuelgo el teléfono.

Voy al baño y me miro al espejo.

Necesito urgentemente lavarme el pelo y conseguir parecer, si no una mujer, al menos sí un ser humano: por ahora soy un fantasma pálido, despeinado y en pijama. Que hasta hace poco pensaba que pasaría el fin de año en Hogwarts, con Harry Potter.

En vez de eso, lo pasará en Vicarello, con su marido.

—Magoo, te echo de menos. Magoo, te quiero. Perdóname por haberme marchado y perdóname por haber vuelto sin tener todavía las ideas claras. No existe eso de «mi casa». Existe «tu casa». Existe sólo «nuestra casa». Ahora por fin lo sé —le digo en voz alta a mi imagen en el espejo.

Porque él querrá decirme eso, ¿verdad?

Para eso quiere verme. Para eso quiere empezar el año nuevo conmigo.

—¿Para qué, si no? —pregunto de nuevo en voz alta a mi reflejo, que me responde: «¡Sí! Cuidado con el espejo de Oesed».

—Cuidado con el espejo de Oesed —me respondo en voz alta.

«Nos muestra ni más ni menos que el más profundo y desesperado deseo de nuestro corazón. Para ti, que nunca conociste a tu familia, verlos rodeándote —explica el sabio Albus Dumbledore a Harry Potter—. Sin embargo, este espejo no nos dará conocimiento o verdad. Hay hombres que se han consumido ante esto, fascinados por lo que han visto. O han enloquecido, al no saber si lo que muestra es real o siquiera posible.»

«Cuidado. Cuidado con el espejo de Oesed.»

Sigo susurrándome eso como un mantra, en el tren, durante todo el viaje hasta Vicarello.

«Cuidado con el espejo de Oesed.»

Martes, 1 de enero

Orto: 7.38 horas - Ocaso: 16.49 horas

Primer cuarto de luna: 7.16 horas

SHHH

00.01

00.02

00.03

00.04

00.05

00.06

00.07

00.08

00.09

00.10

—Feliz año.

—Feliz año, mister Magoo.

Estamos sentados en la huerta de Vicarello, entre los tomates y las berzas. Sobre el lago, en lontananza, estallan los primeros fuegos artificiales.

Me acerco a él. Se acerca a mí.

Nos besamos.

Durante uno, dos, cien minutos.

Más.

Mientras los fuegos artificiales estallan como locos, nuestros perros tiemblan en el

patio. A nuestra espalda, nuestra casa de siempre nos protege, el frío no nos toca, y la noche resbala sobre nosotros. Hasta que, sin pedir permiso, llega el amanecer.

Y nos encuentra así.

Tumbados sobre la tierra húmeda, con las piernas entrelazadas, mi vientre pegado a su espalda, como cuando éramos una sola cosa, como cuando nos parecían inútiles todas las posturas que teníamos que adoptar durante el día y que no eran ésa.

—¿Qué era eso tan importante que querías decirme? —le pregunto.

Él se vuelve y me acaricia el cabello y los hombros. Me besa los ojos y dice:

—Estoy confuso, Magoo. Una parte de mí querría volver contigo y estar juntos toda la vida. La otra parte sabe que habrá otras incomprendiones, otras Siobhan, otras llamadas desde Dublín. Y quiere vivir al día. Justo como estoy viviendo ahora. Algunas reglas del matrimonio no son para mí: ahora ya lo sé seguro. Nunca serán para mí. Eso no quita que tú seas la única persona que cuenta, la más importante. Vamos, que no consigo separarme de ti... Tú, sin embargo, de verdad tienes que aprender a aceptarme como soy. Vivo en una habitación que le alquilo a un compañero de trabajo y me he descubierto bastante sensible a todas las Siobhan que hay en el mundo: de acuerdo, lo reconozco. Y, entonces, ¿por qué insistes en querer que yo sea de otra manera? Puedes engañar a todo el mundo, Magoo, menos a mí; a los demás puedes parecerles una mujer, tú misma puedes creer que lo eres. Pero yo te conozco. Yo sé quién eres. Eres y serás siempre una chiquilla asustada con trenzas largas. Una chiquilla asustada y fantástica con trenzas largas. Que no sabe conducir, no sabe cuidar de sí misma, no sabe comer como es debido y tropieza por el mundo, tropieza contra sus miedos. Esa chiquilla necesita a un hombre que, aunque sea a su manera, sepa protegerla. Un hombre que intuya de ella lo que incluso a ella misma se le escapa. Me necesitas a mí, Magoo. Si no, ¿por qué te viniste abajo por completo cuando me fui a Dublín y a Nueva York?

»¿Por qué todavía no te levantas? Porque me necesitas. Ése es el motivo. Reconcílate con la evidencia de esa verdad, y dejemos de esforzarnos por tener un matrimonio feliz. Nadie lo tiene. Todos se las apañan como pueden, se traicionan, se desilusionan y se contentan. La vida es demasiado corta para empeñarse en mejorar... ¿No?

Miércoles, 2 de enero

Orto: 7.38 horas - Ocaso: 16.50 horas

UN HIJO, DIGÁMOSLO ASÍ

Carmine Pisacane me mira desde el otro lado de su escritorio, en el despacho de los responsables de la Ciudad de los Muchachos.

Luego mira por la ventana: Ato está jugando al fútbol con sus compañeros, en el campo de la Ciudad.

—Parece tranquilo. —Sonríe—. Me ha dicho que ha pasado unas Navidades preciosas. Eso me ha dicho: preciosas.

Pisacane, como de costumbre, transmite una gran serenidad. Es plácido y locuaz, me ha hablado de la fiesta de fin de año de la Ciudad, del Inter y del último concierto de Bruce Springsteen.

Yo, en cambio, estoy tensa. Muy tensa. Y en cuanto empieza, por fin, a hablar de Ato, no consigo contenerme y le pregunto:

—¿Qué ocurre?

Pisacane sigue sonriendo.

—Nada, Chiara. No ocurre nada. Nada grave, al menos. Esté tranquila.

—Su llamada me inquietó.

—Lo siento. Hay algo de lo que hemos de hablar; es verdad. Pero también podría ser una buena oportunidad.

—¿A qué se refiere?

—Pues me refiero a que, como usted sabe, la Ciudad acoge a muchachos de doce años en adelante, y cuando cumplen la mayoría de edad debe transferirlos a los albergues para inmigrantes o proporcionarles las condiciones necesarias para encontrar un trabajo y, por consiguiente, un sitio donde vivir, en un piso alquilado, por ejemplo.

—Sí.

—A veces hacemos excepciones, como en el caso de Ato. Pronto tendrá diecinueve años, pero, dada su situación, habíamos decidido ocuparnos de él hasta que terminara el instituto.

—Sí. —No entiendo a dónde quiere llegar Pisacane, y sólo alcanzo a decir «sí».

—Pero la Ciudad de los Muchachos tiene sus normas.

—Sí.

—Especialmente para un ciudadano como Ato, que ha superado el límite de edad,

esas normas hay que respetarlas. Hace falta colaboración, presencia. Y, fundamentalmente, participar en las asambleas, en la vida de todos los días.

—Sí.

—No.

—¿Cómo que no? —Me despierto.

—Desde que Ato frecuenta su casa, falta a menudo. Casi siempre se queda los lunes con usted. Sus compañeros y los educadores lo notan. Así como han notado que, durante estas vacaciones, Ato no ha aparecido por aquí.

—Perdóneme. También es culpa mía que Ato se quede en mi casa los lunes, en lugar de volver aquí. —Bajo la mirada. Repito—: Perdóneme.

—¿Perdón? ¿Culpa? Chiara, no se trata de eso.

—Y entonces ¿de qué se trata? —Porque de verdad no lo entiendo.

—Se trata de que Ato tiene que tomar una decisión. ¿Quiere seguir siendo un ciudadano? ¿O quiere salir de la Ciudad de los Muchachos?

—O dentro o fuera, vamos. Si se queda en la puerta bloquea el tráfico. Claro — pienso en voz alta.

—¿Cómo?

—Nada, nada.

—Chiara. —De repente, Pisacane vuelve a poner el tono que tenía por teléfono—. Chiara —repite. Y luego añade—: ¿Le apetece acoger a Ato en su casa, con usted, al menos hasta que termine el instituto y consiga su diploma?

—¿Ato? ¿Conmigo? —Ato. Conmigo.

—Lo que está claro es que el chico ha hecho enormes progresos desde que la frecuenta a usted. Es más espontáneo, se encierra menos en la concha de su dolor y de sus elucubraciones. Si me permite que se lo diga, creo que también usted está muy unida a él, y yo diría que se ve reforzada por esa relación.

—Es cierto.

Pisacane sabe, naturalmente, lo que me ha ocurrido este último año: contárselo fue una condición fundamental para que fuera posible un pacto de confianza entre nosotros y para que Ato pudiera venir a mi casa los fines de semana.

—No cambiaría mucho, en realidad, si Ato se fuera a vivir a su casa. Ya se ocupa de él en el plano económico. —Es verdad—. Ato es independiente, tiene casi diecinueve años: cuidar de él no sería como cuidar de un niño que lo necesita todo para sobrevivir. Pero, así y todo, sería una responsabilidad. Una enorme responsabilidad. Sería como tener un hijo, digámoslo así. Un hijo mayor. Pero un hijo, al fin y al cabo. ¿Se siente con ganas?

Miércoles, 3 de enero

Orto: 7.38 horas - Ocaso: 16.51 horas

¡SALTA!

—... y yo, doctora, contesté que sí. Me sentía con ganas.

—Es mucha responsabilidad.

—Le parecerá absurdo, pero, antes de contestar, consulté el reloj. Pisacane llevaba diez minutos exactos hablándome de Ato cuando me expresó con claridad la posibilidad de tenerlo en acogida, o algo así. Ni un minuto más, ni un minuto menos. Y entonces caí en la cuenta. Sí: mis diez minutos de hoy deben de ser éstos. Son éstos.

—Es mucha responsabilidad, repito.

—¿Usted cree? —Porque por la mirada de la doctora T., mientras me dice «es mucha responsabilidad», me parece que en realidad quiere decir otra cosa. Me parece que quiere decir que es bonito. Me parece que quiere decir que es lo que tiene que ser—. Yo, por supuesto, soy consciente del compromiso y de la responsabilidad que quiero asumir. Pero...

—Pero...

—Pero creo que hay personas a las que no nos cuesta ningún esfuerzo acoger: ya han entrado en nuestra vida sin que nos diéramos cuenta, mientras estábamos ocupados pensando en qué sé yo qué.

—Es cierto.

—Ato ya está en mi vida. Se tratará sólo de pasar con él siete días a la semana en lugar de tres y medio...

—Es cierto.

—... de la misma manera, hay personas a las que no nos cuesta ningún esfuerzo alejar de nuestra vida, porque de hecho ya están fuera. Ellas también han salido sin que nos diéramos cuenta.

—¿Se refiere a su marido?

—Sí. Cuando me hizo esa propuesta, si podemos llamarla así, en fin de año, sentí como una mano que me agarraba de aquí, de la garganta, y me apretaba fuerte. Muy fuerte.

—...

—Lloré. No podía parar de llorar. Fue un llanto distinto de todos los demás. Más que un llanto parecía un ataque de asma. Algo primitivo, bestial. Pero no sé cómo

explicarlo... No lloraba por el disgusto que me provocaba esa propuesta absurda. Lloraba porque la mujer de la que él hablaba cuando se refería a mí ya no se parecía a mí. Y lloraba porque, mientras él hablaba, no se parecía ya al hombre del que yo estaba enamorada. Del que estaré siempre enamorada. Con el que formaré siempre un solo yo primario. Doctora...

—¿Sí?

—Cambiar es mortal.

—¿Chiara?

—¿Sí?

—Cambiar es vital.

—...

—...

—¿Sabe?, estaba acordándome de Egoland.

—Claro, Egoland... El título de su relato.

—Sí. Egoland. La ciudad en la que todos los edificios son de un solo color. La «e» es mayúscula, en Egoland.

—Naturalmente. Es un nombre propio de ciudad.

—Claro. Pero el problema es que, en mi cabeza, algunas cosas siempre las he pensado así: en mayúscula.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, Mi Columna. Mi Marido. Mi Casa de Vicarello. Todo con mayúscula. Sobre todo la «m» de Mi.

—¿Y?

—Pues que ahora me estoy dando cuenta, en cambio, de que si alguna vez publicara ese relato, lo titularía *egoland*. Con «e» minúscula.

—Interesante.

—¿Pensarse uno mismo en minúscula? Es necesario, me temo.

—...

—Hoy es el último día del experimento de los diez minutos.

—Lo sé.

—Lo que más me sorprende es...

—Es...

—Que no es eso lo que he descubierto.

—¿A qué se refiere?

—Pues me refiero a que sí, desde luego, me ha asombrado mucho descubrir que son infinitas las maneras en que se pueden llenar diez minutos, si uno se empeña.

—Pero...

—Pero me ha asombrado más descubrir lo que ya estaba ahí. Por ejemplo, la Ciudad

de los Muchachos; mi madre; Gianpietro; Elisa¹⁸; Giada; Annalisa; los ochenta y nueve invitados que acudieron a mi fiesta de Navidad; las tiendas a dos pasos de donde vivo; la novela que no creía llevar dentro, pero que es evidente que ahí estaba, puesto que ahora no consigo parar de escribir. En fin, doctora...

—En fin...

—Ya no tengo un amor. Ya no tengo una casa que sienta como mía de verdad, ya no tengo el trabajo que me gustaba. Ya no tengo un eje: eso es. Pero la vida que gi-ra alrededor de ese eje que ya no tengo quizá no esté tan mal.

—¿Lo ve, Chiara? La vida es precisamente el único eje posible. La vida es eje y rueda a la vez.

—¿Doctora?

—¿Sí?

—Eso es demasiado complicado para mí, hoy por hoy. Acabo de dejar a un marido, acabo de acoger a un hijo.

—Tiene razón.

—...

—¿Entonces, Chiara? ¿Qué tiene en mente hoy, para el gran final?

—Rodrigo, mi amigo violinista, está otra vez en Roma. Me ha invitado a ver un espectáculo de Antonio Rezza, a quien él conoce bien. ¿Sabe quién es?

—Desde luego.

—Yo no lo he visto nunca. Según parece, es un espectáculo excepcional. Se llama *Fratto X*. Cada noche, en un momento dado, Rezza necesita a dos personas que, durante diez minutos precisamente, suban al escenario mientras él recita un monólogo. Vamos, que gracias a Rodrigo, esta noche esas dos personas seremos Ato y yo.

Antonio Rezza tiene un rostro muy peculiar, unos ojos desbordantes de visiones y la energía de quien se empeña en comunicárselas al mundo.

Flavia Mastrella, que colabora con él desde siempre y se ocupa de la realización y la escenografía de sus espectáculos, nos recibe en el vestíbulo del teatro.

Pese al abuso que se hace hoy en día del término *artista*, mientras los espío conversar en el camerino, con palabras y gestos suyos, suyos y de nadie más, lo tengo muy claro: Antonio y Flavia son dos artistas. Antonio se acerca a nosotros y abraza a Rodrigo.

Fratto X es un espectáculo sobre la monstruosa e inevitable simplificación que a nadie se nos pasa por alto: sobre nuestra fractura, vamos.[*] Sobre ese yo que debería ser nuestro amigo y que en lugar de eso nos aniquila. «Nos reduce a ser esposas, nos reduce a ser maridos, nos reduce a ser Mario, a ser Antonio, a ser Chiara. Y a creer que

lo somos, sobre todo», me explica Rezza. Nos reduce a creer que somos chiquillas eternamente asustadas, con trenzas largas, reflexiono yo.

Para la escenografía, Flavia ha construido dos gigantescos haces de luz: un par de telas colocadas en los extremos del escenario que ya sólo de verlas transmiten toda la liberación que debería permitirnos ser nosotros mismos. Y la cárcel en la que, por el contrario, acabamos convirtiéndonos.

Escuchamos a Antonio, cautivados, hasta que nos pregunta a Ato y a mí:

—Entonces ¿sois vosotros mis saltadores de esta noche?

Somos nosotros.

—Perfecto. Desnudaos y seguidme para que os explique cuándo y cómo tenéis que salir al escenario.

—¿Desnudaos? —pregunto yo.

—¿Desnudaos? —pregunta Ato como un eco.

—Sí —dice Rezza en tono expeditivo—. El monólogo es sobre la traición, por decirlo de alguna manera. Sobre Rita y Rocco, una pareja en crisis. El hombre y la mujer que saltan mientras yo recito tienen que estar completamente desnudos, o al menos de cintura para arriba. ¿No os lo había dicho Rodrigo?

No. Rodrigo no nos lo había dicho.

Pero entre la vergüenza de desnudarme y la vergüenza de hacerle un feo a alguien con unos ojos como los de Rezza, elijo la primera.

Y me desnudo.

Así.

Como si fuera la cosa más natural del mundo.

Sigo a Ato, que sigue a Antonio entre bastidores.

Me coloco en mi lugar, espero a que se apaguen las luces de la sala, espero a que se enciendan las luces del escenario y espero a que Rezza empiece el monólogo sobre la traición.

Sonrío a Ato.

—Nos toca —le susurro.

Salimos a escena.

Desnudos.

Nos agachamos, cada uno detrás de una de las telas realizadas por Flavia.

Y mientras Antonio Rezza invade el escenario con la violencia y la poesía de sus visiones, y yo espero a que diga «Rita» para empezar a saltar, pienso.

Pienso que nos fiamos de fracturas que, por su naturaleza misma, son equivocadas, es cierto.

Pero también nos aterrorizan fracturas que, por su naturaleza misma, son necesarias.

Pienso en que un desapego no marca obligatoriamente el final de una experiencia.

Al contrario: puede darle el permiso de durar para siempre.

Pienso en mi casa de Vicarello, pienso en mi marido y pienso en mi columna.

Miro a Ato, agachado como yo, que espera a que Antonio Rezza diga «Rocco» para saltar.

Y pienso en lo que he vivido, en lo que viviré y en lo que estoy viviendo ahora.

Porque en las infinitas simplificaciones con las que creemos ponernos a salvo y en las que por el contrario nos perdemos, hay algo, una sola, a la que no podemos dar gato por liebre, a la que no podemos engañar.

Ese algo es el tiempo.

Es insignificante si somos felices.

Es tremendo si estamos desesperados.

Pero está ahí.

Con una larga, extenuante y milagrosa serie de diez minutos a nuestra disposición.

Tenemos la oportunidad de hacer lo que nos parezca con la mayor parte de esos diez minutos.

Pero hay momentos en los que no somos capaces de aprovechar esa oportunidad.

Hay momentos, incluso, en los que nos parece una desgracia.

Esos momentos son mentira.

Pero por suerte también hay momentos como éste.

En los que Antonio Rezza dice «Rita».

Y nosotros tenemos que saltar.

Desnudos.

Saltar.

Y nada más.

Ha pasado un año desde que escribí este diario.

En junio, Ato obtuvo su diploma con todo notables, dos suficientes y un solo suspenso.

Algunos días me saca de quicio, sobre todo cuando promete que va a tirar la basura y luego se la deja en el ascensor, o cuando yo salgo a cenar, y él me asegura que comerá algo, y luego descubro que no ha comido nada.

Pero la mayoría de las veces todo marcha bien entre nosotros.

Para que pueda seguir yendo al mismo instituto, a cuatro paradas de metro de distancia, he prolongado dos años más el alquiler de la casa de Roma.

A finales de enero la lechuga empezó a asomar.

El pimentón, en cambio, no lo consiguió nunca.

Gianpietro se fue a vivir con Mijail, su novio ruso.

Mi marido, con la exmujer del compañero de trabajo al que le alquilaba la habitación.

Luego lo dejaron, y él empezó a salir con una amiga de la exmujer del compañero de trabajo al que le alquilaba la habitación.

Lo dejaron, y en agosto él volvió a Nueva York a preparar mojitos.

Desde entonces ya no he vuelto a tener noticias suyas.

En lo que a mí respecta, me he sacado el carné de conducir, he publicado mi novela, tengo una nueva columna en un semanario, y otro me ha confiado, ironías del destino, su consultorio sentimental.

De vez en cuando estoy más bien serena; de vez en cuando, muy triste.

Todavía no tengo un nuevo amor, por desgracia.

Pero pienso a menudo en el experimento de hace un año.

Y entonces me digo que si en el mundo hay personas que tocan el violín, cambian pañales, ruedan vídeos porno caseros, enseñan hip-hop, siembran y leen *Harry Potter*, entre siete mil millones al menos habrá una que me estará esperando, a mí precisamente, en los diez minutos en los que la conoceré.

Notas

[*] La *pajata* romana es un plato típico a base de intestino de cordero lechal lleno de leche parcialmente digerida.
(N. de la t.)

[*] *Fratto* significa «fractura» en italiano (*N. de la t*).

Tus diez minutos
Chiara Gamberale

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Per dieci minuti*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de cubierta: Free your mind and float away, Anja Stiegler – Photoflake
© de la fotografía de la autora: Leemage - Opale - Cordon Press

© Chiara Gamberale, 2013

© de la traducción, Isabel González-Gallarza, 2015

© Espasa Libros, S. L. U., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Fragmento del capítulo «Lunes, 31 de diciembre»: *Harry Potter y la piedra filosofal*: © J. K. Rowling, 1997

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015

ISBN: 978-84-670-4479-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com

Índice

Índice	2
Dedicatoria	6
Cita	8
Desde siempre había vivido...	10
Lunes, 3 de diciembre	14
Martes, 4 de diciembre	21
Miércoles, 5 de diciembre	24
Jueves, 6 de diciembre	29
Tortitas con Nutella	34
Viernes, 7 de diciembre	37
Sábado, 8 de diciembre	44
Domingo, 9 de diciembre	50
Lunes, 10 de diciembre	54
Martes, 11 de diciembre	62
Miércoles, 12 de diciembre	67
Jueves, 13 de diciembre	71
Viernes, 14 de diciembre	80
Sábado, 15 de diciembre	82
Domingo, 16 de diciembre	89
Lunes, 17 de diciembre	94
Martes, 18 de diciembre	102
Miércoles, 19 de diciembre	108
Jueves, 20 de diciembre	113
Viernes, 21 de diciembre	118
Sábado, 22 de diciembre	122
Domingo, 23 de diciembre	124
Lunes, 24 de diciembre	129
Martes, 25 de diciembre	136

Miércoles, 26 de diciembre	138
Jueves, 27 de diciembre	144
Viernes, 28 de diciembre	148
Sábado, 29 de diciembre	152
Domingo, 30 de diciembre	158
Lunes, 31 de diciembre	164
Martes, 1 de enero	169
Miércoles, 2 de enero	172
Miércoles, 3 de enero	176
Ha pasado un año...	182
Notas	184
Créditos	187